guras y episodios de la istoria de méxico

tín Chowell

Luis Navarro Origel

— el primer cristero —

UN ESCRITOR VALIENTE

IMPORTANTE OBRA DE ALFONSO TRUEBA OLIVARES

México tiene un nuevo historiador en la persona del Lic. Alfonso Trueba Olivares. Su obra, ya importante, se caracteriza por su valentía, claramente demostrada en los cuadernos que lleva editados hasta ahora la Editorial Jus.

El licenciado Alfonso Trueba busca ante todo la verdad. Esa verdad es a menudo amarga, porque él enjuicia momentos y personas de la Historia de México muy debatidos, sin poner la menor sordina a la estridencia que resulta cuando el individuo, o el episodio narrado, difiere enormemente, en su versión, de la oficial, o por lo menos de la comúnmente admitida.

Desde luego Alfonso Trueba dice verdades, y las dice de manera cruda, sin titubeos ni ambages, por lo que algunos de sus lectores, o de las personas que se asomen a las páginas de sus escritos, se habrán de escandalizar. Claro que no todo lo que dice es nuevo. Muchas traiciones y monstruosidades del pasado son perfectamente conocidas. Pero no es frecuente que el historiador emplee un lenguaje tan cortante, ni que los panoramas resulten tan descarnados como él los deja.

En cuanto a la pasión, la tiene. Es un escritor apasionado. Pero ¿quién no se apasiona, en historia, cuando la cuestión escuece? La posición de Alfonso Trueba es hispanista, católica y conservadora. Habla en favor de Cortés y de Iturbide. Censura, de manera acre, las prácticas terribles de los sacrificios humanos, que privan en las ceremonias religiosas anteriores a la Conquista. Ataca, sin piedad, a los culpables de que México perdiera una parte extensísima de su primitivo territorio. Llegado el momento, ensalza, sin embargo, a los varones que hicieron obra perdurable y ejemplar, misionera o administradora.

A diferencia de los que escriben la historia de México en forma cronológica, y la presentan completa, en uno o varios volúmenes, el licenciado Alfonso Trueba la está publicando en cuadernos sueltos, monográficos, que integran una colección o serie, a la que ha puesto por título FIGURAS Y EPISODIOS DE LA HISTORIA DE MEXICO.

Podemos decir que se puede estar conforme, o en desacuerdo, con la exposición que hace el autor de los diferentes problemas tratados. También cabe aprobar, o desaprobar, según los gustos y criterio de cada uno, las conclusiones a que llega Alfonso Trueba en sus trabajos. De lo que no cabe duda es que sus escritos tienen un fondo innegable de verdad, que los hace útiles, e inclusive patrióticos. . . **Julián Amo** (Revista **Hoy,** México, D. F.).

Regularmente se publican unos cuadernos destinados a la difusión de algunos episodios de la historia nacional, mal conocidos; es Alfonso Trueba el autor de la mayor parte de esos cuadernos, que encontramos apasionadamente interesantes, y de un valor cultural inestimable; además de que están tan excelentemente escritos que constituyen una lectura deliciosa, son instructivos, y muy valientes; con frecuencia se combate en ellos, con sano criterio y oportuna documentación, algún prejuicio histórico, alguna superstición; la "doctrina oficial" es tratada con independencia y sometida a severa crítica, y tal vez se desvanece algún fantasma, o cobra perfiles alguna figura que había permanecido esfumada y borrosa. Recomendamos particularmente como muestra de un estilo sápido y amable, las páginas dedicadas a enfrentar a la figura del Padre Motolinia con el obispo de Chiapas, Bartolomé de las Casas: son tan divertidas como docentes, y representan una posición valerosa frente a los mitos consagrados por la escuela gubernamental (estas páginas pertenecen al tomo **Doce Antorchas,** que es uno de los más hermosos).

La serie es magnífica, y no podríamos sin injusticia hablar de unos números mejor que de otros; toda la colección debe adquirirse, leerse, releerse, estudiarse, conservarse. ¡Ojalá que todavía viva muchos años! **Rafael Solana,**

MARTIN CHOWELL

Luis Navarro Origel

— el primer cristero —



EDITORIAL JUS, S. A. MEXICO, 1959

Derechos Reservados por Martín Chowell (seudónimo).

PRIMERA EDICION

1

Los Navarro de Pénjamo

EN EL MISMO solar donde nació y creció Miguel Hidalgo; en la región de Pénjamo, donde se aproximan tres provincias —Guanajuato, Jalisco y Michoacán— que han sido el ancla de la nacionalidad, floreció a fines del siglo pasado una espléndida familia mexicana: la familia Navarro Origel.

La fundó don Bardomiano Navarro que, como don Cristóbal Hidalgo, el padre de Miguel, fue agricultor y poseyó o administró tres ranchos situados al sur de Pénjamo, que se llamaban San José de Maravillas, El Guayabo de Origel y el Tepetate de Navarro, que fueron en otra época haciendas como la famosa de San Diego de Corralejo en que viera la primera luz el iniciador de la revolución de Independencia.

Don Bardomiano, según lo indica su apellido, tenía ascendencia navarra, o sea la misma sangre que corrió por las venas de varios soldados de la Independencia, y particularmente por las de Iturbide, el Libertador.

El señor Navarro tenía las virtudes del criollo mexicano, la hombría de bien, la franqueza, el tesón y, sobre todo, el espíritu religioso, virtudes que trasmitió a sus hijos.

Se unió en matrimonio el señor Navarro con una mujer de tan excelsas cualidades que podríamos tomarla como representante de las madres heroicas de México. Su nombre era Guadalupe Origel, y de su carácter puede darnos idea el siguiente hecho:

después de que dos de sus hijos murieron defendiendo la libertad religiosa de México, el gobierno despojó a la familia de todos sus bienes; pero la señora conservó, hasta las últimas horas del despojo, las llaves del troje o granero de uno de los ranchos, llaves cuya entrega fue exigida con palabras violentas por los expoliadores. Entonces doña Guadalupe las entregó con el mayor gusto, diciendo:

—Señores míos, si entregué a mis hijos para que los mataran por Cristo ¿cómo no os voy a entregar las llaves de uno de mis graneros? ¡Tomadlas!

También se cuenta que al saber la noticia de la muerte de sus hijos Luis e Ignacio, que un sacerdote le llevó, la señora Origel de Navarro se limitó a decir:

—Entregué la vida de cuatro de mis hijos a Cristo; sólo ha tomado dos. ¡Se ha quedado corto!

Esta fue la gran señora con quien se unió don Bardomiano Navarro, unión que fue bendecida con profusa descendencia, pues los esposos Navarro tuvieron quince hijos, de los cuales llegaron a la edad adulta los siguientes: Margarita, María, Guadalupe, María de la Luz, Concepción, Ignacio, Luis, Jesús, Manuel, María Teresa, José y Carlos.

Tres de las hijas mayores —Margarita, Guadalupe y Concepción— se educaron en el Colegio Teresiano de Morelia, uno de los muchos colegios católicos que el Estado sectario clausuró y se robó. Llamadas a la vida religiosa, las tres muchachas eligieron el instituto de sus maestras, la Compañía de Santa Teresa de Jesús. Perturbado México por las revoluciones, tuvieron que emigrar las monjas a otros países. Una de ellas, la madre Concepción, fue por más de cuarenta años superiora de colegios en España, donde brilló por su virtud y por su ciencia, y ha vuelto a su patria, donde rige hoy un instituto de su orden.

Luis, nuestro héroe, fue el octavo hijo del matrimonio Navarro Origel, y nació en Pénjamo el 15 de febrero de 1897, o sea en uno de los últimos años del siglo en que se libraron tan continuas y sangrientas batallas por apartar al pueblo de México de su fe religiosa, que sin embargo seguía ardiendo constante en los sólidos y

viejos hogares, como el de los Navarro de Pénjamo, bastión del honor mexicano, asilo de los más claros valores nacionales.

La casa en que Luis vivió los años de su infancia era una hermosa casa, con su florido patio, sus corredores llenos de tiestos, sus pequeñas jaulas doradas donde cantaban los tzentzontles y los canarios. Casa ancha y hospitalaria, bulliciosa, a donde entraban familiarmente los trabajadores de los ranchos a vaciar en frescas tinajas la leche recién ordeñada, o bien para llevar los tiernos elotes, elaborar queso o mantequilla, desgranar maíz, y también para rezar en comunidad con los dueños el santo Rosario y dar gracias a Dios por los beneficios recibidos cada día.

Era una casa en la que se observaban las más severas costumbres cristianas y donde reinaban la paz y la alegría. Nunca faltaron en ella los bienes materiales, esos mismos bienes que la familia Navarro sacrificó más tarde sin titubeos por alcanzar otros más altos.

Luis fue un niño normal, que jugaba y reía como todos los niños. De su fortaleza, de su varonil temple, dio señales los primeros años, despreciando el "coco" y otros fantasmas que el vulgo inventa para asustar a los niños. Se mostraba, además, raramente piadoso, ejercitándose en largos rezos. Fue éste el principio de su riquísima vida espiritual, del camino de perfección que lo conduciría a darlo todo —su bienestar, su familia, su vida misma— por amor a Dios.

Luis estudió las primeras letras en una escuela que a principios de siglo fundó en Pénjamo un ilustre educador, el Padre Crisóforo Guevara. Terminada la instrucción primaria, y vista la inclinación del chico al estudio, el Padre decidió que se iniciara en la enseñanza superior. Como Miguel Hidalgo, Luis Navarro fue de Pénjamo a Morelia, antes Valladolid, en el año de 1909. Agonizaba la dictadura de Porfirio Díaz. Eran días de ominosa quietud, de falso esplendor regio. Estaba por reventar la tormenta que asolaría al país.

Luis Navarro Origel, chico espigado y serio, fue llevado por la m[illegible]o de su padre al Seminario Conciliar de Morelia.

"Pe[illegible]mítaseme que hable —dice el Padre Madrigal en el re-

lato biográfico que escribió de nuestro héroe— del Seminario Tridentino de Michoacán. El vino a recoger los sagrados prestigios que en mala hora perdiera el inmortal Colegio de San Nicolás de Hidalgo, cuando la funesta mano de la Reforma arrancó de sus aulas la idea de Dios. Huyó de aquel santuario la semilla que con apostólico celo echó don Vasco de Quiroga, y que alimentó a tantos héroes de la talla de Hidalgo y de Morelos, y se fue a enriquecer más el granero conciliar ya henchido de los esfuerzos de Sánchez de Tagle, Portugal y Munguía, y glorioso con los recuerdos inmortales de Agustín de Iturbide.

"En pocas líneas sépase que, como Seminario Menor, no fue igualado por otro alguno del país y llegó a superar a muchos europeos. Que en su sistema pedagógico tomó de las Escuelas Cristianas, no superadas en Francia, todo lo que Amado Nervo admiraba en París años después como una novedad. Que en su vasto y completísimo plan y en el método de sus estudios preparatorios, ha sido una admirable revelación para las escuelas libres de altos estudios de México, Guadalajara y Puebla, que ven en los alumnos que allá van a especializarse una capacidad sintética por ningunos otros superada para comprender y aventajar en las más altas facultades. Que tiene prendas y testimonios del Cardenal Mercier, el águila de Lovaina, de haber sido la primera escuela de América que estudió, implantó y enseñó con textos propios la admirable doctrina neo-escolástica. Que hace de cada profesor una especialidad en su disciplina para trasmitirla con textos originales de cada cual, y tales han salido como los de Latín, Filosofía, Historia Universal y Ciencias Naturales. . ." [1].

Fue en este plantel glorioso donde Luis Navarro Origel fue inscrito como alumno interno, a la edad de doce años.

Muchacho dotado de claro talento, aprendió pronto lo que sus maestros le enseñaron. Pero no fue la instrucción lo más importante, sino que allí, en el seminario, se forjó el carácter de nuestro

---

[1] MADRIGAL, MIGUEL, *Boceto de un gran carácter: Luis Navarro Origel.* S. Fco., Cal. 1928.

héroe; allí sus convicciones adquirieron firmeza de roca y se templó su voluntad para perseverar en la consecución de los mas altos ideales del espíritu.

La vocación de Luis no estuvo claramente definida en aquellos primeros años del seminario. Confiesa que se vio inclinado a la carrera sacerdotal, animado por la vocación religiosa de sus hermanas; pero no tomó ninguna decisión. Sabía que los conocimientos que adquiriese le serían útiles en cualquier parte y que podría inscribirse más tarde en otras facultades, como la de Derecho, para cuyo ejercicio le sobraban aptitudes. Luis Navarro Origel hubiera sido un formidable abogado de las causas populares y un paladín de la justicia.

En este pobre México donde faltan escuelas y hay hambre de saber, el Estado ateo se da el lujo de negar validez a los estudios hechos en los colegios que no se hallan bajo su dominio, o que no se someten a sus reglas tiránicas. Por esta razón los muchachos que salen de los seminarios porque no tienen vocación para seguir la carrera de sacerdote tropiezan con grandes dificultades cuando intentan seguir otra, porque han de empezar de nuevo los ciclos de estudio que ya hicieron. Cuando estas dificultades se le presentaban a Luis Navarro, solía decir: "No estudio para *pasar,* sino para *aprender,* y cuando haya aquí aprendido, lo demostraré en cualquier parte".

Y bien que lo hubiera demostrado. Luis habría pasado brillantemente cualquier examen a título de suficiencia.

El hecho es que cuando Luis Navarro Origel comenzaba a recibir en el Seminario de Morelia la instrucción y educación que modelaron su mente lúcida e hicieron de él todo un hombre, estalló la Revolución Mexicana y se derrumbó el vetusto régimen de Porfirio Díaz.

Originalmente parecía que la Revolución tenía por único objetivo la reforma política, el sufragio efectivo, esto es, la justa participación del pueblo en el gobierno de sí mismo. Luego se alzó la bandera de mejorar a los pobres, mediante su participación en el

disfrute de la riqueza producida. Estos objetivos eran de suyo buenos, y particularmente el mejoramiento de los pobres la Iglesia misma lo había comenzado a gestionar proponiendo en los congresos católicos que se celebraron en la primera década del siglo los medios de cristianizar las relaciones entre los empresarios y los obreros[2].

Pero la Revolución no pretendía sólo reformas políticas y sociales. Quería algo más: destruir la Iglesia. El ronco tambor de Huichilobos empezó a sonar en lo alto del cú, y ésta fue la señal de que se lanzara la primera embestida furiosa contra el catolicismo.

Un muchacho interno en el Seminario de Morelia sentiría en carne propia el primer zarpazo de la fiera. Entonces tomaría la decisión de ofrendarlo todo *pro aris et focis;* de luchar, hasta la muerte, por su nación y por su Dios.

---

[2] Véase Bravo Ugarte, *Historia de México,* 3er. Tomo, Cap. III, 4.



PARROQUIA DE PENJAMO

. . .donde se juntan tres provincias, ancla de la nacionalidad. . .



DOÑA GUADALUPE ORIGEL DE NAVARRO

...le entregué cuatro hijos y sólo tomó dos; se ha quedado corto...

2

El Incendio

LUIS NAVARRO ORIGEL cumplió 16 años en los días de la Decena Trágica. Una semana después el Presidente Madero caía asesinado y Victoriano Huerta usurpaba el poder.

A los apacibles claustros del seminario de Morelia llegaba el rumor de la tormenta recién desatada. Profesores y alumnos del plantel interrumpían sus lecciones de filosofía para preguntarse cuál sería el porvenir de México. Quizá uno de aquellos sabios maestros vislumbrara entonces un horizonte de fuego para la Nación y para la Iglesia.

El Presidente Woodrow Wilson se propuso, según dijo, "enseñar a los mexicanos a elegir hombres buenos", y entrometiéndose descaradamente en nuestra vida doméstica, hundió a México en sangre hasta el cuello.

Wilson negó el reconocimiento a Huerta, animó la revolución de Carranza, transformó a Villa de capitán de foragidos en caudillo del pueblo, ordenó la invasión del territorio nacional. Vencido Huerta, se dividieron entre sí los vencedores y siguió la batahola. El país flagró en las llamas de la guerra civil. Wilson movía a su gusto a sus sangrientos monigotes, y haciéndola de *umpire*, como si se tratara de divertido juego de beisbol y no de una encarnizada guera civil en la que los mexicanos morían a millares, declaró *safe* a Carranza, quitó al ensoberbecido Pancho Villa su falso prestigio militar reduciéndole de nuevo a lo que siempre fue, un malhechor

digno de la horca, para retirar después su apoyo a don Venustiano, que intentó dar marcha atrás.

Wilson decretó la guerra al catolicismo y las hordas carrancistas fueron azuzadas contra la Iglesia. Los obispos fueron expulsados. Se redujo a prisión a los sacerdotes en todas las ciudades importantes del país. Tomás Urbina ejecutó en Zacatecas al P. Vega y a los Hermanos Adrián y Adolfo de las Escuelas Cristianas. Villa mandó asesinar al párroco de San Pedro de las Colonias y en Toluca fue fusilado, por órdenes de Murguía, el misionero Mariano González. Las religiosas fueron arrojadas de sus conventos, profanados los templos, clausurados los colegios católicos.

Luis Navarro Origel fue testigo de la invasión de su seminario por las chusmas jacobinas, que se apoderaron de los tesoros de la biblioteca, desmantelaron sus gabinetes y laboratorios e inutilizaron los instrumentos y aparatos del observatorio metereológico.

Este atropello, que por lo pronto no pudo castigar porque seguramente los directores del plantel decidieron no resistir la agresión, se grabó para siempre en el alma de Luis Navarro Origel, que es posible que haya resuelto desde entonces ser el vengador de los ultrajados derechos de la Iglesia.

La persecución fue implacable. Los alumnos del seminario fueron arrancados violentamente de sus aulas y viéronse obligados a completar el curso recibiendo clases en ocultas covachas, o bien a campo raso, a la sombra de los árboles.

"¿Con qué derecho nos persiguen? —se preguntó el estudiante Luis Navarro Origel—. ¿Qué razón hay para que unos hombres ataquen a otros por causa de su fe religiosa? ¿Qué derecho tienen para quitarles lo que es suyo?"

Es posible que se hiciera a sí mismo esta otra pregunta que puede leerse en el Libro de los Macabeos:

"¿Por qué he venido yo al mundo para ver la ruina de mi patria y la destrucción de la ciudad santa, y para estarme sin hacer nada por ella al tiempo que es entregada en poder de los enemigos?" [3]

[3] Macabeos, Lib. I, Cap. II, 7.

En el mismo sagrado libro pudo hallar la solución a sus dudas en estas palabras:

"Y Judas les habló de esta manera: tomad las armas, y tened buen ánimo; y estad prevenidos para la mañana, a fin de pelear contra estas naciones, que se han unido contra nosotros para aniquilarnos, y echar por tierra nuestra santa religión.

"Porque nos vale más morir en el combate, que ver el exterminio de nuestra nación y del Santuario.

"Y venga lo que el Cielo quiera" [4].

Pero el tiempo de combatir todavía no era llegado. Luis Navarro era un adolescente que debía velar sus armas antes de participar en la cruzada. El recrudecimiento de la persecución vendría más tarde, en la época aciaga del callismo, y entonces sería la oportunidad de Luis Navarro.

Al concluir el terrible año de 1914, Luis volvió a su casa de Pénjamo a pasar las vacaciones. La revolución había perturbado gravemente los intereses de su familia. Los campos estaban devastados, huída la gente a las ciudades, lánguido el comercio, rota la armonía necesaria para el trabajo y la producción. Esta situación general se reflejaba en la familia de los Navarro de Pénjamo. Luis, que había vivido enmedio de la prosperidad, se entristeció, no por la pérdida de bienes, que nunca le importaron, sino de ver los apuros de su padre y las dificultades por las que pasaba. Es posible que haya pensado entonces en contribuir con sus ya fuertes brazos a levantar el estado de los negocios de la familia.

Parte de estas vacaciones las pasó Luis en la casa de su compañero de estudios, Leopoldo Alfaro, quien vivía en Irapuato y al que había visitado ya en años anteriores. La familia de Leopoldo Alfaro Madrigal era oriunda de La Piedad y estaba formada por diez hijos, de los cuales vivían nueve, cuatro hombres y cinco mujeres. Una de éstas, Carmen, tenía a la sazón 14 años, y era una creatura encantadora por su modestia y por su semblante apacible y dulce. Luis, el muchacho de 17 años en el que ya había apuntado el bozo que más tarde sería espeso bigote, se enamoró de la linda niña,

[4] *Id.*, Cap. III, 58, 59, 60.

que luego se sintió atraída por aquel estudiante tan formal y piadoso como bien parecido. Así comenzaron las relaciones entre Luis Navarro Origel y Carmen Alfaro, relaciones que no habrían de terminar ni con la muerte del héroe. Nadie hubiera dicho al ver a Carmencita, entonces una tímida niña, que sería capaz de sufrir con la más grande fortaleza todo el incruento martirio que padeció desde la separación de su esposo hasta su muerte. Como Luis Navarro, Carmen su esposa se ofreció voluntaria y silenciosamente en holocausto por la salvación de México, según tendremos oportunidad de verlo después.

En 1915 Luis Navarro volvió a Morelia a concluír su curso de Filosofía. Como el internado del seminario se había cerrado, fue a vivir a una casa particular, perteneciente a una piadosa familia. Había una capilla cuyo altar Luis cubría de flores y ante el que oraba devotamente. Comía en otro lugar, y hablando de su ambiente escribía a su novia:

"En la casa en que me asisten me prodigan mil atenciones y finezas. Comen otros señores sumamente comedidos, corteses y atentos conmigo; son dos médicos por recibirse, un mayor, médico, militar, y dos estudiantes del Colegio de San Nicolás (el del Estado), los que, en mil discusiones que hemos tenido, siempre terminan por concederme la razón; y tan amigablemente nos despedimos como si nunca hubiéramos discutido. Sólo me disgustan sobremanera las discusiones con uno de los que se van a recibir: muy afectado y presuntuoso, pedante y ridículo en extremo; a pesar de que fue seminarista, siempre está hablando (mal) de la Religión y de los Padres. Yo, seminarista sumamente iracundo y quisquilloso, le atajo en sus discusiones y peroratas, entablando a veces acaloradas disputas en las que siempre sale con la muletilla acostumbrada de todos los liberalillos petulantes: 'Yo sé la vida de tal o cual Padre'. Por último, por lo mismo que es cínico y calumniador, siendo un cobarde, ha tenido a bien respetar mi presencia, no enfrascándose en ninguna conversación acerca de ese punto, viendo que abiertamente me ponía a la contra y que tenía mis fuertes puños".

En la anterior declaración está expresado el carácter comba-

tivo de Luis Navarro: "Y que tenía mis fuertes puños", dice para concluir, como anunciando que contra la ofensa gratuita e injustificada apelaría, en última instancia, al recurso de la fuerza.

Respecto a sus luchas interiores dice en otra carta:

"He pasado por un horrible combate, espantosísimo, furioso, y, lo que es peor, que aún no se resuelve en triunfo o en derrota... tus oraciones han contribuido a detenerme, a salvarme del abismo... Aún no estoy seguro de mí; aún no puedo asegurar que haya terminado la lucha terrible; pero ya puedo recurrir a Dios, ya tengo viva fe: tengo uno de los factores del triunfo... Pide mucho por mí, yo te lo ruego. En ti pongo mi esperanza, tú sabrás alcanzar del Señor lo que necesitas para mí: paz, dulzura y firme voluntad para el bien. Reduce tu petición a esto solo: hacédmelo, Dios mío, manso y humilde".

Acerca de las dificultades que le ocasiona el genio díscolo de un compañero, Luis Navarro confía a su novia:

"...Por fin, a veces me sublevaba mi orgullo herido y me prometía no soportar más; decíame mi dignidad y honor de hombre que ya había cumplido con mi deber de caballero; mi confesor mismo díjome varias veces que no lo buscara más. Armábame nuevamente de paciencia, prometiéndome devolver bien por mal, tratarlo con afabilidad y comedimiento en cambio de su duro trato... quiera el Señor premiar la gigantesca lucha de mi espíritu con inefables dichas para... y con el cambio radical de mi intratable y áspero carácter".

Aquí se ve el hombre en lucha con sus impulsos, tratando de dominarlos, de reducirlos al imperio de su razón; luchando, en fin, por ser más hombre.

"Es en verdad —dice un sacerdote al comentar estas cartas— para alabar a Dios el ver a este joven, a quien el mundo brindaba seducciones, pues a ello se prestaba su buena figura, su talento y fino trato, así como su edad, harto desarrollada entre los 15 y los 20 años, y el vivir en un medio estudiantil en un tiempo en que la sociedad entera se veía envuelta en una atmósfera de impiedad y desenfreno, que aportó el carrancismo, entregarse al cultivo de todas



LA BODA DE LUIS NAVARRO

. . .imitemos a Tobías y Sara. . .



LUIS NAVARRO ORIGEL A LOS 22 AÑOS

. . . *ofrendarlo todo* pro aris et focis. . .

las virtudes y abrasarse en el amor divino al cual unía castamente el amor de su novia.

"Salpicadas están todas sus cartas de ese período de su vida de colegio entre los 14 y los 20 años de su edad, de párrafos que dan a conocer ambas cosas. De su sinceridad nos garantiza la profunda humildad y modestia que se descubre en ellos, y el ser confesiones hechas a su amada como al descuido y con expansiones no estudiadas".

De sus costumbres de estudiante habla esta otra carta dirigida también a su novia Carmen:

"Te voy a referir algo de mi vida actual: como te decía en mi carta anterior, vivo muy lejos del centro y tengo que estar todo el día ocupado; porque entramos al colegio a las 7 a. m. y salimos a las 12 m. para volver a las 2 p. m. y terminar las clases a las 6.30 p. m.

"Como no tengo reloj, me he levantado todos estos días a las 5 a. m., a veces antes, pero nunca después; porque se me figura que no voy a alcanzar Misa, y por consiguiente a recibir el Pan de los Fuertes. Figúrate, no hay Misa que empiece antes de las 6 a. m. y muy buenos plantones he sufrido, pues cuando voy ni aun siquiera han abierto los templos. No me he pasado un día sin Misa y he recibido la Sda. Eucaristía diariamente. Tampoco he dejado de rezar el Rosario un solo día. Cuando no estoy muy cansado voy hasta el Sagrario de la Catedral aunque me queda a ocho cuadras; y cuando lo estoy mucho, voy a un templecito muy bonito que sólo está a dos cuadras de mi casa; se llama La Soterraña. En estos momentos de allí vengo, volvía de jugar base ball y me quedé al pasar y me tocó recibir la bendición con el Santísimo".

Conviene destacar la ejemplarísima conducta juvenil de Luis Navarro Origel, particularmente en estos tiempos de "rebeldes sin causa", de muchachos perdularios, vagabundos y zaragates, inútiles para sí mismos y para su país. Muchachos que usan peinados femeninos y ropas de maricones; muchachos que holgazanean, que roban, que son embusteros, que ofenden a la mujer, que se entregan a los vicios, al desenfreno sexual; muchachos mexicanos de ahora,

víctimas de una sociedad perdida, ahí tenéis en Luis Navarro Origel un ejemplo nítido de hombría. Ved con qué varonil esfuerzo, con qué gallardía domina sus malos impulsos y se vence a sí mismo. Vosotros, los que estáis sucios de mentira y lujuria, ved la limpieza sin mancha de la vida juvenil de Luis Navarro, que madrugaba todas las mañanas, que oía misa, que comulgaba, que acudía sin falta a sus estudios, que practicaba deporte, que no tenía más amor que el casto amor de su novia, a la que respetaba y amaba como debe respetarse y amarse a la mujer que ha de ser la madre de nuestros hijos. Ved cómo se conservó limpio de corazón, sano de espíritu y de cuerpo, mentalmente ágil. Ese era un *HOMBRE,* no un fantoche movido por sus pasiones. Y ved, en las siguientes líneas de otra de sus cartas, cómo buscaba la perfección interior, despreciándose a sí mismo, humillándose al constatar su propia miseria humana:

"Imagínate —le escribía a su novia— que todos los defectos que tú conozcas estén reunidos en mí, y que lo estén en el mayor grado que darse puede; pues yo te afirmo que si así fuese, podrías juzgarme favorablemente, porque mucho más vil, más miserable soy... Por eso no hago otra cosa que repetirte que soy un miserable, que soy muy malo; que necesito muchísimo que ruegues mucho, que ruegues siempre por mí. Te voy a contar una cosa: ¡soy tan malo y sobre todo y más grave aún, veo que con tanta facilidad vuelvo a ser malo después que me prometo y quiero ser bueno...! Y al ver que de casi nada sirven mis propósitos, me aflijo tanto que a veces creo que no tengo remedio...; por esto me aflijo: porque con ser mi amor tan grande, soy tan disgustado de mí mismo, de cuanto me rodea... de todo... que creo que te haré sufrir mucho, mucho, te volveré loca por querer darme gusto... ¿No lograré hacer nunca que creas que necesito de tus oraciones, de toda tu paciencia y perseverancia en la oración para que el Señor se apiade de mí y me transforme un poquito, un poquito siquiera para que me puedas tolerar? Dos cosas me detienen para poner en ejecución nuestras ilusiones: primero, mi carácter muy duro y áspero y casi bru-

tal que no se modera nunca, y allí incluída, mi falta de energía y de voluntad".

El autor de las anteriores líneas era un muchacho de 18 años, esto es un hombre que en lo más florido de su mocedad, en vez de seguir las inclinaciones naturales de su temperamento, o de buscar el placer y la satisfacción de sus instintos animales, se mortifica pensando en el mal que puede causar a los demás, sujeta por la brida las pasiones que tienden a desbocarse y marcha valientemente por el camino de los sacrificios hacia su propia perfección.

Ese era un hombre.

3

Quiero Morir por El

TERMINADO brillantemente el curso de Filosofía, Luis volvió al terruño nativo, Pénjamo, y se ocupó en el trabajo del campo, ayudando a su familia a restaurar el patrimonio mermado por las recientes perturbaciones.

Se habían librado ya en el Bajío "las grandes batallas de la Revolución" entre los ejércitos de Villa y Obregón. Fueron estos encuentros espantosas carnicerías en las que perecieron más de veinte mil mexicanos, lo que debió complacer al Presidente Wilson *(¡El Soñador!)*, quien llegó a decir ante un auditorio de Indianápolis que "permitiría al pueblo mexicano que derramase toda la sangre que quisiera", con la esperanza de que algo bueno surgiera de la *debacle* mexicana, según lo declaró Kelley [5]. No sé si debe uno atribuir a locura pasajera o a una secreta asociación de Wilson con Huichilobos, el designio de aquél de que los mexicanos continuaran matándose entre sí. El hecho fue que en estas matanzas civiles por carrancistas y villistas murieron tantos hombres como en los altares de los ídolos aztecas antes de la venida de Cortés. Habíamos retrocedido cuatro siglos.

Ensangrentados los fértiles campos del Bajío, quemadas las haciendas; convertidos en patíbulos los atrios de los templos, enjaezadas las mulas de los revolucionarios con ornamentos eclesiásticos; cerradas las escuelas donde se enseñaba a amar a Dios y al prójimo,

[5] KELLEY, FRANCIS, *México, el País de los Altares Ensangrentados,* Cap. XV.

la Patria reventaba de odio y de terror, y enmedio de esta ruina Luis Navarro Origel, graduado filósofo de 19 años, meditaba acerca del destino de México y de su propio porvenir.

En la caldera que atizaban los demonios del carrancismo hervía el proyecto de nueva Constitución, aderezado con el único fin de legalizar la persecución a Cristo. Un oscuro cielo tempestuoso era el techo que cobijaba las esperanzas de los mexicanos.

Luis Navarro se halló entonces ante la encrucijada: o seguía el camino del sacerdocio, o volvía a la vida civil a luchar con su gran corazón y su clara inteligencia por la causa del bien contra todos sus conjurados y potentes enemigos. Para elegir el camino, o para hallarlo, mejor dicho, ocurrió a los Ejercicios Espirituales de San Ignacio que dirigió en Morelia quien a la sazón ejercía el cargo de vicerrector del seminario y que habría de llegar a ser uno de los grandes prelados de la Iglesia mexicana: don Luis María Martínez.

De la lucha que libró consigo mismo en aquellos días de meditación y retiro, Luis Navarro Origel dejó constancia en las hojas escritas que llevó en su cartera y que su viuda conserva como preciosa reliquia. Son el documento en que extendió la sentencia definitiva que vino a sellar su determinación.

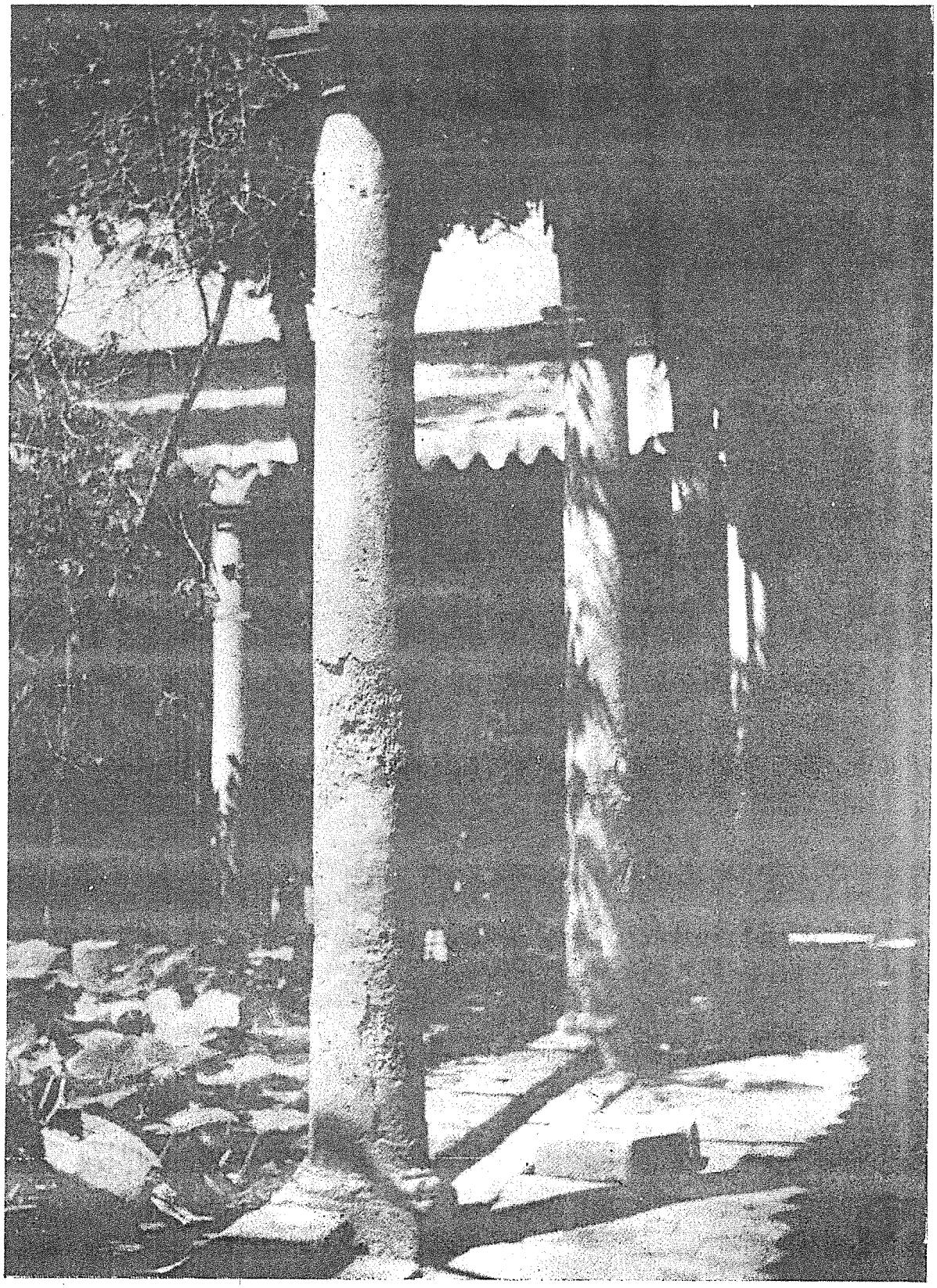
He aquí el pensamiento de Luis Navarro Origel:

"La preparación que debe tener el hombre para cumplir la misión que Dios le haya encomendado debe consistir en: oración, trabajo y sumisión.

"Conocer a Dios, amarle e imitarle; he aquí la vida del hombre cristiano; he aquí su felicidad; he aquí su fin.

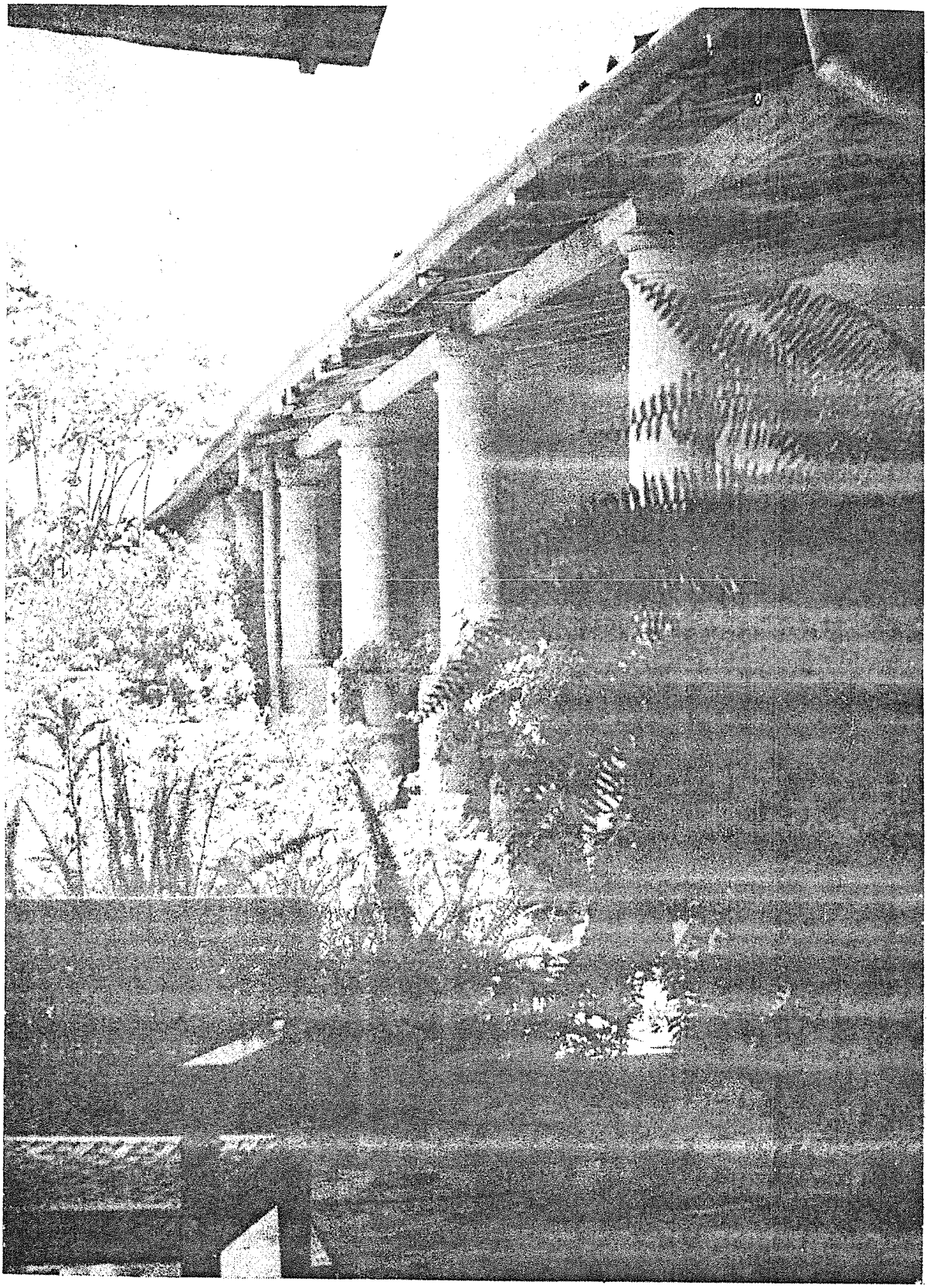
"25 de octubre de 1916".

"La mañana de este día ha sido para mí un reñido y continuo combate; he tenido una tensión grande de espíritu. La tarde fue como ninguna en mi vida toda: terrible y agónica. He quedado como atontado, embotado de mis facultades, a pesar del dulcísimo consuelo de esta noche singularmente dichosa para mí. ¡Qué bueno es Dios! ¡Y qué tiernamente amorosa es su dulce Madre! ¡Cómo,



CASA DE LOS NAVARRO ORIGEL, EN PENJAMO

. . .ancha, hospitalaria, bulliciosa. . .



CASA DE LOS NAVARRO ALFARO

. . . un hogar dichoso, al que por Cristo renunció para siempre. . .

a nuestro pesar, quiere salvarnos el amorosísimo Jesús! ¡Glorificado sea mil veces!

"Hoy puedo decir con toda verdad que Dios Nuestro Señor ha creado de nuevo a mi alma, que hoy he sido nuevamente redimido por Jesús; estaba muerta mi alma y hoy la ha resucitado el Señor; estaba perdida y mancillada y ha sido purificada por Jesús, mi Redentor amorosísimo.

"Hoy ha sido uno de los días más terriblemente grandes y más grandemente felices de mi vida. Hoy he dado un paso decisivo por el camino de mi vida, después de un combate que ha durado el día entero; de mil indecisiones que me hacían morir de angustia.

"Por fin la Madre de Dulzura me ha consolado, me ha calmado y llenado mi alma de tranquilidad y placidez.

"No sé cómo agradecer al Señor la muchedumbre de sus bondades; le he consagrado mi vida para glorificarlo; quiero sufrir por El que me ha amado tanto. Le he ofendido mucho; *quiero padecer mucho, quiero morir por El.* ¡Que le plazca concedérmelo! ¡El me dará fortaleza! Le he consagrado a mi niñita, a mi Carmela querida, que hoy ha querido confirmármela por esposa. El me ha dicho interiormente que quiere que le sirva con ella. ¡Bendito sea! El moderará nuestros afectos. Le he suplicado que nos haga castos, que le amemos mucho, que le sirvamos siempre; que busquemos su gloria y nos encienda en su ardiente caridad; que nos haga pobres de espíritu y aun actualmente pobres si nos conviene. ¡Es tan dulce y hermoso no pensar más que en el Cielo!"

Y en esta encrucijada, Luis Navarro Origel tomó la cruz, se abrazó a ella. Desde entonces fue una idea clavada en su mente la de "morir por Jesucristo", "morir de un balazo por la causa del bien".

Quizá una de las dudas que le atormentaron fue la de si debía unir a la suya la vida de otra persona, para sacrificarla. La duda fue despejada ahí mismo, en aquellas lentas y dolorosas horas de meditación. La voz interior le respondió afirmativamente, y a partir de ese momento no dudó más.

El 5 de febrero de 1917 se promulgó la nueva Constitución, una ley que no estaba formada por *cláusulas* sino por *cápsulas* destinadas a debelar el catolicismo mexicano. Llevaba dentro de sí el nuevo código, por lo mismo, los gérmenes de la guerra civil, que sólo cesa cuando los artículos persecutorios dejan de aplicarse de hecho, pero que está latente, oculta, como sombra agazapada que turba y perturba la conciencia de México.

Pues bien, tres meses después de la promulgación del nuevo estatuto constitucional, o sea el 5 de mayo de 1917, Luis Navarro Origel contrajo matrimonio con Carmen Alfaro Madrigal. El tenía 20 años; ella, 16.

Luis se preparó al matrimonio comulgando diariamente e imponiéndose penitencias como la de dormir sin colchón y con una viga por almohada.

La juvenil pareja fue a la capital en paseo de bodas. El tren en que viajaban fue asaltado por una gavilla de bandoleros, "y ésta fue —dice la esposa de Luis— la primera ocasión que tuve de admirar su valor", porque el muchacho recién casado se ofreció a defender la vida de los pasajeros, ayudando a la escolta. Por fortuna no fue necesario disparar ni un tiro, pero el tren llegó con muchas horas de retraso a la ciudad de México.

En cuanto se hallaron en el hotel, Luis dijo a su esposa: "Quiero pedirte que como Tobías y Sara, guardemos unos días de castidad". Y fueron diez o más días los que permanecieron intactos los recién desposados, mortificando su mutua inclinación, en insólita alabanza del amor puro.

La idea ya impresa en la mente de Luis Navarro acerca de la muerte por Dios fue tema de las conversaciones de los esposos en aquellos primeros días de vida conyugal. "Quiero morir cumpliendo con mi deber, a la hora que sea y como sea", solía decir Luis a Carmen, y esta insistencia sobre el tema de la muerte cuando se abría ante sus ojos un camino de dicha terrena no se explica sino porque Luis Navarro había hecho ya una definitiva elección entre lo meramente temporal y lo eterno; o en otras palabras, porque había sobrenaturalizado su vida. Era un hombre con la mirada puesta

en valores mucho más altos y más duraderos que los de este pequeño mundo caduco.

Los que sólo nos ocupamos en comer, dormir, reproducirnos; los que, en fin, llevamos una vida más animal que humana, hallaremos extravagante o quizá increíble la conducta de Luis Navarro; pero si bien consideramos las cosas, si pensamos en el destino final del hombre, llegaremos a la conclusión de que era una conducta lógica, congruente con la filosofía cristiana; conducta normal e inteligente.

Y ésta era una de las cualidades de Luis Navarro: su congruencia, la unidad de su vida y de su pensamiento, la perfecta armonía interior.

El matrimonio estableció su hogar en Pénjamo, donde el asendereado mexicano buscaba, como en otros lugares del país, la oportunidad de vivir en paz, trabajar, reconstruir lo que la Revolución había deshecho.

Luis Navarro era entonces un hombre que había alcanzado ya su perfecta estatura física y moral. Físicamente pertenecía al tipo atlético. Medía un metro setenta y cuatro centímetros; de complexión robusta, piel blanca, negro cabello, su figura imponía respeto y al mismo tiempo resultaba atrayente.

Madrugador, frugal, Luis se entregó con la alacridad propia de sus años mozos y de su reciente nuevo estado, a la ruda brega por el pan de cada día. Los negocios de la familia, ya quebrantados, sufrieron un golpe más al caer don Bardomiano, el viejo roble don Bardomiano, herido de apoplejía. Las haciendas y ranchos de la región fueron más de una vez invadidos por las chusmas del célebre foragido Inés Chávez García, lo que dio ocasión a Luis Navarro de ejercitar su valor.

La inseguridad que reinaba en el campo y la falta de oportunidades en Pénjamo de trabajo remunerativo, obligaron a la familia a mudarse a Irapuato, que había sido cuartel general de Pancho Villa y donde "cantaban los horizontes", según el corrido popular.

Asociado a su hermano mayor Ignacio, Luis emprendió varios negocios; le fue mal porque estaba mucho mejor preparado para desarrollar un razonamiento silogístico y vencer en una disputa escolar que para los negocios prácticos. Además, su hombría de bien y su buena fe no eran ciertamente las mejores armas para salir adelante en un medio donde triunfaban los menos escrupulosos.

La familia pasó entonces una época de penuria. Sobrevino la muerte del jefe don Bardomiano, ensombreciendo más el cuadro familiar; pero casi al mismo tiempo nace el primogénito del matrimonio Navarro Alfaro, que recibe el nombre de Ignacio.

Luis observaba entretanto sus mismas e invariables costumbres, sus prácticas piadosas, y el ocio al que por un tiempo se vio obligado el hombre infatigable lo empleó en leer y en trazar proyectos de nuevas industrias que establecería en Pénjamo cuando las circunstancias le permitieran volver, industrias que serían nuevas fuentes de trabajo para mejorar la depauperada región.

Restituído a sus pegujales de Pénjamo —donde otra adversidad, la epidemia de influenza española, le salió al paso—, Luis Navarro se propuso crear nuevas fuentes de trabajo, y hallando que la apicultura era una industria no explotada, se aplicó a estudiar sus métodos y a ensayarlos. Fracasó una vez, dos, pero hombre al fin que no se doblaba ante los fracasos, perseveró hasta triunfar enteramente, estableciendo varios cientos de colonias de abejas. Luego propagó sus conocimientos entre amigos y vecinos y los animó a que lo imitaran.

El muchacho recién salido del seminario tuvo que dejar a un lado los libros de filosofía para ocuparse en los de técnica agropecuaria. Los sistemas de explotación agrícola y ganadera que se usaban eran rutinarios, atrasados y por lo mismo poco eficaces. La avicultura se practicaba según viejas costumbres y no era negocio costeable. Luis Navarro demostró que podía llegar a ser una fuente de riqueza, instalando plantas avícolas conforme a la nueva técnica, y en esto, como en todo, Dios bendijo su laboriosidad. También

crio cerdos y vacas, y así, por medio de continuo y alegre trabajo, sacó adelante su hogar.

Alguien podría pensar que Luis Navarro era *mocho* según la idea que de los *mochos* tienen los que se dejan guiar por las descripciones que de ellos han hecho sus enemigos; esto es, pensará que era un jovencito mustio, blandengue y apocado, sin alegría de vivir, dominado por supersticiones y temores. La idea verdadera acerca del carácter de Luis es otra, completamente opuesta. No era *mocho,* sino hombre cabal en todos sentidos, plenamente viril. No era mustio, melancólico, sino jovial, con la sonrisa a flor de labio, y capaz de disfrutar la vida, que es don de Dios, en lo que tiene de bello y agradable, así como de soportar con buen ánimo lo adverso o lo ingrato. Practicaba varios deportes, como hemos dicho, y llegó a jugar el futbol con grande habilidad para ser aficionado. Amaba el campo y era feliz cuando iba de paseo con su familia y sus amigos. Cantaba, se complacía en oír buena música y llegó a coleccionar buenos discos que hacía escuchar a los suyos para educarles el buen gusto. Su pasión era la lectura y, según refiere su esposa, pasaba las noches leyendo cuando el libro le interesaba. Entre los autores de su biblioteca se hallaban los grandes místicos castellanos, Santa Teresa y San Juan de la Cruz, guías de su vida ascética.

Hombre de genio vivo, fácilmente se exaltaba; pero llegó a dominar enteramente sus impulsos de cólera. No profería insultos ni malas palabras. Su trato era exquisitamente cortés, en particular con los pobres, a quienes siempre saludaba quitándose el sombrero. Cierto de que cualquier trabajo dignifica, no se arredró ante ninguno, así fuera el más humilde o rudo, como el de cargador, pues en cierta época mala anduvo *fleteando* en un camioncito de su propiedad por trochas lodosas y veredas de cabras. El mismo cargaba y descargaba los sacos de semilla y los *bultos* de los pasajeros. Y se le veía contento enmedio de estas faenas.

En cuanto a la vida sobrenatural la cultivó con intensidad. Su comunicación con Dios era constante. Oía misa y comulgaba diariamente; ayunaba todos los días de la cuaresma; rezaba en familia

el santo Rosario; fundó en Pénjamo la Adoración Nocturna y era feliz cumpliendo los deberes de socio de esta congregación.

Su vida hogareña fue dichosa. Tuvo cinco hijos en once años de matrimonio. El primero, como ya hemos dicho, fue Ignacio, que nació en Pénjamo el 18 de julio de 1918. Hoy es misionero del Espíritu Santo y reside en Lima. La segunda fue Guadalupe, nacida en 1920; luego vinieron Carmen y Margarita y por último Rafael, nacido en 1925 y muerto en 1927, cuando el padre estaba en campaña.

Al mayor, Ignacio, se propuso formarlo en las virtudes que a él mismo le costó más trabajo conseguir para sí. Lo asoció a sus faenas de apicultor, apenas la creatura pudo andar, y le quitó el natural temor a las picaduras de las abejas, enseñándole a manejarlas confiadamente para que no le causaran daño.

Como si supiera que no disponía de mucho tiempo para educarlo con su ejemplo, también asoció a Nachito a sus obras piadosas. Con él velaba toda la noche una vez al mes, o sea cuando le correspondía el turno de Adoración Nocturna. A los seis años recibió el niño la Primera Comunión, y la petición que su padre le hizo al oído para que la repitiera en aquella y en las siguientes comuniones fué "que alcanzara de Dios para su padre la gracia del martirio, muriendo por la Fe".

4

El Proceso Revolucionario

LA CONSTITUCION de 1917, decretada por una facción militar triunfante que de ninguna manera representaba a la nación, provocó el conflicto civil en que Luis Navarro Origel tomaría parte. Un breve repaso de las disposiciones de esta ley concernientes a la dignidad de la persona humana y a los derechos de la sociedad religiosa, nos permitirá entender claramente el conflicto.

El primer artículo de la Constitución de 1857 decía a la letra; "El pueblo mexicano reconoce que los derechos del hombre son la base y el objeto de las instituciones sociales. En consecuencia declara que todas las leyes y todas las autoridades deben respetar y sostener las garantías que otorga la presente Constitución".

El texto anterior fue sustituído en la nueva ley por el siguiente:

"En los Estados Unidos Mexicanos todo individuo gozará de las garantías que otorga esta Constitución, las cuales no podrán restringirse, ni suspenderse, sino en los casos y con las condiciones que ella misma establece".

La innovación fue sustancial porque la nueva ley redujo los derechos humanos a los "otorgados" por la Constitución; esto es, se estableció que el Estado es la fuente y el origen de los derechos que el hombre tiene, de suerte que si el Estado no garantiza expresamente el derecho de dormir, el de caminar o el de oler, esos derechos no existen.

El texto del primer artículo revela ya la mentalidad de los autores de la Constitución, según la cual el Estado es una sociedad de tal manera superior a todo lo que dentro de ella existe, y con una soberanía tan ilimitada, que el *derecho* que imponga, así sea absurdo, contrario a la razón y al sentido común, debe ser acatado por todos.

Conforme a este criterio de soberanía absoluta, los ciudadanos estarían obligados a observar fielmente una ley que el Congreso hubiese expedido en los siguientes términos;

"Artículo Primero.—Todos los ciudadanos de la República Mexicana están obligados a caminar a gatas a partir de las ocho de la noche.

"Artículo segundo.—Nadie tiene derecho a crecer más de un metro cincuenta centímetros.

"Artículo tercero.—Se prohibe engendar hijos varones.

"Artículo cuarto.—El cerebro se usará únicamente para pensar lo que el Estado mande".

Pues bien, artículos tan absurdos como los anteriores son los que contiene la Constitución de 1917. Por ejemplo, el artículo quinto, que dice:

"El Estado no puede permitir que se lleve a efecto ningún contrato, pacto o convenio que tenga por objeto el menoscabo, la pérdida o el irrevocable sacrificio de la libertad del hombre, ya sea por causa de trabajo, de educación o de voto religioso. La ley, en consecuencia, no permite el establecimiento de órdenes monásticas, cualquiera que sea la denominación u objeto con que pretendan erigirse".

Este artículo ataca una de las libertades fundamentales del hombre: la libertad de casarse *o de no casarse*. El Estado, usando de un poder que jamás ha tenido, pide a los súbditos cuenta de su soltería, invade el campo individual de las vocaciones y trata de impedir que una persona, ejercitando la libertad que Dios le concedió, se mantenga célibe y haga voto de mantenerse en este estado por un tiempo o por toda la vida.

El artículo es tan absurdo que jamás se ha observado ni se

observará, ya que ni por medio de toda la fuerza física de que disponga el Estado puede obligar a nadie a que elija determinado estado, o desista del que ya escogió. Y las órdenes monásticas existen y existirán siempre porque responden a derechos inviolables del hombre: el de escoger su estado y agruparse con otros.

Relacionado con este precepto (¿precepto o disparate?) se encuentra una definición comprendida en el artículo 130, que dice: "El matrimonio es un contrato civil". Con la misma razón podría el Estado definir en la Constitución: "Las palomas pertenecen al género de los mamíferos", "La hipoteca es una planta papaverácea", "Las calabacitas tiernas son hidrocarburos y, por lo mismo, están sujetas a la legislación petrolera".

Diga el Estado lo que quiera, así sea en una ley tan solemne como la Constitución, no puede cambiar la naturaleza de las cosas porque su poder es algo bien limitado, aunque haya habido intentos de atribuir al Estado la autoridad de Dios. Así, no puede cambiar la naturaleza del matrimonio que es, entre los bautizados, un sacramento. Y si el Estado, haciendo caso omiso de la libertad de conciencia de sus súbditos católicos, trata de imponerles una legislación y una celebración laicas del matrimonio, ataca esa libertad de conciencia y falta al principio de respeto a la personalidad humana. Ante el matrimonio de los católicos, el primer deber del Estado es abstenerse, limitándose a *registrar* la ceremonia celebrada en faz de la Iglesia.

Estos principios son de tal manera razonables que ninguna ley los ha derogado, como lo demuestra el hecho de que el único matrimonio válido, en la conciencia del pueblo de México, es el que se celebra ante la Iglesia, diga lo que dijera la Constitución.

El artículo 24 parece que garantiza la libertad de creer, pero en realidad la cohibe y reduce. Declara que todo hombre es libre para profesar la creencia religiosa que más le agrade "y para practicar las ceremonias, devociones o actos del culto respectivo, en los templos o en su domicilio particular, siempre que no constituya un delito o falta, penados por la ley".

Interpretado este artículo *a contrario sensu,* quiere decir que

está prohibido todo acto de culto fuera de los templos o de los domicilios particulares, de suerte que si un hombre eleva una plegaria a Dios enmedio del campo, en la celda de una cárcel o en lo alto de una montaña, quebranta la ley. Esto es aherrojar la conciencia, atentar contra uno de los derechos invariables del hombre. Por supuesto que la llamada *ley* que este atentado formaliza no es una *ley*, sino un mandato tiránico, caprichoso y brutal que nadie está obligado a respetar.

El artículo tercero, según la forma original, prohibió a las corporaciones religiosas y a los ministros de los cultos establecer y dirigir escuelas de instrucción primaria, violando con ello escandalosamente el derecho de la población católica, o sea del pueblo mexicano, a ser educado conforme a sus creencias. Representa, por otra parte, un atentado a la civilización porque en México la civilización y la cultura están definitivamente asociadas a los nombres de fray Pedro de Gante, fray Juan de Zumárraga, Motolinía, Vasco de Quiroga y al de todos los misioneros franciscanos, dominicos, agustinos y jesuitas que fueron los primeros en establecer escuelas, de suerte que prohibir a los sucesores de estos santos varones que establezcan y dirijan escuelas es cortar de un hachazo la obra educativa más gloriosa que registran los siglos, obra que pertenece a la Iglesia de Dios.

Donde el Estado materialmente brincó las trancas que cercan su poder y su autoridad fue en los artículos 27 y 130 de la Constitución. El 27 prohibe a las asociaciones religiosas poseer y administrar bienes raíces; el 130 facultó a los poderes federales a intervenir en materia de culto religioso; desconoció personalidad a la Iglesia; clasificó como profesionistas a los ministros de los cultos; autorizó a las legislaturas de los Estados a fijar el número de sacerdotes; impuso como requisito para ejercer el ministerio de cualquier culto la calidad de mexicano por nacimiento; vedó a los ministros religiosos el derecho de crítica a las leyes, así como el voto activo y pasivo y los declaró incapaces de heredar.

Estas disposiciones proyectan la sombra gigantesca de un Estado monstruoso que pretende subyugar a su poder insaciable a

todas las personas individuales o sociales que alientan dentro de los límites de su territorio; y representan la versión más cabal de un Estado *exorbitado,* esto es, de un Estado que se sale de su órbita, de la esfera de competencia que le corresponde, e invade un campo que le es completamente ajeno.

De acuerdo con la filosofía del sentido común, la filosofía tradicional, el Estado es una sociedad jurídicamente perfecta en cuanto forma un sistema completo que le confiere plenitud de competencia; y si bien es una sociedad soberana porque no está sujeta a ninguna otra, su soberanía está limitada por su propia naturaleza, su fin y su misión. "El concepto de una soberanía absoluta del Estado —dice el eminente profesor Jean Dabin—, haciendo abstracción del fin propio del Estado, destruye la idea misma de la agrupación estatal. Por alto que sea un poder, aunque sea soberano, permanece, por su naturaleza de poder, encadenado a su función, dominado por su fin. O, si no, deja de ser un poder de derecho para degenerar en un puro fenómeno de fuerza" [6].

Ahora bien, el Estado tiene un fin que lo limita: es el bien público *temporal;* por lo mismo no está facultado para rebasar los límites de lo temporal y de lo público, ni para inmiscuirse en el dominio espiritual.

Cuando el Estado Mexicano saltó la barrera impuesta por su fin, que es el bien temporal, para invadir el dominio de la Iglesia —que es otra sociedad jurídicamente perfecta y soberana en su esfera— dejó de ser un poder de derecho para convertirse en mero fenómeno de fuerza, en pura brutalidad.

La línea divisoria entre lo temporal y lo espiritual es bien clara. Salvo para los materialistas, el destino del hombre no está encerrado en la perspectiva del tiempo. Dotado de un alma inmortal, el ser humano tiene una vocación de eternidad. A esa vocación se vincula un bien eterno, divino, cuya conquista y posesión son procuradas por la religión, que liga el alma con Dios. Ahora bien, desde que se pronunció la frase histórica: "Dad al César lo

---

[6] DABIN, JEAN, *Doctrina General del Estado.*

que es del César y a Dios lo que es de Dios", el bien eterno o religioso ha dejado de pertenecer a la competencia del Estado.

La Iglesia en sentido estricto es "la sociedad instituída por Cristo Nuestro Señor para que en ella y por ella alcancen los hombres la vida eterna" [7]. Y así como la personalidad del Estado es de orden público, la Iglesia, por ordenación divina, es personalidad jurídica de derecho público.

"La personalidad jurídica de la Iglesia Católica —dice un canonista— no se funda en el simple reconocimiento que de ella un estado pueda hacer o no hacer. Aun prescindiendo del derecho divino-positivo, por simple derecho natural toda sociedad para un fin lícito tiene raíz natural de personalidad. Si esa sociedad tiene además un fin público, independiente por su naturaleza de la esfera de acción del poder temporal, posee por derecho propio una personalidad jurídica de derecho público. Tal la Iglesia Católica. Su no reconocimiento no le resta personalidad, por más que de hecho el estado se comporte como si no existiera: sería igual que si en castigo de un estado enemigo, un soberano borrara su país del mapa" [8].

Pues bien, el Estado Mexicano, por medio del artículo 130, fingió ignorar a la Iglesia y la borró del mapa, al desconocer su personalidad jurídica. Pero la personalidad sigue existiendo, tan incólume y clamorosa como si la hubiesen reconocido.

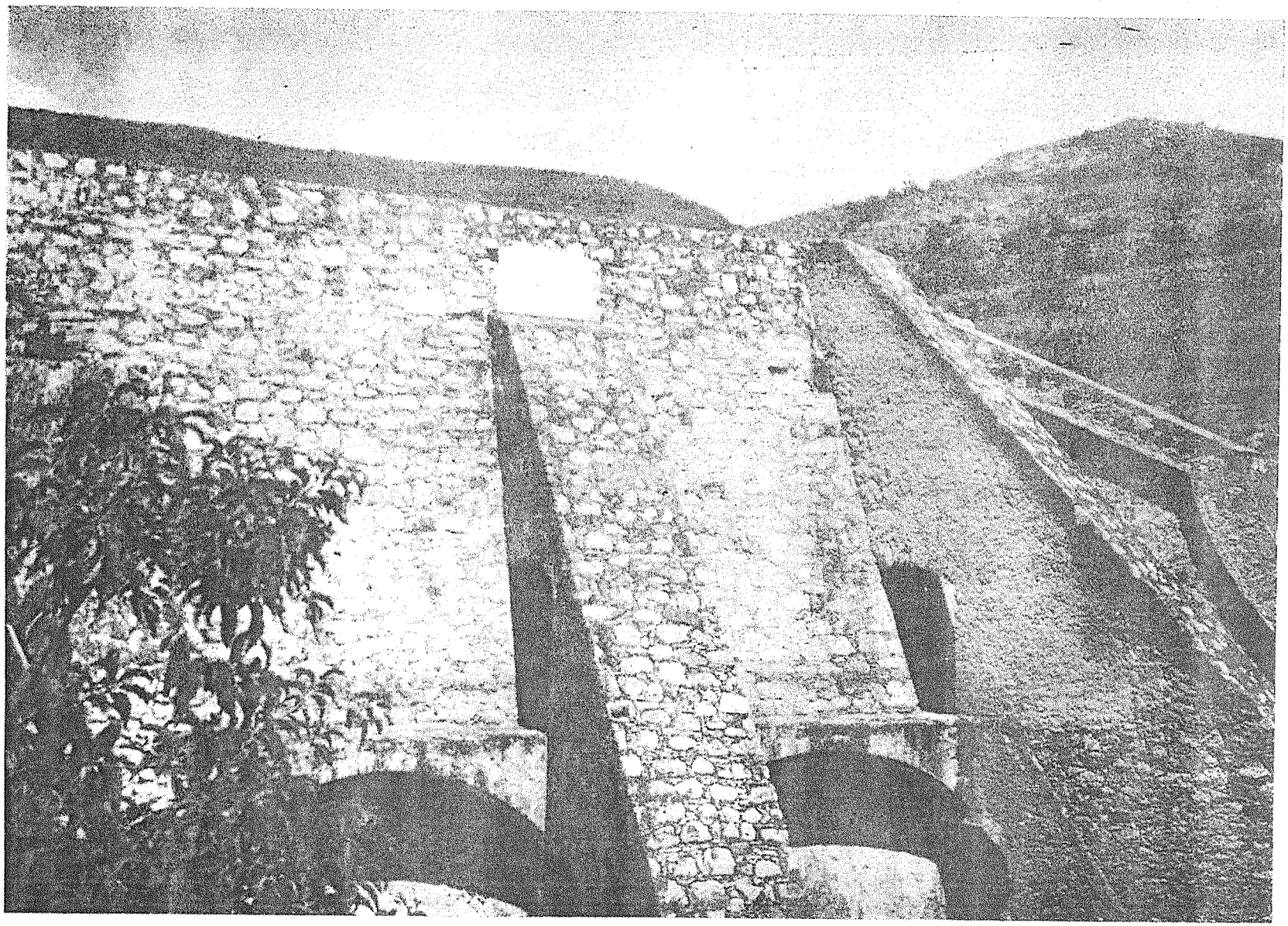
Sería inútil que nos extendiéramos en mayores consideraciones sobre el tema. Nos parece demostrado que la Constitución de 1917, a través de los artículos 27 y 130, estableció un régimen brutal, de pura fuerza, sobre la Iglesia. Por fortuna la recta razón ha prevalecido sobre las absurdas disposiciones de la ley escrita, que se ha derogado parcialmente de facto, pero que está ahí, como el cuchillo de obsidiana empuñado por la mano sangrienta del *teopixque*, apuntando al corazón del pueblo.

Esta Constitución radicalmente persecutoria motivó la protesta,

---

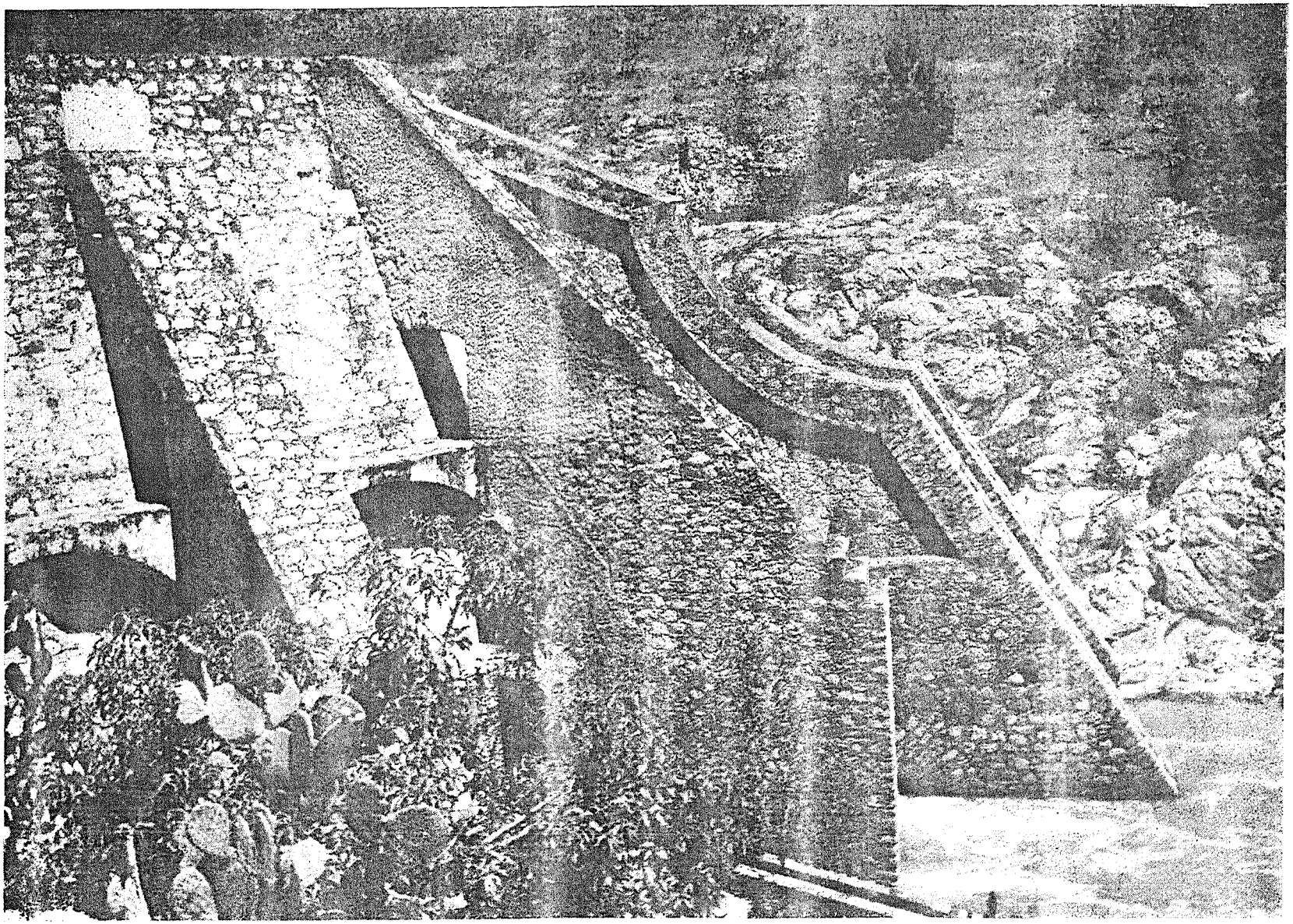
[7] Id.

[8] HAMILTON, CARLOS, *Derecho Canónico.*



PRESA DE PENJAMO, RECONSTRUIDA POR EL ALCALDE NAVARRO

...desempeñó oficios de capataz o de peón, poniendo el ejemplo...



AGUA PARA LA CIUDAD DE PENJAMO

...un alcalde que tenía idea de que los fondos públicos son ajenos...

en primer término, de los Prelados mexicanos, que dijeron en su memorable Pastoral de 24 de febrero de 1917:

"...la Constitución dictada en Querétaro el 5 de febrero último, eleva a estado la persecución religiosa, sancionándola definitivamente... Ese código hiere los derechos sacratísimos de la Iglesia Católica, de la sociedad mexicana y los individuales de los cristianos; proclama principios contrarios a la verdad enseñada por Jesucristo, la cual forma el tesoro de la Iglesia y el mejor patrimonio de la humanidad, y arranca de cuajo los pocos derechos que la Constitución de 1857, admitida en sus principios esenciales como ley fundamental por todos los mexicanos, reconoce a la Iglesia como sociedad y a los católicos como individuos..."

Su Santidad el Papa Benedicto XV aprobó la protesta de los señores obispos mexicanos, diciendo en su carta de 15 de junio de 1917: "Sabed que al protestar, aguijoneados por la conciencia de vuestro deber, contra la injuria inferida a la Iglesia y los detrimentos ocasionados a la causa católica, habéis hecho una cosa muy conforme al oficio pastoral y dignísima de nuestra alabanza".

Los señores obispos de los Estados Unidos, acostumbrados a vivir en el clima de libertad de su país, expidieron a mediados del año de 1917 una célebre carta en la que, después de examinar los artículos persecutorios, concluyeron:

"El propósito manifiesto de semejantes disposiciones es extirpar la antigua fe del pueblo mexicano. Sin el apoyo moral del gobierno de los Estados Unidos no existiría esta farsa tiránica de gobierno libre. El motivo fundamental sobre el cual están basadas nuestras instituciones es la libertad de tributar culto a Dios conforme a los dictados de la conciencia, con tal de que no haya colisión con los derechos de los demás. La católica es la religión de una abrumadora mayoría del pueblo mexicano y sólo porque esta mayoría ha sido pisoteada por una minoría armada y sin escrúpulo, ha sido posible promulgar en forma de ley una Constitución tan horriblemente opuesta a los más sagrados sentimientos de aquel pueblo y al más elemental sentido de justicia del mundo civilizado.

"Nosotros tenemos la misma fe en el mismo Dios. Los ciudadanos católicos de los Estados Unidos, por más que disientan bajo el punto de vista político, están unidos en su simpatía a todos aquellos que son perseguidos a causa de su conciencia, y es natural que sientan una especial simpatía por sus hermanos los católicos de México.

"La lealtad de los ciudadanos católicos a las leyes de nuestro país y su respeto a todos aquellos que llevan en sus hombros la responsabilidad del gobierno y del mantenimiento de la ley, son a toda prueba. Nosotros nos damos perfectamente cuenta de lo pesadas que son las responsabilidades que gravitan actualmente sobre nuestro gobierno y jamás las haríamos más pesadas, pero debido a las condiciones que prevalecen en la República vecina, tan contrarias al sentimiento común de la justicia, y a la creencia que debemos tener de que las dichas condiciones se deben en gran parte a la política seguida por nuestra administración nacional, nosotros nos sentimos obligados en conciencia a protestar. Al hacerlo así, no hacemos más que seguir las inclinaciones de un pueblo que ama profundamente la libertad..."

Tenían razón los prelados de Estados Unidos al pensar que lo que ocurría en México estaba determinado por la política que había seguido el gobierno de Washington. Sin el apoyo de éste nunca se hubiesen decretado leyes tan inicuas y bárbaras.

Carranza se negó a aplicar en su integridad la vejatoria ley. Pronto se arrepintió de su obra, y con el ánimo de llevar paz al pueblo mexicano, presentó ante el Congreso un proyecto de reformas a la Constitución, que fue publicado en el Diario Oficial de 21 de noviembre de 1918.

Carranza proponía la reforma de los artículos 3o. y 130, fundándose en que "el respeto a todos los credos religiosos, sin más limitación que las exigencias de la moral, es un derecho natural que el Poder Público no estaría capacitado para restringir, mayormente en el estado actual de la civilización".

Pero estaba escrito que no se diera un paso atrás... y que le pegaran un tiro al que intentara darlo.

A Carranza le dispararon, no un tiro, sino varios, a través de los carrizos de una choza, en Tlaxcalantongo, y le dieron muerte. Entre las ropas ensangrentadas del hombre de Cuatro Ciénegas hallaron una medalla de la Virgen con esta inscripción: "Madre mía, sálvame".

Muerto Carranza, quedó sin estorbos el camino de las ambiciones de Alvaro Obregón, que pronto se hizo el amo. Obregón tenía esa forma inferior de la inteligencia que es la astucia, que supo ejercitar para obtener el mando y conservarlo. Cierto de que el oficio de perseguidor era ingrato, se negó a desempeñarlo descaradamente y no urgió, por lo mismo, la observancia de la Constitución de 1917; pero al propio tiempo alentó bajo cuerda manifestaciones hostiles al catolicismo, del que era Obregón enemigo gratuito y acérrimo. Además, hallándose en garras de la "fuerza misteriosa", tenía que obrar de acuerdo con las consignas recibidas.

El astuto general sonorense autorizó durante su gobierno una serie de provocaciones a los católicos por medio de bandas de rojillos que vivían a expensas de la nación. Un día de febrero de 1921 manos criminales hicieron estallar una bomba en la puerta del Arzobispado de México. Una enorme muchedumbre se reunió en la calle el 8 para pedir a las autoridades la investigación del atentado y el castigo de sus autores. La demostración fue atacada por chusmas de rojillos, que intentaron disolverla. El gobierno se abstuvo de investigar los hechos denunciados, pero culpó al "clero" de intervenir en política. (Hace tiempo que a la mera defensa legítima de los propios intereses se le denomina "intervención en política").

El 14 de noviembre del mismo año de 1921 estalló una bomba en el altar de la Basílica de Guadalupe, a los pies de la venerada imagen, que milagrosamente quedó intacta. El atentado provocó manifestaciones de protesta en todo el país. El Procurador General de Justicia no sólo faltó a su deber de investigar el delito, sino que aplicó "un bofetón villano al rostro lloroso de México", diciendo

que "no era para tanto", que "ni había pasado nada" y que por lo mismo carecían de motivo las protestas.

Más tarde se supo que el autor del atentado sacrílego fue un empleado de la Secretaría particular de Obregón, que llegó a la Basílica escoltado por cincuenta soldados que vestían de civiles y que cumplieron la misión de rodearlo y protegerlo después de la colocación de la bomba. Obregón habló por teléfono unos minutos después de la explosión al presidente municipal de la Villa de Guadalupe, ordenándole que diera garantías "al reo que acababan de aprehender" y que lo entregara a la escolta que sería inmediatamente enviada.

El 1o. de mayo de 1922, con pretexto de la fiesta del trabajo, una turba de mil socialistas armados atacó la casa de la A. C. J. M., que defendieron veinticinco muchachos, esperando inútilmente el auxilio de la policía. Agotado el parque, huyeron los defensores, y la casa quedó en poder de los asaltantes, que la saquearon. El gobierno, que si tiene alguna razón de ser es la de proteger las vidas y los intereses de todos los ciudadanos, dejó impune el delito.

Monseñor Francis Kelley refiere en su dramático libro [9] el siguiente episodio:

"Un domingo de 1922, allá en Guadalajara, di la comunión a cientos de hombres en la Iglesia de San Francisco. Pocos días después yo estaba presente, en un día de semana, cuando miles de gentes me ofrecieron una comunión como dádiva espiritual. El siguiente domingo vi un desfile de obreros católicos tan largo, que parecía nunca acabar. Concurrí a una ceremonia en la Catedral, en que los congregantes eran tantos que rebasaron el enorme edificio hasta los escalones del trono del señor Arzobispo. Tres días después, en la ciudad de México, leí protestas en la prensa radical contra aquellos actos, y al otro domingo un grupo de obreros de los sindicatos radicales de Guadalajara, pequeño pero muy resuelto porque contaba con la protección oficial, invadió el taller de un periódico, rompió las prensas y arrojó el *tipo* a la calle. Luego se trasladaron a la plaza que está frente al templo de San Francisco,

[9] KELLEY, FRANCIS, *ob. cit.*

y esperaron a que salieran los fieles. Agredieron a los católicos y doce habían caído antes de que acabara de ponerse el sol. No sé cuántos murieron".

Este era el clima de guerra civil creado por el obregonismo. Para irritar al pueblo se recurría a provocaciones como la de izar lienzos roji-negros en las torres de las iglesias; se permitió a los protestantes desencadenar una ofensiva rabiosa contra el catolicismo, y agitadores extranjeros, como Proal y Belén de Zárraga, vociferaban majaderías y estupideces en todas las tribunas.

Lo curioso del caso es que los que perturbaban el orden público, los que atacaban la libertad de conciencia de los demás, o sea los que prendían la mecha de la revuelta, se llamaban luego ofendidos y acusaban de sediciosos y perturbadores a los ciudadanos que se limitaban a impedir que los pisotearan.

El jueves 11 de enero de 1923 se puso la primera piedra de un monumento a Cristo Rey en el Cerro del Cubilete. Entonces rugió el infierno. No iba a permitir que Cristo fuera proclamado Rey. El Delegado Apostólico, monseñor Ernesto Filippi, que presidió la ceremonia, fue expulsado del país. Las razones que dio Pani, secretario de Relaciones Exteriores, fueron que ese acto era violatorio de la Constitución porque se había celebrado al aire libre. Falsas razones. La Constitución no fue violada porque el artículo 24 protege la libertad de practicar las ceremonias o actos de culto en los templos o en el domicilio particular. Y el lugar donde se celebró la ceremonia fue un predio particular, perteneciente nada menos que a un constituyente, el licenciado José Natividad Macías. La Constitución no prohibe el culto al aire libre, puesto que lo permite en el domicilio particular de las personas, y el domicilio no forzosamente ha de estar bajo techo. Este fue el mismo criterio del Gobernador de Guanajuato, quien informó textualmente a la Secretaría de Gobernación que "no hubo ninguna infracción a las leyes del país durante los actos efectuados el jueves 11 de enero".

La combatida fe del pueblo mexicano permanecía inalterable, y enmedio de las huracanadas ráfagas de odio a Cristo, "el corazón del México leal" alzaba una hoguera de amor: fue el Congreso

Eucarístico, el que hizo bramar de furia a la hueste perseguidora. Todos los actos de este Congreso memorable se celebraron en recintos cerrados, de suerte que no hubo "manifestaciones de culto externo" ni, por lo mismo, infracción a la ley. La representación de un auto sacramental de Sor Juana Inés de la Cruz, *El Divino Narciso,* fue impedida por medio de la CROM, con grave injuria del público y particularmente del Cuerpo Diplomático que en masa había asistido.

Alvaro Obregón, que pasó a caballo por encima de todas las leyes, se mostró en este caso muy enojado por lo que él consideraba falta de respeto a la Constitución, y giró terminantes oficios al Procurador General de la República y al Secretario de Gobernación, ordenándole al primero que consignara a los responsables, ya que "el Ejecutivo de la Unión tiene el deber imprescindible de cumplir y hacer cumplir las leyes que nos rigen, consignando por los conductos que las mismas leyes determinan a todos aquellos que se muestren irrespetuosos de ellas".

El monstruoso delito cuya perpetración tan gravemente preocupaba al presidente lo constituían "las ostensibles manifestaciones de culto externo". ¡Horror! Y esas manifestaciones se reducían a los adornos y colgaduras que habían puesto los vecinos de la ciudad en las puertas de sus casas para festejar la celebración del Congreso, ya que actos de culto propiamente hablando no se practicaron fuera de los recintos de las iglesias.

Como el lector fácilmente puede colegirlo, no era la ley la que se violaba; era la libertad de los mexicanos, su derecho a creer y a manifestar sus creencias. ¡Y en nombre de una mala ley escrita e inexactamente aplicada, el tirano atropellaba todas las leyes de la razón y de la justicia!

El enojo del tirano resulta, por lo demás, explicable. En su delirio de caudillo vencedor había llegado a pensar que estaba dentro de sus posibilidades obliterar todo sentimiento religioso del alma de México; había usado ilícitamente los recursos del poder en su desatentada lucha contra el cristianismo; y cuando esperaba recoger el fruto de sus afanes se alzó más esplendorosa la fe perseguida. Había motivo para sentirse contrariado.

5

El Alcalde Luis Navarro

EN EL MEXICO revuelto y engarbullado que hemos descrito apuntó la edad viril de Luis Navarro Origel, y con ella surgió la conciencia del deber cívico.

La *stamina* de Luis Navarro, su vitalidad y su brío fueron aplicados a las más diversas y útiles tareas en el campo del trabajo social. Comenzó por echar cimientos de piedad a la obra, convencido de que la acción del trabajador católico no rinde frutos si no se basa en el conocimiento y amor de Cristo. Enlistó, pues, al mayor número de personas en la Tercera Orden de San Francisco y en la "viril y miliciana" Adoración Nocturna del Santísimo Sacramento. En estas asociaciones piadosas, que no "son cosas de beatas", como piensan los heterodoxos, sino ejercicio para hombres que quieren ser cada día más hombres, esto es, más dueños de sus pasiones y más racionales que animales, Luis Navarro se perfeccionó interiormente y quedó en aptitud de emprender con mayor seguridad de buenos resultados las tareas que luego cumpliría.

Durante la época del carrancismo comenzó a formarse en México, según el modelo de la Asociación Católica de la Juventud Francesa, la que pronto sería gloriosa Asociación Católica de la Juventud Mexicana (A.C.J.M.), que atrajo a los mejores muchachos de México.

Fue Luis Navarro Origel el que fundó en Pénjamo la A.C.J.M. y reclutó por todas partes socios activos que luego trabajarían por

llevar a la práctica el programa de la agrupación, sintetizado en el lema *Piedad, Estudio, Acción,* que parece hecho a la medida de la capacidad y las aficiones de un hombre como Luis Navarro.

En ciudades pequeñas como Pénjamo la existencia de la A.C.J.M. fue la salvación de los jóvenes que se agruparon bajo su bandera, porque los vino a rescatar del ocio estéril, los alejó de los lugares en que suelen corromperse y, sobre todo, les brindó la oportunidad de emplear sus energías en empresas útiles y honrosas. De la A.C.J.M. salieron los propagandistas de las ideas sociales católicas y los jefes que habrían de dirigir la contraofensiva a la ignominiosa tiranía. Desatada en toda su furia la persecución, los *acejotaemeros* constituirían la más admirable falange de héroes del México moderno.

Luis Navarro trabajó con su fibra característica por fortalecer los cuadros de la A.C.J.M. y no hubo medio legítimo al que no recurriera para hacer prosélitos. El deporte, que encauza los impulsos combativos fuera del campo de las riñas tabernarias tan frecuentes en nuestros pueblos, fue uno de esos medios. Luis organizó formidables oncenas de futbol y clubes cinegéticos, competencias y excursiones. Pero también formó bibliotecas y círculos de estudio que permitieron a los muchachos instruirse acerca de su propia religión y de los deberes que les impone.

Convencido de que era necesaria la agremiación de los trabajadores, Luis Navarro formó la Unión de Comerciantes en Pequeño, fundó su caja de ahorros, una mutualidad y una cooperativa. Estas empresas, que Luis sacó adelante venciendo mil dificultades, revelan que tenía una idea clara acerca de la oportunidad de levantar por medio de organismos de inspiración católica un dique al desbordamiento de la demagogia revolucionaria. Si otros muchos hubiesen pensado y obrado como él, un poderoso frente de gremios obreros habría impedido la dominación del campo del trabajo por Morones y su pandilla.

El terreno de la política era entonces un lodazal en que chapoteaban los vencedores de la última asonada. La "gente decente" se negaba a invadirlo, por asco. . . o por miedo, aunque tuviera que

sufrir las consecuencias de su inacción. Luis Navarro pensó que debía estar dondequiera que corriesen peligro los derechos de Dios, y que era obligatorio dar la pelea al enemigo *en todos los terrenos* y con las armas que hubiese a mano. Y entró al de la política.

Conviene describir en pocas palabras las circunstancias en que Luis Navarro entró a la lucha política. Guanajuato es el Estado menos oneroso a la nación porque es el que ha producido menos generales. La carrera de las armas no es una de las preferidas de la frugal población mestiza del Bajío. Signo de este hecho es que en la lista de gobernantes de Guanajuato, de la Revolución a la fecha, todos los nombres son de civiles, con excepción de uno.

La Revolución fue huracán que sopló del Norte, más concretamente, de los Estados Unidos. Era natural, por lo mismo, que sacara sus elementos de la frontera. Ahí estaban las armas que los Estados Unidos nos entregaban para que nos matáramos. Y ahí estaban los hombres que las empuñarían: Villa en Chihuahua, Carranza en Coahuila, Obregón y sus arrendajos en Sonora. Todos ellos constituyeron la nueva clase armada de la Revolución que habría de mandar en México durante varias décadas.

Guanajuato, civilista por tradición, tuvo que doblegarse al militarismo triunfador, como se doblega la caña al viento. Los campos del Bajío, otrora fértiles, se tiñeron de la sangre vertida a torrentes en las grandes batallas fratricidas. Los guanajuatenses fueron testigos o víctimas de esta guerra, pero no protagonistas. Cuando la sangre se hubo oreado y los muertos enterraron a sus muertos, el hombre del Bajío se ocupó en restaurar lo que el huracán había destruído: levantó de nuevo sus vallados, reconstruyó sus graneros, juntó sus dispersos ganados y condujo sus lentos bueyes a que ararán otra vez el campo para transformarlo, como en otro tiempo, en verde océano de milpas o en dorado horizonte de espigas de trigo.

Mientras tanto los puestos de mando fueron ocupados por los flamantes políticos revolucionarios, que eran hombres más inclinados a las letras que a las armas. Estaban representados por hombres de la clase de don Enrique Colunga, a quien Vasconcelos des-

cribió magistralmente en *El Desastre* diciendo: "Era Colunga el tipo del abogado provinciano que todavía está creyendo que fueron talentos de categoría universal don Melchor Ocampo y el Nigromante y que las Leyes de Reforma juaristas superan al Decálogo". Este Colunga fue constituyente, con su paisano don José Natividad Macías, que según dicen redactó el artículo 123 de la Constitución inspirado en la encíclica *Rerum Novarum* de León XIII.

En manos de esta gente vino a quedar el gobierno, del que también formaron parte los comecuras de aldea, los masoncitos pueblerinos y los declamadores de Vargas Vila, así como los disertadores de botica que adobaban sus opiniones con citas de Víctor Hugo.

Proliferaron los "partidos revolucionarios" en todos los municipios y llegó a formarse una alianza autónoma que aspiró a manejar los negocios del Estado con independencia del centro... y del militarismo sonorense. Estaban todavía lejanos los tiempos del Partido Oficial Unico absorbente y totalizador, y aunque desorganizadamente surgió un proyecto de gobierno democrático. El civilismo de estos grupos dio luego una histórica batalla al callismo, oponiéndose con maña y con fuerza a la voluntad del tirano que se empeñó en que fuera gobernador del Estado un energúmeno de la CROM, de signos rojinegros y anticlericalismo feroz, llamado el general Celestino Gasca. Contra el designio de Plutarco venció la fuerza de los civilistas guanajuatenses, y Gasca no fue gobernador, a pesar de las bayonetas. El partido triunfante se corrompió más tarde y caracterizóse también por su fobia persecutoria.

Fue en este ambiente donde Luis Navarro Origel comenzó a desplegar su actividad cívica. Tenía entonces unos veinticuatro años y la idoneidad del jefe. El desinterés, que todos le reconocían; la pureza de su vida; el celo que había mostrado por el bien común, así como sus facultades para dirigir y organizar movimientos sociales, fueron cualidades que pronto le llevaron a imponer un dominio casi completo sobre el electorado del distrito de Pénjamo. Con el magnetismo que ejercen sobre otros los hombres de conciencia recta que se traduce en obras buenas, agrupó en torno de su figura a

los campesinos, a los comerciantes, a los artesanos y a todos los hombres de bien de su pueblo.

No sabemos cuál era la denominación de su partido, pero seguramente que no era ninguno de los que llevaban el agregado de "revolucionarios" porque en aquella época revolución tanto quería decir como anti-religión. El caso fue que se hizo dueño del campo y que el enemigo llegó a respetarlo. Juan Abascal, célebre político penjamense que fue diputado y senador y del que todavía se habla en Guanajuato como uno de los hombres de ingenio más agudo entre los que figuraron en la vida pública, apreciaba las cualidades de Navarro y sentía por él sincero afecto, que demostró cuando Luis se vio metido en un lío judicial por el accidente que sufrió el camión que tripulaba, en el que perecieron varias personas.

Dijo Woodrow Wilson, el trágicamente metiche Presidente de los Estados Unidos, que él "iba a enseñar a los mexicanos a elegir hombres buenos", y promovió con ese motivo la carnicería carrancista. Esta ciencia la tenemos aprendida los mexicanos hace mucho tiempo. "El mexicano —dice Pereyra— sabe hacer cosas mucho más difíciles que nombrar un hombre honrado en unas elecciones". Esto lo supo hacer siempre; pero sobre su voluntad libre se ha impuesto la violencia y el topillo.

Luis Navarro Origel no permitió en su distrito el reino de los chapuceros ni de los matones. Sin desceñirse el cordón de terciario franciscano, sin disimular en ningún caso su ferviente catolicismo, entró de lleno en la actividad electoral. Organizó *clubes,* reunió en asambleas a sus conciudadanos, les habló de los deberes que los ligaban a su comunidad, y como fruto de su varia y tesonera actividad logró un partido fuerte por su número y por la calidad de sus hombres, de suerte que casi llegó a ser el árbitro de la política en su pueblo. Así llevó a la legislatura del Estado al licenciado Alejandri, y el mismo Luis, si hubiese querido, habría ocupado una curul en el congreso, que reiteradamente le ofrecieron.

Pero otros eran los planes de Luis Navarro. Sabía que nada o muy poco de provecho podía hacer enmedio de una taifa de renegados o de farsantes resueltos a emplear el poder como medio de

opresión de la mayoría del pueblo mexicano, y que sólo claudicando, traicionando los intereses de sus electores y faltando al cumplimiento de sus deberes con Dios, tenía la posibilidad de figurar en la política mexicana, mejor dicho, de llegar a los altos puestos del gobierno.

Sin embargo, aceptó el cargo de Alcalde de Pénjamo, no por ofrecimiento del gobernador o del presidente, que son los que ahora nombran los alcaldes, sino porque la comunidad de familias que formaban el municipio se lo propuso.

Alegremente participó en la contienda cívica del año de 1923, y ganó las elecciones por abrumadora mayoría de votos, de suerte que entró a la Casa Municipal por la puerta grande del sufragio libre. Fue un alcalde legítimo, nombrado por su pueblo.

En pleno obregonismo, o sea bajo un régimen ateo y perseguidor del creyente, un alcalde de un pueblo mexicano —Luis Navarro Origel, de Pénjamo— proclamaba al tomar posesión de su cargo el principio eterno de que toda autoridad viene de Dios.

He aquí el texto de su discurso inaugural:

"Destinado por la voluntad Divina, manifiesta por el voto de la mayoría de mis conciudadanos, a ocupar este puesto de honor enmedio de vosotros, quiero, con la sinceridad de otras ocasiones, mostraros el interior de mi corazón, que no encierra el sentimiento de necia fatuidad, de orgullo satisfecho, sino que guarda profunda gratitud para mis conciudadanos por el inmerecido honor y prueba de confianza de que he sido objeto.

"Si queréis acompañarme a otro rincón de mi corazón, sabed que ahí otro de mis sentimientos predominantes es de dolorosa opresión por la tremenda responsabilidad que han echado sobre mis hombros; y este sentimiento de opresión es tanto más doloroso, y el de gratitud tanto más profundo, cuanto mejor comprendo mi ineptitud, mi insuficiencia y mis pocos tamaños para cumplir los altos deberes aparejados a tan honroso cargo.

"Mis grandes deficiencias, que sin falsa modestia reconozco, son tan evidentes que de nada estoy tan convencido como de ellas. Si la prudencia adquirida por el anciano es inferior a la requerida

por este puesto, me encuentro yo carente de todo, aun de la edad; pero la convicción de que no estoy solo atenúa mis temores, pues si por la voluntad de la mayoría de mis conciudadanos estoy aquí, fundadamente espero contar con la colaboración de todos, sin excepción.

"Es ya tiempo de que desaparezca el prejuicio de que ha de hacerlo todo el Presidente Municipal... Yo deseo contar con la colaboración constante, no sólo del actual Ayuntamiento, sino con la del que hoy termina sus funciones, y de todos y cada uno de los vecinos de buena voluntad. Que cada uno sacuda el ruin egoísmo, que ha sido un vicio nacional cuyos tristísimos efectos hemos palpado y sufrido, impotentes y humillados.

"No hay unión, no hay espíritu de abnegación y de sacrificio, no hay virilidad; faltan por completo las aspiraciones a un noble ideal; faltan el interés y el entusiasmo por las grandes causas, cuales son las de Dios y la Patria.

"Hay que tener presente, si algo queremos hacer en favor de esta nuestra ciudad querida, que es necesario que cada uno se provea de una dosis de sacrificio, de abnegación tanto mayor, cuanto mayor sea el número y la cuantía de los bienes que queremos hacerle. Que no se reduzca todo a platónicos deseos, muy vivos y excelentes, pero muy estériles, muy vanos, inútiles.

"Que cada uno sienta el anhelo de hacer algo en pro de su pueblo, de colaborar por su bien. Yo quiero comprobaros que aunque perfectamente vacío de cualidades y aptitudes, estoy saturado de desbordante buena voluntad que toda entera y sin reserva alguna pongo a vuestra disposición.

"Yo quiero para vosotros, miembros de este Ayuntamiento, la poca o mucha gloria de los bienes que hagamos; dejadme a mí la parte amarga de vuestras empresas.

"Aseguro en nombre del Ayuntamiento y en el mío propio que nadie deberá temer por asuntos políticos; que teman los criminales, los ladrones, los transgresores de la ley, sean cuales fueren sus matices políticos.

"Al otorgarnos nuestros conciudadanos su confianza poniéndo-

donos aquí, nos han convertido en los primeros y más obligados servidores del pueblo.

"Por lo que a mí toca, no rehuyo este título; quiera Dios darme las luces y las fuerzas necesarias para ser verdaderamente lo que debo ser: el primer servidor de mi amado terruño, que me permita decir al término de mi gestión administrativa: he hecho lo que he podido por el bien de mi pueblo".

Hermoso documento. No halla el lector una sola palabra hueca, ninguna de esas frases grandilocuentes tan comunes en los discursos "revolucionarios". Es la palabra sencilla de un hombre que muestra su corazón a los vecinos del pueblo que lo han elegido alcalde. Acusa en primer término un sincero sentimiento de humildad: se sabe incapaz de desempeñar el cargo como quisiera, y lo dice. Luego expone la idea de que el bien común es tarea común, empresa de todos, y los llama a que le ayuden. En seguida se duele del egoísmo, "vicio nacional", y habla con amargura de los "tristísimos efectos, que hemos sufrido impotentes y humillados". Asoma aquí la protesta contra la apatía, la falta de virilidad y el interés por las grandes causas —las de Dios y México—, causas por las que él entregaría poco después todo lo que tenía, inclusive su sangre, con una generosidad maravillosa.

Entre el alcalde que llega con la idea ya formada de aprovechar el puesto para llevarse todo lo que pueda, hasta los focos de la calle y las bancas del parque, y el alcalde que como Luis Navarro piensa que sólo es un servidor de los demás, hay la misma diferencia que entre un hombre de conciencia cristiana y uno que no tiene conciencia. Por desgracia hoy falta el primero y abunda el segundo.

Tres veces invocó a Dios Luis Navarro en su alocución. Como Dios estaba y está desterrado de la política mexicana, pudo haber hecho lo que hacen tantos católicos vergonzantes de nuestros días, que ocultan al cristiano cuando aparece el funcionario. Luis Navarro, hombre de una pieza, no podía incurrir en esta infame dualidad, en este disimulo cobarde de sus convicciones. Y enmedio de la grita atea, de las blasfemias de Belén de Zárraga, de las chiri-

gotas obscenas de Obregón, Luis Navarro Origel, Alcalde de Pénjamo electo por el pueblo, proclama su fe y desde el Salón de Cabildos de la Casa Municipal invoca la ayuda divina. ¡Qué ejemplar funcionario!

Quien como simple particular había emprendido obras de común utilidad y participado en toda empresa dirigida al bien público, como Alcalde se afanó en procurar el fin de su gestión, que no era otro que ese mismo bien público.

Pénjamo era una comunidad casi aislada, por falta de caminos. Luis Navarro sabía muy bien, porque había sido *fletero* o porteador en su camión, qué trabajos había que sufrir en los viajes. Durante el tiempo de aguas los caminos se enfangaban y los transportes quedaban atascados, o tenían que suspender sus *corridas* cuando no era posible vadear los ríos. Luis Navarro empleó parte de los escasos recursos del municipio en abrir y mejorar caminos, y él mismo contribuía con *faenas* a tapar hoyos, ensanchar trochas, reparar puentes.

Como todas las pequeñas ciudades de México, Pénjamo sufría escasez de agua potable. La presa de que la tomaban estaba azolvada y era insuficiente. El alcalde Navarro puso a trabajar a todo mundo en el desazolve y ensanchamiento de la presa, y él en persona desempeñó aficio de capataz o de peón, poniendo ejemplo a los demás, de suerte que hasta los renuentes tuvieron que secundarlo.

Luis Navarro observaba fielmente el séptimo mandamiento de la Ley de Dios, o sea el *No hurtarás;* tenía la peregrina idea, hoy en desuso, de que los fondos del municipio no le pertenecían, sino que eran de la comunidad, y que el presidente del cabildo no venía a ser sino un simple administrador de esos fondos, obligado a dar estrechas cuentas de su manejo tanto a Dios como al pueblo que lo había elegido. Así pues, un centavo que caía en las arcas municipales era un centavo que se destinaba a su fin, a cubrir gastos públicos. En otras palabras, el exiguo tesoro del municipio era manejado con manos inmaculadas, lo que permitió superar los deficientes que habían dejado administraciones anteriores y atender a las necesidades municipales. En esta época en que los puestos pú-

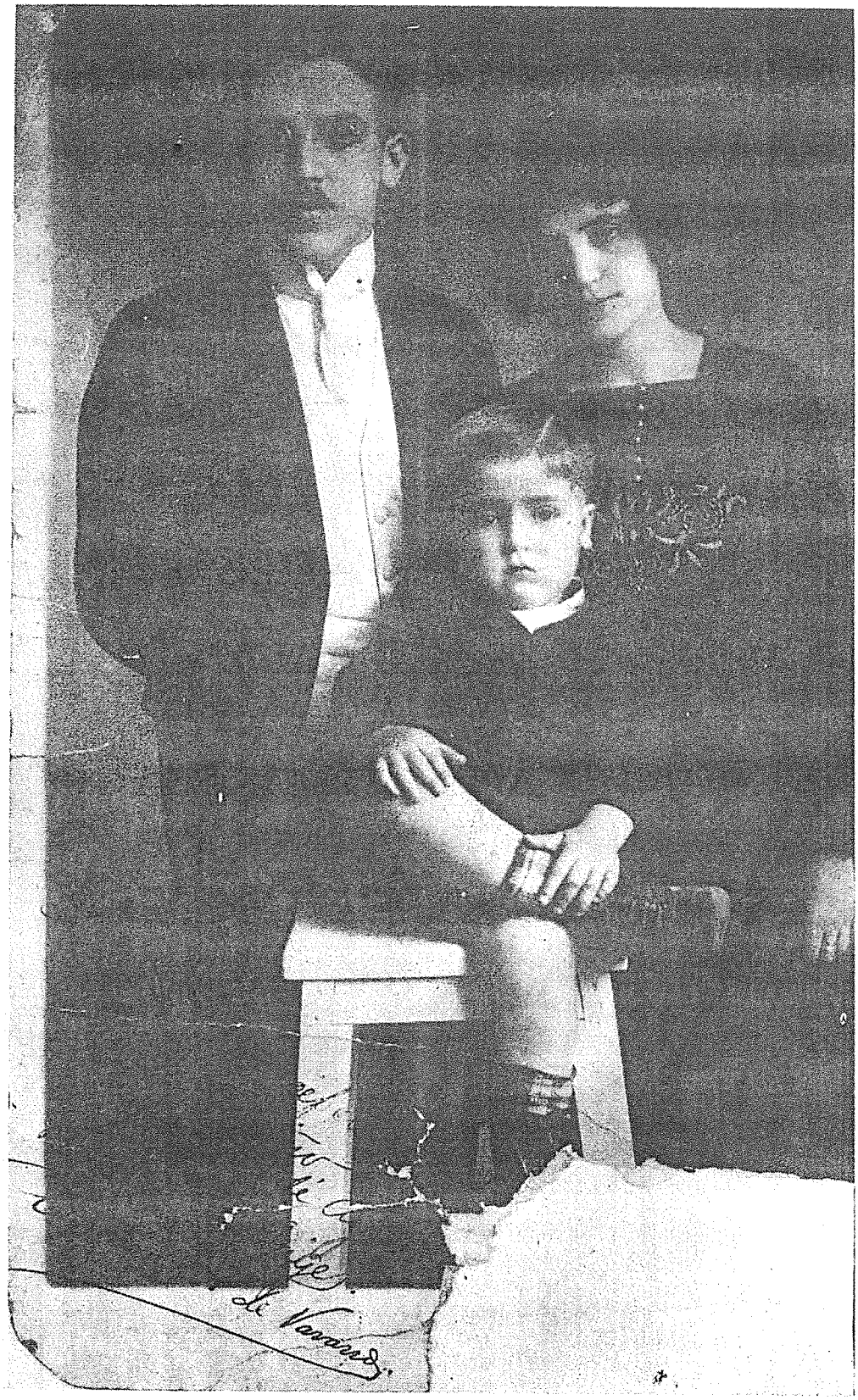
blicos se consideran patrimonio del que los ocupa y en que todos salen ricos del desempeño de sus funciones, el caso de un Alcalde desinteresado se consideraría como verdaderamente patológico.

Estremecía al país la demagogia que había cogido por tema los derechos de las clases obreras. Un hombre crapuloso, un fantoche que mostraba las manos resplandecientes de oro y piedras preciosas, Luis N. Morones, encabezaba el movimiento sindical y utilizaba a los trabajadores como instrumento de sus ambiciones políticas. Realmente los derechos del pobre, del que trabaja con sus manos, le importaban sólo en la medida de su adefagia de poder y dinero.

Luis Navarro Origel sabía, como cristiano, que el alivio de las necesidades de los pobres, o como se dice ahora, "de los económicamente débiles", era una de sus obligaciones de alcalde, ya que el bien común exige que se provea a los menesterosos. Conforme a esta idea atendió preferentemente a las personas sin recursos, que hallaron siempre abiertas las puertas de la oficina del presidente. Todos los días visitaba a los reclusos de la cárcel municipal —por lo regular hombres que delinquían impulsados por la pobreza— y repartía entre ellos la miel de sus panales. He aquí la imagen más fiel de un alcalde cristiano.

Intervenía en la composición de pequeños litigios, evitando a las partes el pago de honorarios de abogado; higienizó moralmente a su pueblo en una campaña contra la prostitución, sin emplear la fuerza, que en estos casos resulta contraproducente, sino procurando regenerar a las pobres mujeres explotadas por los rufianes, y a las que se brindaba asilo y protección en las "casas de arrepentidas", a cargo de admirables religiosas.

No le faltaron enemigos al impecable alcalde. La logia, el politicastro, el mílite atrabiliario, el explotador de vicios y otros tipos *ejusdem furfuris* miraban con recelo y animadversión al presidente municipal que era también Tercero de San Francisco; que empezaba su día comulgando; que marchaba de la *calificación* de detenidos a la *procesión del cordón;* que no robaba el dinero público; que respetaba la libertad de los demás; que hacía *faenas* en la



LUIS NAVARRO, ESPOSA E HIJO

. . . hemos sido encontrados dignos de padecer por El. . .



LA ESPOSA Y LOS HIJOS DEL HEROE

. . . aquí ya no los veré más; nos veremos en el Cielo. . .

presa y en los caminos; que participaba en los encuentros de futbol de los equipos acejotaemeros; y que era, en fin, un funcionario desinteresado, limpio y acometedor.

Esos mismos enemigos exhumaron una vieja acusación pendiente sobre Luis Navarro Origel con motivo de la participación que tomó en la protesta de los penjamenses por el atentado a la imagen de la Virgen de Guadalupe. El propósito de esta renovada acusación era anular políticamente al alcalde. Formaron un voluminoso legajo que fue consignado al juez; pero la víspera de que se dictara orden de aprehensión en su contra, el calumnioso legajo desapareció de las oficinas del juzgado.

El término de la gestión de Luis Navarro correspondió al período de elecciones presidenciales. Se trataba de escoger al sucesor de Alvaro Obregón. Este caudillo pudo favorecer, entre sus secretarios de Estado, al más famoso de ellos, a José Vasconcelos, que había desarrollado un programa grandioso desde la Secretaría de Educación Pública; o bien a don Adolfo de la Huerta, hombre probo y bonachón. Pero el vencedor de Celaya prefirió al más impopular de sus ministros: a Plutarco Elías Calles.

De la Huerta fue empujado a la rebelión. Las simpatías de Luis Navarro estaban naturalmente en favor de De la Huerta y en contra de Calles, que era un monstruo. Es posible que haya revelado de alguna manera sus simpatías; el caso fue que se le acusó de participación en el levantamiento del general Enrique Estrada. Mandó el general Obregón, en vista de esos datos, que el Ayuntamiento de Pénjamo fuera disuelto, y dio las instrucciones del caso al general Escobar. Este se presentó en Pénjamo e intimó la orden a los munícipes, que la acataron sin chistar. Pero Luis Navarro respondió: "El pueblo me nombró alcalde y sólo el pueblo me puede quitar. Yo no obedezco órdenes ilegales, aunque vengan del Presidente de la República".

Escobar ordenó que Luis Navarro fuera conducido por medio de tropas federales al tren militar en que tenía su cuartel ambulante. Entre el divisionario y el alcalde hubo el siguiente diálogo:

—Tengo órdenes del señor Presidente de la República de disolver el Ayuntamiento.

—El Presidente de la República no tiene ninguna facultad para expedir esta clase de órdenes.

—El Presidente de la República es la suprema autoridad.

—La suprema autoridad es la ley, y el artículo 115 de la Constitución manda que el municipio sea libre y que esté gobernado por un ayuntamiento de elección popular directa. Pénjamo es municipio libre, y yo un alcalde electo por el pueblo.

—Se le acusa a usted de estradista.

—No se puede acusar sin pruebas. ¿Las tiene usted?

—Yo cumplo órdenes.

—Pues yo no puedo faltar a mis deberes.

Este diálogo se parece a los de las escenas del *Alcalde de Zalamea* en que intervienen don Lope y Pedro Crespo, y bien pudo terminar como aquel que dice:

DON LOPE:

¡Vive Cristo, que parece
que vais teniendo razón!

CRESPO:

Sí, vive Cristo, porque
siempre la he tenido yo.

En fin, que Luis Navarro demostró al general Escobar que si éste "era capitán vivo", "el no era alcalde muerto", y el resultado fue que el Presidente Municipal que alegó su derecho de jurisdicción se mantuvo en su puesto, y no sólo esto, sino que terminó ganándose la simpatía del divisionario. Cuentan que Alvaro Obregón al saber de la actitud del Alcalde de Pénjamo, comentó: "Con una docena de alcaldes como éste, nos aviábamos".

Luis Navarro Origel terminó su gestión en diciembre de 1924, justamente cuando se iniciaba el *Proconsulado,* o sea el régimen cuya cabeza visible fue Plutarco Elías Calles. Pudo Luis Navarro continuar la carrera política que tan venturosamente había inicia-

do, pero en otras circunstancias, es decir, bajo una democracia legítima, en un ambiente de respeto al sufragio libre y a la dignidad de la persona cívica. Pero lo que vino después no fue una democracia ni cosa que se le pareciera: fue el oprobio de la vida política. En una palabra: fue el callismo, el período más negro de nuestra historia negra. Y ante esta ignominia, Luis Navarro tomó el único sitio que podía tomar: una barricada para pelear contra el tirano.

6

Calles y la Ley

DON CARLOS PEREYRA, el más grande de los historiadores mexicanos contemporáneos, dice de Plutarco Elías Calles:

"Turco, sirio, libanés, judío, yuma o apache, lobo o raposa, su presencia en el centro de México es la conquista realizada por un extraño, que nada tiene de común con sus víctimas, pues aun la parte de indio que puede haber en él es la del merodeador sanguinario y rapaz, no del labrador sedentario" [10].

Verdaderamente, poco hay en Calles de mexicano. La gente le llamó *El Turco* para indicar su exotismo. Dada la furia con que la persiguió, parece completamente extraño a la religión de su pueblo, así como a sus costumbres. Entra en la historia como personaje del *Far West* angloamericano, más que como mexicano fronterizo del norte, según observa el mismo Pereyra. Está más cerca de los pápagos de Arizona que de los grandes núcleos indígenas de México, aunque trae el sabor de sangre en los belfos, como un greñudo sacerdote del Gran Teocali.

Sus biógrafos han tratado de aclarar su origen, que sigue siendo turbio. Don Adolfo de la Huerta refiere en sus memorias que conoció a Calles cuando éste desempeñaba el oficio de ayudante de profesor de párvulos en una escuela de Hermosillo, y que al saber que era de Guaymas se le acercó afable y le preguntó de qué

[10] PEREYRA, CARLOS, *México Falsificado*, T. II, Cap. X.

familia, respondiendo *El Turco* con su característica hurañez: "De la mía", seca frase que bien demuestra su poco gusto en que fuera investigado el origen.

A Calles le es aplicable la frase que han usado otros personajes de la Revolución para explicar sus antecedentes: "Eramos basura; vino el remolino y nos *alevantó*", pues Calles andaba por los suelos hasta que la Revolución —el remolino— lo alzó a la cumbre.

Don Adolfo de la Huerta, que le conoció íntimamente, dice acerca de la etapa de fracasos en la vida de Calles lo siguiente:

"Aquellos años de la vida de Plutarco Elías Calles fueron muy poco afortunados; no parecía sino que un destino adverso le perseguía constantemente.

"En Guaymas circuló una versión malévola que le acusaba de haber dispuesto de dineros que, como cajero de una agrupación de profesores, le habían sido confiados. . . Pero a más de que aquella versión, falsa y todo, se extendió, Calles, dejando el magisterio, emprendió un comercio asociado con alguien que no gozaba de muy buena fama. Más tarde salió para el norte, haciendo correr la versión de que iba a reclamar la herencia de un tío, pero parece que, en realidad, fue a tratar de conseguir la gerencia de un molino harinero por el rumbo de Fronteras.

"La amistad y protección del entonces secretario de gobierno de Sonora, Alberto Cubillas, vinieron a favorecerle y fue nombrado presidente municipal de Fronteras, pero no estuvo muy acertado en su actuación, o nuevamente le persiguió la mala suerte. Lo cierto es que surgieron malas voluntades en los vecinos, y Calles tuvo que volver a Guaymas.

"En esos días su hermano Arturo Elías era propietario de un hotel. Plutarco fue puesto como encargado de la cantina. El hotel se incendió poco después y como estaba bien asegurado, no faltaron malas lenguas que propalaron la versión de un incendio provocado intencionalmente y aun señalaron a Plutarco como el autor. Pero, en honor de la verdad, hay que decir que el cargo resultaba infundado. . .

"Después Calles se asoció con un señor Santiago Smithers, des-

cendiente de norteamericanos, hombre honesto, trabajador y que gozaba de prestigio y general estimación en el Estado. La nueva sociedad prosperó al principio, pero el incendio de un almacén y los primeros brotes de la revolución descompusieron la situación y fue entonces cuando Calles se inclinó en favor de la tendencia revolucionaria. . .

"Su amistad con Cubillas volvió a favorecerle, y fue nombrado tesorero municipal de Guaymas, pero nuevamente la mala suerte se ensañó con él: al recibir la Tesorería de manos de su antecesor, éste le entregó, entre otros documentos, un vale personal por la cantidad de seis mil pesos. Calles, por error, por exceso de confianza o por simple descuido, aceptó el vale, y cuando poco después un visitador de apellido Rodríguez le practicó una visita y encontró aquel vale, naturalmente no quiso aceptarlo, y levantando la correspondiente acta se dispuso a consignar a Plutarco como responsable del delito de peculado.

"Calles se movió rápidamente y consiguió entre sus amigos la cantidad requerida que suplió a la Caja de la Tesorería; pero el visitador, que parecía tener particular empeño en causarle daño, hizo de todos modos la consignación.

"Plutarco, entonces, fue a hablar con Cubillas exponiéndole los hechos y éste le tranquilizó y le prometió que el asunto no pasaría de allí; que se dejaría dormir el expediente, y Calles hubo de conformarse con aquello que le dejaba una espada de Damocles sobre la cabeza" [11].

Se transluce del anterior relato la bonhomía de don Adolfo de la Huerta, que atribuye a "mala suerte" los fracasos de Plutarco; pero uno está autorizado a pensar que en la conducta de una persona que dos veces queda al descubierto en el manejo de dinero, debe intervenir algo más que la mala suerte. . .

Después de los peculados dichos, Plutarco obtuvo el empleo de comisario en Agua Prieta, por intercesión del señor De la Huer-

---

[11] Guzmán Esparza, Roberto, *Memorias de don Adolfo de la Huerta, Primera Parte.*

ta, al que explicó las razones que tenía para solicitar tan mezquino empleo con las siguientes palabras:

"Estoy seguro de que siendo yo el comisario, Mr. Williams (gerente de la Nacozari Copper Company) ha de concederme que incluya en los pedidos de la negociación que él maneja, los pedidos de mi comercio en Agua Prieta. Obtendríamos así fletes de carro por entero; y como los carros tienen que abrirse en la aduana de Agua Prieta al pasarles revista, ahí nos dejan nuestra carga y se llevan la de la compañía".

El dato anterior revela su afición a los negocios turbios o, por lo menos, su franca tendencia a valerse de la autoridad y del poder para sacar beneficios personales, que es una nota constante en su vida pública.

Acerca de los méritos hechos por Calles en los campos de batalla que lo llevaron hasta el grado de general de división, nos parece muy elocuente la página que reproducimos en seguida y que pertenece a las citadas *Memorias* de don Adolfo de la Huerta:

"Durante la decena trágica había habido en Agua Prieta algunas manifestaciones y algunos discursos bravos de un tal Cesáreo G. Soriano, que las autoridades militares atribuían al comisario Calles, o por lo menos le acusaban de tolerarlas. El general Ojeda ordenó que callaran aquellas protestas y como Plutarco le contestara con algún retobo, lo mandó llamar y lo puso de oro y azul.

"Plutarco había quedado muy resentido por aquello, y cuando Ojeda evacuó la plaza para dirigirse a Naco, quería organizar cuanto antes su expedición dizque para ir a atacar a Ojeda con los escasos cuatrocientos hombres mal armados y peor pertrechados de que disponía. Yo le dije: 'Mira: dejémonos de bravatas y vamos poniéndonos en la realidad. Vamos a hacer que venga inmediatamente Bracamontes'. Pedro Bracamontes, que había estado como prefecto de Moctezuma y que había reunido como tres o cuatrocientos hombres, fue llamado y al día siguiente lo teníamos en Agua Prieta.

"Ya con esos contingentes salimos a enfrentarnos a Ojeda que estaba parapetado con ocho o novecientos hombres en Naco. Creía-

mos que no se iba a atrever a salir, pues la táctica de los federales era luchar a la defensiva, y así nos estacionamos frente a Naco... (pero) sale Ojeda de los límites de la ciudad de Náco y nos ataca furiosamente. Aquello fue un 'desgarriate' general. Sale Calles en un caballo en pelo; lo conocí por su joroba; pasa delante de mí; le sigue Pedro Bracamontes... y es la gran desbandada... Por el camino iba la caravana de los desorganizados y azorados atacantes. Todavía en la Morita Vieja era tal el espanto de los derrotados, que querían dejar sus caballos y subirse al automóvil en el que llevaba yo algunos heridos que había recogido.

"En esas condiciones llegué a Agua Prieta. Allí habían llamado a un doctor Randall, americano que, con su automóvil, estaba listo para atender a los heridos. Había dejado su auto cerca de la comisaría, y cuando llegué, encontré tendidos debajo de él a Pedro Bracamontes y a Plutarco Elías Calles ¡los jefes de la expedición!

"Los levanté con gran trabajo y fui a albergarlos a un cuarto de la Comisaría de Agua Prieta, pues me había dado de que el ambiente en su contra era tremendo. Se decía que qué clase de jefes eran, que los habían metido en la bola. Que eran unos cobardes; que eran los primeros en haber corrido y que los querían fusilar. Por eso los encerré allí en el cuarto de los 'tiliches'" [12].

Juzgue el lector por este episodio, narrado por un testigo ocular, del valor de Calles y de sus méritos para obtener el grado más alto del ejército. El hombre que pegó tan desenfrenada carrera, joroba al viento, que se metió bajo un automóvil y que tuvo que ser escondido en el cuarto de los tiliches para librarlo de la indignación de sus compañeros, se mostraría lleno de arrojo militar en el momento de ordenar la ejecución de sacerdotes y de otros humildes cristianos inermes.

"Posiblemente aquel fracaso militar de Calles —opina De la Huerta— inspiró a Obregón el chascarrillo que frecuentemente refería diciendo que en cierta ocasión, teniendo Calles 45 hombres a su mando, fue sitiado por el jefe orozquista doctor Huerta, un cubano nacionalizado mexicano y que al frente sólo de 35 hombres

[12] *Id.*

tenía sitiados a Plutarco y sus 45 hombres que se morían de sed. Que Calles, no pudiendo resistir más aquel tormento, decidió romper el sitio y montando ligero corcel logró salir entre el cerco de los sitiadores, pero era tal el pánico que sentía, que a pesar de que recorrió cerca de ocho leguas por las márgenes de un río, no se le ocurrió apaciguar su sed en las limpias aguas que vadeaba".

Este hombre inició su gloriosa carrera militar en 1913, con el grado de teniente coronel.

Calles le sacó todo el jugo a su puesto de comisario o jefe de policía en Agua Prieta. Pagó los servicios prestados por su amigo Smithers, que era el comerciante más acaudalado del pueblo, eliminando a sus competidores don Manuel Fuentes, que murió de un modo misterioso, y don Marcos Trueba, cuyos almacenes fueron saqueados.

Como gobernador de Sonora, puesto al que llegó por gracia de Obregón, Calles se distinguió por su manía persecutoria. Cerró templos y escuelas católicas y expulsó sacerdotes, lo que fue premiado con la mención de su nombre en el congreso de Querétaro. Pero también perseguía a los socialistas, y de Plutarco partió la orden de asesinato de Lázaro Gutiérrez de Lara, que inspiró el *Barbarous Mexico* de Turner.

Desde aquella época de régulo de su estado mostró sus aptitudes para matar. Un periodista apodado *El Chorizo,* editor responsable de *Nueva Era,* fue arrastrado y ahorcado con un ejemplar de su periódico en los pies. El ejecutor de esta muerte fué Arnulfo R. Gómez, que luego sería asesinado por Calles. Otro periodista de Hermosillo, Manuel Hughes, editor de *La Voz de Sonora,* fue reducido al silencio arrimándole a la pared del cementerio de Nogales e insertándole cuatro balas en el cuerpo.

Por estos medios y otros tan legítimos fue ascendiendo Calles en la escala de la política nacional, siempre adjunto a Obregón, que al fin lo escogió para que lo sucediera en el mando.

¿Por qué Obregón eligió a Calles?

He aquí la explicación de Vasconcelos:

"Obregón había esperado todo el período de Carranza para

ser presidente, y los cuatro años de su gestión le parecieron cortos. La no reelección era precepto riguroso, que acababa de costar mucha sangre. No le quedaba otro recurso que gobernar por interpósita persona. Para lograrlo, se decidió a contrariar la voluntad nacional que ambicionaba elecciones libres. Y pará asegurar la popularidad necesaria a un retorno, después del interregno simulado, resolvió hacer catastrófico dicho interregno. Al efecto, eligió entre sus subordinados al más desprestigiado, al más impopular, al de peores antecedentes, a Plutarco Elías Calles.

"Ni siquiera por su nacionalidad, de origen desconocido, estaba capacitado Calles para la presidencia. Sus partidarios del mundo oficial empezaron a inventar que era maestro de escuela, pero nunca se ha sabido en qué escuela normal obtuvo grados. Lo que consta a todos es que fue jefe de policía de la aldea de Agua Prieta, donde abusando de la anarquía revolucionaria, acostumbraba mandar colgar a los reos del orden común y a sus enemigos personales sin forma alguna de juicio.

"En la revolución había figurado Calles siempre en posición subordinada y Carranza lo había levantado a la categoría de ministro, tan sólo porque se le mostró incondicional en el conflicto con Villa. Sin embargo, de ministro de Carranza pasó a ser uno de los jefes de la rebelión contra Carranza. Se le conocía como defensor apasionado de la Constitución carrancista del diecisiete, especialmente en sus cláusulas poinsettistas de odio a la religión del país. ¿Existía en su sangre algún sedimento de rencor musulmán contra Cristo, según lo sospechaba el pueblo, que siempre le llamó el Turco?

"Lo cierto es que no concurrían en Calles ni siquiera los requisitos del militar afortunado que gana batallas, y así se abre paso a la presidencia. Pero azuzado por Obregón y abusando del poder que le daba su cargo de ministro de gobernación, Calles empezó a formar partido. Un partido de funcionarios públicos y obreros de las fábricas del gobierno que fueron forzados dentro de una organización llamada Confederación Regional Obrera. Con estos apoyos ficticios y una propaganda demagógica descarnada, incitando al indio contra el blanco, al pobre contra el rico, al obrero contra

el patrón, Calles, ya enriquecido durante su gestión de gobernador de Sonora y futuro millonario, se convirtió en el supuesto abanderado del obrerismo, esperanza de los indios, caudillo de los protestantes y poinsettistas y ahijado favorito de la American Federation of Labor de Estados Unidos" [13].

La opinión nacional se inclinó en favor de don Adolfo de la Huerta, que fue empujado a la rebelión antes de las elecciones. De la Huerta arrastró consigo buena parte del ejército. Obregón venció a los rebeldes porque dispuso de mucho dinero para disparar cañonazos de cincuenta mil pesos contra los generales. También fue necesario derramar sangre mexicana en abundancia. (Batallas de La Esperanza y de Ocotlán).

Las elecciones fueron un sainete macabro. El periodista norteamericano John L. Deister refirió sus pormenores. Los camiones con tropas iban de una casilla a otra. Y todo el mundo repetía: "Los Estados Unidos quieren que Calles sea presidente, y aquí no puede ser presidente sino el que quieran los Estados Unidos". (*New York Herald Tribune,* noviembre de 1924).

El 1o. de diciembre de 1924 comenzó *El Proconsulado,* o sea la era sangrienta dominada por el embajador norteamericano Morrow. El programa de Calles fue "aplicar al pie de la letra las prescripciones de la Constitución del 17, es decir, el programa íntegro del poinsettismo, a saber: la eliminación de los propietarios rurales españoles y mexicanos, la agitación obrera en contra de las industrias poseídas por europeos y mexicanos, y la persecución de la Iglesia Católica, persecución que aviva la discordia, imposibilita la unión de la familia mexicana" [14].

La parte más importante del programa era la persecución a los católicos, que Carranza y Obregón habían dejado pendiente. Calles, fiel a los compromisos firmados en las logias y con todo su rencor de turco anticristiano, se propuso ejecutar esa parte del programa hasta sus últimas consecuencias.

Trazado el plan de ataque, se lanzó la primera ofensiva, des-

---

[13] Vasconcelos, José, *Breve Historia de México.*

[14] *Id.*

tinada a provocar un cisma. El 21 de febrero de 1925 un grupo armado de pistolas y garrotes tomó violenta posesión del templo de la Soledad y lo puso en poder de un clérigo que acto continuo se declaró *Patriarca de la Iglesia Católica Mexicana.* El pobre patriarca se llamaba Joaquín Pérez y envió desde luego un oficio al Presidente con la súplica de que autorizara la ocupación del templo. La administración de Calles mandó los bomberos y un escuadrón de la policía a proteger a los asaltantes de la ira popular, que se desató imponente contra ellos.

El origen y desarrollo de esta estúpida conspiración contra la Iglesia fueron revelados por el licenciado Gilberto Valenzuela en el discurso que pronunció el 24 de febrero de 1929 en Hermosillo, durante su gira de candidato a la presidencia. Entre otras cosas dijo Valenzuela:

"...Debo comenzar por establecer con toda claridad y precisión cuál es el origen e inspiración de este problema (el religioso) inventado a los dos o tres meses de haber tomado yo posesión de la Secretaría de Gobernación.

"A principios de enero de 1925, bajo la presidencia del general Calles, tuve oportunidad de darme cuenta exacta de los propósitos que abrigaba dicho funcionario de ir entregando paulatina, pero sistemáticamente, todas las fuerzas vivas del país, todas las fuentes de influencia poderosa, a su distinguido compañero y amigo íntimo, don Luis N. Morones".

Refirió en seguida cómo fueron puestas en manos de Morones armas tan poderosas como la C.R.O.M., el Partido Laborista, la Secretaría de Industria, Comercio y Trabajo, el Departamento de Fabriles, el Ayuntamiento de la ciudad de Méxiço, la Secretaría de Agricultura (por medio de Luis León) y los gobiernos de los estados de Hidalgo, Zacatecas, Coahuila y México.

Y agregó Valenzuela:

"Como estos elementos que el general Calles fue entregando sistemáticamente a Morones no fueron bastantes para la realización absoluta de sus anhelos de poder y dominio en la República, el propio Morones, con algunos de sus líderes, discurrió, y Calles san-

cionó en todas sus partes, la creación de una fuerza religiosa que pudiese explicar al mismo tiempo sus fuerzas sociales y políticas; y de ahí surgió el aborto llamado Iglesia Católica Mexicana, cuya primera manifestación de vida fue ocupar por medio de actos violentos, enteramente atentatorios y delictuosos, la iglesia de La Soledad.

"Tan luego como el atentado se consumó, el exponente, en su calidad de Secretario de Gobernación, explicó en forma serena y clara al Presidente Calles la seriedad y trascendencia del caso, llamando muy especialmente su atención sobre la improcedencia de tolerar que los particulares viniesen a modificar a su antojo, con procedimientos violentos, situaciones jurídicas creadas, mantenidas por el gobierno; sobre la incapacidad moral, legal y material en que se encontraría el gobierno de la república si toleraba este procedimiento delictuoso para impedir que el día de mañana los católicos recuperasen la iglesia con procedimientos análogos; sobre la burla y desprestigio que estos actos traerían a toda la República, para el principio de autoridad, para el gobierno, para las instituciones del país; sobre el germen de anarquía que actos de esta naturaleza vendrían sembrando al repetirse, como tendrían que repetirse en todos los Estados de la República; y por último, sobre la necesidad nacional que había de reprimir categóricamente ese procedimiento para cortar de raíz la posibilidad de que se desarrollase en México una guerra de religión".

Todas estas buenas razones que el Secretario de Gobernación expuso ante Calles pudiéramos reducirlas a las siguientes: nadie tiene derecho de cometer actos sacrílegos, ni de apoderarse de lo ajeno, ni de perturbar el orden público.

Calles —que sabía tanto de Derecho como de Egiptología— oyó las razones de su Secretario de Gobernación y dictó un acuerdo chistosísimo: declaró nula la ocupación del templo de La Soledad, por haberse empleado la violencia, en vista de lo cual cedió a los cismáticos otra iglesia, la de Corpus Christi, y envió un saludo telegráfico a Pérez.

El genial proyecto cismático de Calles y Morones se hundió

en el ridículo. El Patriarca Pérez fue objeto de las cuchufletas del pueblo, que tiene sentido común. Los adeptos de la nueva iglesia no pasaron de cien. Y como no resultaba fácil ocupar iglesias, según lo demostró el sangriento resultado del asalto a la catedral de Aguascalientes, los promovedores del cisma tuvieron que admitir su fracaso. El Patriarca Pérez arrastró una miserable existencia y murió en 1931, después de abjurar públicamente.

Según la versión de Valenzuela, el conflicto religioso fue "inventado" por Calles y Morones con el fin de asegurar su dominio sobre el país. Si éste fue el plan, no pudo ser más idiota, ya que el medio usado conducía al fin opuesto, es decir, a enajenarse enteramente la voluntad de la nación y, por tanto, al debilitamiento de su poder, puesto que gobierno fundado en la pura fuerza es, al fin y al cabo, gobierno débil.

El motivo del conflicto hay que buscarlo más hondo y se descubrirá que fue el odio a Cristo, odio del que la masonería es fiel depositaria y cuyo instrumento fue el siniestro Calles, como en otra época lo fueron Gómez Farías y Juárez.

Es bien sabido que el 12 de agosto de 1926, *La Tribuna,* un periódico de Roma, publicó esta solemne declaración, reproducida en la prensa de todo el mundo:

"La masonería internacional acepta la responsabilidad de todo lo que pasa en México, y se dispone a movilizar todas sus fuerzas para la ejecución completa, total, del programa que se ha fijado para este país".

A confesión de parte, relevo de pruebas. Por lo demás la confesión no era necesaria, ya que estaba patente el origen de la persecución.

Fue con el apoyo de la poderosa masonería, particularmente de la norteamericana, de los protestantes y de los judíos, como Calles se lanzó a perseguir al pueblo católico y se sostuvo en el poder contra la expresa determinación del mismo pueblo. Calles tuvo de su parte a la prensa de casi todo el mundo —que domina el interés judío—, la cual no sólo silenció los innumerables crímenes de lesa humanidad que Calles perpetró, crímenes más horrendos que

los cometidos en los últimos años tras la *Cortina de Hierro*, sino que infló la figura del *Turco* e hizo creer que era un gran estadista. A la fecha todavía hay ingenuos que lo creen. Y por ahí andan algunos lamehuesos tratando de sacar la carroña de Calles del fondo de sangre e ignominia en que yace, para presentarla, cubierta de trapos retóricos, con el perfil de un presidente sabio, cuando la historia está gritando que fue, simplemente, un ladrón, un asesino y un tirano.

Herido en su despecho satánico por el fracaso del cisma que inventó Morones, Calles se propuso imponer, a como diera lugar, "el cumplimiento de la ley", o sea de las disposiciones persecutorias dictadas por una asamblea de energúmenos y de mentecatos que jamás representaron a la nación. "Este ha sido desde entonces —dice Pereyra— el estribillo de Calles, y el sarcasmo de la tragedia mexicana. Un violador de todas las leyes —constitucionales, civiles y penales— se presenta como sacerdote de las instituciones, y los sacerdotes son los criminales".

Es verdad: este es el sarcasmo de la tragedia mexicana: ¡Calles encarnando el derecho y la legalidad! El que siendo comisario de policía en Agua Prieta entregó a sus compatriotas a las autoridades norteamericanas violando las leyes de extradición; el que mandaba ahorcar a delincuentes del orden común sin previo juicio; el que a la faz del mundo entero hizo matar al Padre Pro vulnerando en su persona los más sagrados derechos humanos, puesto que ni se le oyó, ni se le dio oportunidad de defenderse de los cargos que en su contra formularon, ni se le consignó ante ningún juez, ni se instruyó siquiera el remedo de un proceso; el hombre torvo bajo cuyo mando ciudadanos pacíficos eran sacados de sus casas, martirizados y asesinados; el que pisoteó la libertad de pensar, de creer, de caminar, de bendecir a Dios, de ser juzgado conforme a las leyes vigentes, de poseer bienes; en fin, el hombre que fue pura brutalidad y puro voluntarismo homicida, trata de justificar sus crímenes ¡en nombre de la ley!

Cuando uno se representa a Calles hablando del respeto a las leyes, le viene a los labios la palabra que le arrojó al rostro Aure-

lio Manrique en la Cámara de Diputados: ¡Farsante! ¡Miserable farsante!

La ley, el derecho, la razón y la justicia están y han estado siempre de parte del vejado y atropellado pueblo católico de México. Y su más viva encarnación, el símbolo augusto de este pueblo oprimido, es el Padre Pro, muriendo con los brazos en cruz y los ojos elevados al cielo ante el paredón del cuartel de la policía. El día en que México sea libre se levantará una estatua gigantesca al Padre Pro, que lo represente en el momento de ser asesinado, con esta inscripción: "Murió por Cristo, por la Justicia y el Derecho".

Calles y su régimen trataron de apoyar en las cláusulas ilegales de la ley que a cada paso quebrantaban, la persecución al catolicismo. Hábiles embusteros, tejieron una red de intrigas con el fin de presentar a la Iglesia como "rebelde" a la ley. Tenían a su servicio a los periódicos y de uno de ellos se valieron para dar a entender que el clero había adoptado una actitud belicosa contra el gobierno.

El 27 de enero de 1926 publicó un periódico la inmotivada noticia de que las autoridades eclesiásticas emprenderían una campaña contra las leyes persecutorias. La fuente de esta noticia no se reveló, y es posible que haya sido una fuente muy turbia. Pues bien, con el fin de indagar lo que había de cierto en ello, un redactor de *El Universal* se presentó en la casa del señor Arzobispo de México, don José Mora y del Río, bondadosísima persona que recibió luego al periodista. Lo que haya dicho el prelado no se sabe a ciencia cierta. El caso fue que el periódico publicó la versión personal del reportero, según la cual el señor arzobispo había anunciado el propósito de *combatir las leyes*. El señor Mora y del Río fue consignado a las autoridades judiciales, negó que hubiese empleado la frase que le atribuyó el periodista, y el juez declaró que no había delito.

El día 8 de febrero se reprodujo en la prensa la carta pastoral del 24 de febrero de 1917 contra la Constitución. Quién ordenó esta publicación, no se sabe. Pero hay motivos para barruntar que



EL HEROE IGNACIO NAVARRO ORIGEL

...el hermano inseparable, muerto también en defensa de la fe...



LUIS NAVARRO EN CAMPAÑA

. . .que N. S. nos mande más enemigos. . .

la orden vino del mismo régimen, que andaba buscando un pretexto oportuno para embestir contra la Iglesia.

Y la ley escrita comenzó a ser aplicada, con violación de los derechos humanos reconocidos por la misma Constitución. Se emplearon "procedimientos propios de un comisario de policía de Agua Prieta". Una tarde se presentaron los agentes del coronel Tejeda en las casas e iglesias donde había sacerdotes y religiosos españoles, y brutalmente, sin permitirles tomar ni un libro ni un papel, se apoderaron de ellos y los condujeron a los sótanos de una prisión. Pocas horas después se les puso en el tren de Veracruz, y en este puerto se les embarcó en el vapor *Espagne,* con billete de tercera para La Habana.

En seguida la ofensiva se dirigió a los centros de enseñanza y de beneficencia. Calles cumplía la ley cerrando colegios, orfanatorios y hospitales. El 22 de febrero (1926) fue publicado un reglamento de enseñanza que contenía, entre otros, los siguientes artículos: 1) la enseñanza que se imparta en las escuelas privadas será laica y los certificados que se expidan no tendrán valor alguno; 2) las escuelas no podrán tener denominaciones que indiquen naturaleza religiosa, ni posesivo de santo de ningún culto; 3) en los edificios de las escuelas particulares no habrá oratorios ni capillas, ni estampas o esculturas religiosas; 4) es requisito para ser director de una escuela no ser ministro de algún culto o miembro de orden religiosa.

Así se violaba la libertad de los mexicanos, en nombre de la *ley,* palabra usada para designar los decretos irracionales de una secta apoderada del mando.

Una persona atacada tiene el derecho de defenderse, aunque también este derecho natural de defensa hayan pretendido derogar los tiranos; y en este caso la persona atacada, o sea la Iglesia, se defendió por medio de una Carta Pastoral que fue publicada el 21 de marzo de 1926. Decían los señores obispos:

"Dejamos exclusivamente a los seglares el ejercitar la acción política, no la personalista y mezquina, sino la alta y profunda que se guía por principios y busca el bien público.

"En este campo deben entrar resueltamente los católicos seglares, ya que, como ciudadanos deben preocuparse por el bien de su patria, y como ciudadanos católicos tienen la obligación de trabajar en el terreno legal por que sean respetados los derechos de la Iglesia, y en estos momentos por que sean derogadas las leyes contrarias a su libertad. . .

"En estas circunstancias, puesto que a los católicos mexicanos quiere imponérsenos con toda urgencia y definitivamente una Constitución contraria a nuestros deberes más sagrados de conciencia y a nuestros derechos más indiscutibles; es lógico inferir que es nuestro deber y nuestro derecho procurar sin dilación alguna, y por todos los medios lícitos, que esa Constitución sea reformada para satisfacer las aspiraciones del pueblo que desea gozar plena libertad.

"Esta conducta no es rebelión porque la misma Constitución establece su reformabilidad y abre el camino para sus reformas, y porque es un justo acatamiento a mandatos superiores a toda ley humana, y justa defensa de legítimos derechos".

Adviértase que la Carta llama a luchar en EL TERRENO LEGAL Y POR TODOS LOS MEDIOS LICITOS. Calles, según declaraciones que entonces hizo, consideró que este llamamiento era sedicioso, porque en su concepto los hombres libres de un pueblo no tienen derecho a oponerse por medios pacíficos a una ley injusta, y si lo hacen caen en el delito de sedición.

Hace pocos años que Lombardo Toledano, discípulo de Morones, escribió un artículo sobre el tema "La Iglesia no tiene derechos". Según el cabecilla ateo, los derechos de la persona humana son otorgados por los que tienen la sartén por el mango, que en resumen son los únicos autorizados a repartir sartenazos. Hermosa teoría. De acuerdo con ella, yo vivo porque el supremo gobierno me ha concedido la gracia de vivir; voy de un lugar a otro porque el supremo gobierno me lo permite; me dejo crecer la barba porque lo autoriza el cacique en turno. Pero de acuerdo con el sentido común y la razón elemental, todos esos derechos y los demás garantizados por la Constitución no me los ha otorgado ningún

hombre, son derechos que derivan de mi propia naturaleza humana y, en última instancia, del Autor de la naturaleza. Nadie me los puede quitar. Y si el Estado trata de privarme de ellos, contra el Estado me defenderé hasta la muerte.

Ahora bien, el derecho de pedir (contra el que hay el vicio de no dar), además de ser un derecho natural, está *garantizado* en la Constitución (Artículo 8o.). Los señores obispos de la Iglesia Católica sólo excitaban, en resumen, a que ese derecho de petición fuese ejercitado. ¡Crimen horrible! Calles no podía permitirlo porque, en su concepto, el pueblo católico estaba obligado a callar, a pagar contribuciones y a sufrir tiranos.

La "ejecución completa, total, del programa que se ha fijado para este país", conforme a lo dicho por la masonería internacional, no podía diferirse. Y Calles, en uso de ilegales facultades extraordinarias, la llevó adelante expidiendo el 14 de junio la denominada *Ley de Adiciones y Reformas al código penal,* que definió los "delitos y faltas en materia de culto religioso y disciplina externa". Esta fue la famosa *Ley Calles* que en resumen disponía lo siguiente:

1) Para ejercer dentro del territorio de la República Mexicana el ministerio de cualquier culto, se necesita ser mexicano por nacimiento. El infractor será castigado con multa hasta de quinientos pesos o arresto que no excederá de quince días. Además, el Ejecutivo Federal podrá expulsar al sacerdote o ministro infractor.

2) Para los efectos penales se reputa que una persona ejerce ministerio de un culto, cuando ejecuta actos religiosos o ministra sacramentos propios del culto a que pertenece, o públicamente pronuncia prédicas doctrinales, o en la misma forma hace labor de proselitismo religioso.

3) La enseñanza que se imparta en las escuelas oficiales y particulares será laica. Los infractores serán castigados con multa de quinientos pesos o arresto no mayor de quince días. En caso de reincidencia, el infractor será castigado con arresto mayor y mul-

ta de segunda clase; sin perjuicio de que la autoridad ordene la clausura de la escuela.

4) Ninguna corporación religiosa, ni ministro de algún culto, podrán establecer o dirigir escuelas de instrucción primaria. Los infractores serán castigados con multa o arresto, sin perjuicio de la inmediata clausura del establecimiento de enseñanza.

5) Las escuelas primarias particulares sólo podrán establecerse sujetándose a la vigilancia oficial.

6) El Estado no puede permitir ningún contrato, pacto o convenio que tenga por objeto el menoscabo, la pérdida o el irrevocable sacrificio de la libertad del hombre; la ley, en consecuencia, no permite el establecimiento de órdenes monásticas; las ya establecidas serán disueltas por la autoridad. Cuando se compruebe que las personas exclaustradas vuelven a reunirse en comunidad, después de la disolución, serán castigadas con la pena de uno a dos años de prisión. Los superiores, directores o personas que tengan calidad jerárquica en la organización, serán castigados con la pena de seis años de prisión.

7) Las personas que induzcan o inclinen a un menor de edad a la renuncia de su libertad por virtud de voto religioso, serán castigadas con la pena de arresto mayor y multa de segunda clase.

8) El individuo que en ejercicio del ministerio o sacerdocio de un culto religioso cualquiera, incite públicamente por medio de declaraciones escritas, o prédicas o sermones, a sus lectores o a sus oyentes al desconocimiento de las instituciones políticas o a la desobediencia de la ley, de las autoridades o de sus mandatos, será castigado con la pena de seis años de prisión.

9) Si como resultado directo e inmediato de la incitación a que se refiere el artículo anterior, intervienen menos de diez individuos empleando la fuerza, la amenaza, la violencia física o moral contra la autoridad pública o sus agentes, cada uno de ellos será castigado con un año de prisión. A los sacerdotes o ministros se les impondrá la pena de seis años de prisión.

10) Los ministros de los cultos nunca podrán en reunión pública o privada hacer crítica de las leyes fundamentales del país,

de las autoridades en particular o en general del gobierno. Los infractores serán castigados con pena de uno a cinco años de prisión.

11) Los ministros de los cultos no podrán asociarse con fines políticos. Los infractores serán castigados con arresto menor y multa de primera clase.

12) Por ningún motivo se dará validez en los cursos oficiales a los estudios hechos en los establecimientos destinados a la enseñanza profesional de los ministros de los cultos. Los infractores serán destituídos del empleo o cargo. Las dispensas serán nulas.

13) Las publicaciones periódicas religiosas o simplemente de tendencias marcadas en favor de determinada creencia religiosa, no podrán comentar asuntos políticos nacionales ni informar sobre actos de las autoridades del país o de particulares que se relacionen con el funcionamiento de las instituciones republicanas. El director de la publicación será castigado con arresto mayor y multa de segunda clase.

14) Si la publicación periódica no tuviere director, la responsabilidad penal recaerá en el autor del comentario político o de la información a que se refiere el artículo anterior.

15) Queda estrictamente prohibida la formación de toda clase de agrupaciones políticas, cuyo título tenga alguna palabra o indicación cualquiera que las relacione con alguna confesión religiosa. La autoridad ordenará en todo caso que sean disueltas inmediatamente las agrupaciones que tengan el carácter indicado.

16) No podrán celebrarse en los templos destinados al culto reuniones de carácter político. El encargado de un templo que organice la reunión o invite o tome parte en ella, será castigado con la pena de arresto mayor y multa de segunda clase. Si la tolera o encubre, la pena será arresto menor y multa de primera clase. En ambos casos el Ejecutivo podrá ordenar la clausura del templo.

17) Todo acto religioso de culto público deberá celebrarse precisamente dentro de los templos, los cuales estarán siempre bajo la vigilancia de la autoridad. La celebración del acto religioso del culto público fuera del recinto de los templos, trae consigo responsabilidad penal para los organizadores y ministros celebrantes,

quienes serán castigados con arresto mayor y multa de segunda clase.

18) Fuera de los templos tampoco podrán los ministros de los cultos, ni los individuos de uno u otro sexo que los profesen, usar de trajes especiales ni distintivos que los caractericen, bajo la pena gubernativa de quinientos pesos o arresto que no excederá de quince días.

19) El encargado de un templo deberá dar los avisos a que se refiere el párrafo undécimo del artículo 130 de la Constitución, dentro del término de un mes contado desde la vigencia de esta ley.

20) Se concede acción pública para denunciar las faltas y los delitos a que se refiere la presente ley.

21) Las asociaciones religiosas denominadas iglesias, cualquiera que sea su credo, no podrán en ningún caso tener capacidad para adquirir, poseer o administrar bienes raíces, ni capitales impuestos sobre ellos; los que tuvieren actualmente entrarán al dominio de la nación. Las personas que oculten bienes y capitales a que se refiere este artículo, serán castigadas con la pena de uno a dos años de prisión.

22) Los templos destinados al culto público son propiedad de la nación, representada por el gobierno federal, quien determinará los que deben continuar destinados a su objeto. Los obispados, conventos, casas curales, seminarios, asilos, colegios de asociaciones religiosas o cualquier otro edificio que hubiere sido construído o destinado a la administración, propaganda o enseñanza de un culto religioso, pasarán desde luego, de pleno derecho, al dominio de la Federación o de los Estados en sus respectivas jurisdicciones.

23) Corresponde principalmente a las autoridades federales cuidar del cumplimiento de esta ley.

Uno de los artículos transitorios establecía que un ejemplar de ley, impreso en caracteres fácilmente legibles, fuera fijado en las puertas principales de los templos.

"La Iglesia —concluye Pereyra— no podía aceptar estas disposiciones. Calles tenía la fuerza suficiente para imponerlas. El resultado fue que México añadiera a su trágica historia, un capítulo de dolor y martirio".

7

Arrecia la Persecución

CONCLUIDA su gestión de alcalde, Luis Navarro volvió a sus panales y sus sementeras; pero no pudo dedicarse en paz al trabajo cotidiano. La tormenta estaba sobre él y todos los mexicanos. Y dócil a la voz de Santa Teresa que advirtió:

Todos los que militáis
debajo de esta bandera
ya no durmáis, ya no durmáis,
que no hay paz sobre la tierra,

Luis Navarro se ocupó, con toda su alma, en los trabajos que le imponía su militancia cristiana.

Si la nación hubiese estado constituída en una democracia, mediante un plebiscito magno se habrían derogado las malas leyes que el grupo en el poder había dictado. Se hubiera demostrado entonces que no *quod principi placuit, legis habet vigorem,* esto es, que no lo que gusta al que manda tiene fuerza de ley, sino aquello que es conforme a la razón y a las leyes superiores a la ley escrita.

Pero la banda de rufianes apoderada del mando de ninguna manera quería votos porque, según razonaba, si el pueblo vota, votará por los curas, y será Presidente el Arzobispo de México. Los impostores se equivocaban al pensar que los católicos querían lle-

var a los *curas* a la política porque, sencillamente, no es una teoría católica la del gobierno de los curas [15]. Los católicos pensamos que hay dos sociedades, la *civil,* cuyo fin es el bien público temporal, y la *espiritual* cuyo fin es el bien sobrenatural o la santificación de los hombres por la gracia; que estas dos sociedades son, cada una en su esfera, soberanas; que el estado, aunque soberano, tiene un límite impuesto por su propio fin, de suerte que si invade el campo de lo espiritual se exorbita, se desmanda.

Los católicos sabemos, asimismo, que las relaciones entre el Estado y la Iglesia pueden presentarse de tres maneras, a saber: 1) absorción de la Iglesia por el Estado; 2) desconocimiento y supresión de la Iglesia por el Estado; 3) armonía de Iglesia y Estado.

El primer caso es el del Estado antiguo, en el que estaban confundidas las funciones religiosas y políticas, hasta que el cristianismo estableció la división entre los dos dominios.

El segundo caso es el error consecuente a la Reforma: el Estado ignora a la Iglesia o la persigue con el propósito de extinguirla.

El tercer caso de relaciones entre Iglesia y Estado —armonía entre ambos— es el que propone nuestra doctrina, definida así por León XIII:

> *Dios distribuyó el gobierno del género humano entre dos poderes: el eclesiástico y el civil, aquél relacionado con las cosas divinas y éste con las humanas.* Ambos poderes son supremos, cada uno en su género; *cada uno tiene límites perfectamente determinados por su naturaleza y destino especial, cada uno tiene, por consiguiente, su esfera propia, dentro de la cual se mueve y ejerce con pleno derecho su acción. Ejerciéndose, pues, su autoridad, sobre los mismos sujetos, puede ser que una cosa misma pertenezca, si bien bajo diferentes aspectos, a una y otra jurisdicción... Es necesario, por tanto, que haya entre las dos fuerzas una unión llena de armonía que se pueda justamente comparar a la unión que existe entre el alma y el cuerpo. (Immortale Dei).*

[15] Véase Emilio Chénon, *El Papel Social de la Iglesia.*

De acuerdo con esta clara doctrina, en las cosas civiles, en los intereses puramente humanos, corresponde al Estado la soberanía; en las cosas sagradas, la soberanía es de la Iglesia; en las mixtas, subordinación del Estado a la Iglesia, como del cuerpo al espíritu.

Estas son, pues, nuestras ideas. No queremos, como se dice, el "gobierno de los curas", sino la paz y la concordia entre las dos sociedades a las que estamos sujetos. Lo que han querido y se empeñan en mantener las leyes de México es la subyugación de la Iglesia al Estado, lo cual equivale al aniquilamiento de los derechos de aquélla.

En un plebiscito legítimo y nacional los católicos hubiéramos votado, no por el Arzobispo de México, que tiene su misión propia, más allá (y más alto) que la Política, es decir, que los intereses puramente humanos; hubiéramos votado por la derogación de la *ley Calles* y de todas las mal llamadas leyes, opresoras de la libertad de conciencia y conculcadoras de las libertades esenciales del hombre.

Pero México no era —ni es— una república democrática. Era o sufría en aquella década de los veintes un régimen pretoriano, un caudillaje del tipo azteca, como es hoy una democracia fingida, una dictadura disimulada bajo el aspecto democrático. Y no habiendo democracia ni, por tanto, medio legal alguno de discutir en unas elecciones los programas de los diversos partidos, para que el pueblo decidiera al votar en las urnas cuál de esos programas debería seguirse, los católicos recurrieron a crear una organización de carácter cívico.

Fue en el mes de marzo de 1925 cuando se fundó la *Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa* que en el primer manifiesto que hizo al pueblo de México, declaró su programa en estos términos:

> *La Liga es una asociación legal de carácter cívico, que tiene por fin conquistar la libertad religiosa y todas las libertades que se derivan de ella en el orden social o económico, por los medios adecuados que las circunstancias irán imponien-*

do... La Liga quiere ser una asociación de todos los verdaderos católicos mexicanos, cansados de tantos atropellos en contra de su religión, del orden social y de sus derechos cívicos, tan cínicamente burlados en los comicios electorales... La Liga es una asociación de carácter legal: según la Constitución, no se podrá coartar el derecho de asociarse o de reunirse pacíficamente con cualquier objeto lícito; pero los ciudadanos de la república podrán hacerlo para tomar parte en los asuntos políticos del país... La Liga será de carácter cívico. La Jerarquía Católica no tiene nada que ver con ella, ni con su organización, ni en su gobierno, ni en su actuación.

Nada tan legítimo como esta asociación. Los católicos —o sea todo el pueblo de México— se unían para defender, *por los medios legales,* sus libertades y sus derechos esenciales. Esto a Calles le pareció ilícito porque, según su particular punto de vista, solamente los opresores, los "revolucionarios" ateos y facinerosos, tenían derecho en este país a formar asociaciones, a exponer sus ideas e inclusive a vivir. A los católicos se les negaba expresamente el primero de los derechos: el de la vida.

Al organizar la Liga, los católicos obraban de acuerdo con el pensamiento que Su Santidad Pío XI expuso en una alocución pronunciada el 22 de septiembre de 1925, diciendo:

Es preciso defenderse de una confusión que puede surgir cuando parece que Nos, que el Episcopado, que el Clero, que los seglares católicos hacemos política, cuando en realidad hacemos obra de religión al combatir por la libertad de la Iglesia, por la santidad de la familia, por la santificación de los días consagrados a Dios; en todos estos casos y en otros semejantes no se hace política, sino que la política ha tocado al altar, ha tocado la religión... y entonces es deber nuestro defender a Dios y a su Religión, es el deber del Episcopado y el Clero, es nuestro deber...

Las palabras del Santo Padre eran exactamente aplicables al caso de México: la política había tocado el altar, y los católicos simplemente se defendieron. Ni en esta persecución de que estamos hablando, ni en la de Gómez Farías, ni en la de Juárez la *Iglesia ha hecho política,* esto es, no se ha mezclado en los negocios temporales, en los que conciernen únicamente a la potestad civil. En todas las persecuciones lo que ha hecho es defender su libertad y los derechos de Dios.

La Liga Defensora de la Libertad creció lozana y frondosa, apenas plantada. Los hombres libres de México hallaron en esta formidable organización —que a los tres años, y sólo en el Distrito Federal, contaba con más de 300,000 socios— el medio de coordinar sus esfuerzos para obtener la reforma de las llamadas leyes que habían sido impuestas por el tirano.

Su programa fue, en primer término, difundir ideas y formar una poderosa corriente de opinión nacional, una fuerza moral incontrastable que dominara la tendencia de Calles y su gente. Empleaba con este fin una publicación denominada *Boletín de la L. N. D. L. R.* y un periódico de combate con el nombre de *Desde mi sótano,* así como toda clase de impresos. Las publicaciones semanarias alcanzaron tiros de 400,000 y 600,000 ejemplares. Naturalmente que la tiranía persiguió con saña a los editores de la propaganda, encarceló, atropelló, clausuró imprentas. Pero no era posible contener un río caudaloso de razones, de verdad y de justicia.

La Liga, burlando a los fieros sabuesos de Roberto Cruz, que eran azuzados en jauría contra los *ligueros,* acudió a los expedientes más ingeniosos para propagar sus ideas, como aquel *gran espectáculo aéreo,* consistente en la elevación de miles de globos que dejaron caer sobre la capital un millón de impresos. La Secretaría de Guerra, según cuentan, ordenó que un avión saliera en el acto a perseguir aquellos inocentes globos por medio de los cuales se osó desafiar la ira del tirano.

Esta propaganda de la Liga fue respondida por una variedad de inmundas publicaciones oficiales, que se limitaban a lanzar in-

sultos soeces, reproducir estampas obscenas y repetir cuentos viejos sobre la Inquisición y los *curas*.

Luis Navarro Origel se inscribió desde el primer día en las listas de la Liga Nacional Defensora de la Libertad y fue uno de sus más valientes y valiosos adalides. Dejó temporalmente sus ocupaciones ordinarias y aplicando al trabajo su capacidad de proselitismo, su espíritu organizador y su inagotable vitalidad, fundó comités de la Liga en Pénjamo, Abasolo, Irapuato, La Piedad y Zacapu. Fielmente seguía las instrucciones de los directores en todos sus pasos. Anduvo repartiendo hojas impresas por toda su región, levantó el ánimo acobardado de muchos y puso en pie un ejército de inermes soldados. Y con esta actividad puso en riesgo su propia persona, la de su familia, sus bienes y cuanto tenía.

Unos días antes de que entrase en vigor la *Ley Calles* (31 de julio de 1926) el Episcopado anunció, de acuerdo con la Santa Sede, que desde el domingo 1o. de agosto se suspendería el culto católico público porque sujetarse a la llamada ley era tanto como aceptar el cisma, puesto que los sacerdotes dependerían, no de sus obispos, sino de la autoridad civil, que era la que reglamentaba el culto, señalaba el número de ministros que podían ejercer, etc.

La Liga organizó un *bloqueo económico* al que se dio el nombre de *boicot*. Los resultados inmediatos demostraron la exaltación general. Se retiraron depósitos del Banco de México por valor de diez millones de pesos. Se devolvieron hasta doce mil placas de automóviles. Las grandes casas comerciales no cubrían sus gastos. Calles fingió creer que el arma empleada por los católicos era un "ridículo boicot" porque no paralizaría la vida económica de la nación. Pero su risa se transformó luego en una mueca de rabia, y en vez de reírse lanzó todas sus corporaciones policíacas en contra de los que propagaban el *boicot*. Cualquier persona que excitara a las demás a secundarla iba a dar a los sótanos de la Inspección de Policía. El amparo, esa institución mexicana tan loada, fue materialmente pisoteada por los agentes de la tiranía. Las órdenes de los jueces no eran sino papel que los esbirros usaban para limpiarse los bigotes.

A pesar del terror, el *boicot* llegó a confundir a los opresores, que por voz de Gonzalo N. Santos dijeron: "Eso que hemos dado en llamar ridículo boicot es algo muy serio que está produciendo una crisis económica peligrosa para la revolución".

Dolido Calles en su satánica soberbia por los efectos del boicot, se propuso aterrorizar a los católicos y comenzó por perseguir rabiosamente el culto privado, atropellando la ley en forma brutal, puesto que el artículo 24 de la Constitución garantiza el derecho que todo hombre tiene de practicar los actos del culto respectivo en los templos "o en su domicilio particular".

La celebración de misas y la administración de sacramentos en las casas, "dio lugar a que la policía organizara una batida de explotación basada en el terror bien administrado. Cada agente, desde el general pistolero Roberto Cruz, hasta el último esbirro, tuvo su tarifa para el disimulo de las misas privadas con excepciones de crueldad feroz, horripilante a veces, que servían para elevar las cuotas del soborno. La gente dijo que Roberto Cruz ganaba veinticinco mil pesos mensuales con sus actos de indulgencia".

Francis Mac Cullagh, escritor que visitó México por aquellos días, después de que había recorrido la Rusia Soviética, dijo hablando de la persecución:

"Acabo de pasar seis semanas en México, absolutamente dueño de mis movimientos, usando el mismo método que usé cuando recorrí en 1919 y 1920 la Unión Soviética.

"El cuadro que descubrí tras del velo espeso de una censura severa es, sin duda, más terrorífico que el espectáculo que he visto en Rusia.

"Los aspectos internacionales y económicos del cuadro mexicano vuélvense insignificantes ante el martirio de millones de mexicanos. Nadie sabrá jamás el número de las víctimas que han pagado con sus vidas la resistencia al régimen que hace imposibles esas mismas vidas. Aquí el cuadro toma un matiz de sangre, pues ésta es la más cruel persecución que los cristianos han tenido que sufrir desde los días de Nerón. . ."

Mac Cullagh describe con las siguientes palabras el cuadro de los perseguidos por oír misa:

"En la calle resuena de repente un 'estruendo sordo de pisadas'... personas rodeadas de policías y soldados... parece que son una cuadrilla de prisioneros que llega a la Inspección General de Policía... noto que esa muchedumbre está compuesta de elementos sumamente heterogéneos. Hay dos muchachas con sus velos blancos y sus ramos del día de la primera comunión; tienen los ojos enrojecidos por el llanto y ruborizadas las mejillas. Cerca de estas niñas puras va la hez de los sitios nefandos: las malas mujeres, ebrias aún, que blasfeman. Codo con codo de las hijas de las familias honradas marchan los criminales.

"¿Cómo se ha podido reunir un grupo tan heterogéneo? Pregunté a un civil y él me lo explicó amablemente. Los domingos por la mañana tiene por costumbre el general Roberto Cruz de enviar sus esbirros con orden de detener a los católicos que van a misa. Sin ningún derecho, y con flagrante violación de la Constitución, sus policías invaden las casas particulares, donde se celebra la misa, y traen a todos los asistentes a la Inspección General de Policía, como usted está viendo.

"La persecución religiosa es sobre todo un medio de rapiña. Se imponen ilegalmente grandes multas a las personas que asisten a misa. Cruz ordena, con este pretexto, aprehensiones diarias y las multiplica el domingo, con el fin de sacar la mayor cantidad de dinero posible. La mayor parte de este dinero va a parar a la bolsa del general Roberto Cruz, quien por este medio gana, según se dice, unos veinticinco mil pesos mensuales desde que la persecución comenzó" [16].

La extensión del boicot determinó una entrevista de Calles con los señores obispos don Leopoldo Ruiz y Flores, de Morelia, y don Pascual Díaz, de Tabasco, entrevista arreglada por las Cámaras de Comercio y diplomáticos sudamericanos. "Los prelados subieron el calvario de Chapultepec para hablar con Calles". El dés-

[16] *La Croix,* citado en *El Conflicto Religioso.* Mac Cullagh es autor de la obra *Red Mexico.*

pota se mostró insensible al llamado a la paz. "Señores —dijo a los prelados—, tienen ustedes dos caminos: acudir al congreso o levantarse en armas. Para una y otra cosa estoy preparado".

Ni quién dudara de que estaba preparado: tenía detrás de sí el poderío de los Estados Unidos, que apoyaban al *hombre fuerte* para proteger los dólares invertidos en México, y disponía de la fuerza bruta, por lo mismo. Lo que le faltaba era la razón y el derecho.

Como bien dice Pereyra, acudir al Congreso era un rasgo de inocencia y brindar una espléndida ocasión para que se cubriese de oprobio a la Iglesia. Pero los prelados, quizá para que no se les acusara de abstención criminal, acudieron a la asamblea legislativa, que no era sino una taifa de léperos que se dio el gusto de insultar al bondadoso don José Mora y del Río, venerable arzobispo de México.

Agrega Pereyra:

"Yo nunca había comprendido el espíritu cristiano como entonces. ¿Qué necesidad tenían esos dos hombres de vivir en México y sufrir contactos tan humillantes? Una palabra les hubiese bastado para situarse a cien grados de longitud oriental. Pero eran pastores".

Y el pueblo de México sufrió el vilipendio de que aquellos diputados postizos y estúpidos rechazaran enmedio de gritos y sombrerazos una serena petición, hecha en nombre de la paz, en nombre de la Patria, y de acuerdo con una garantía constitucional.

Los católicos, pese a la certeza de que no serían oídos, agotaron los medios pacíficos y enviaron a las Cámaras un memorial firmado por dos millones de personas en que se pedía la reforma de las llamadas leyes persecutorias. Pero el Congreso ni siquiera se dio por entendido de la petición y el Oficial Mayor de la Cámara de Diputados tuvo la osadía de negar que se hubiese recibido el memorial, cuando había documentos fotográficos certificados del acuse de recibo, con la firma del Oficial Mayor.

Fracasados todos los recursos legales, no le quedaba al pue-



TRES HEROES CRISTEROS

. . . peleaban lo mismo en terreno limpio que afortinado. . .



En su refugio del Aserradero, en el Cerro de Tancítaro, acompañado de su hermano Ignacio.

IGNACIO Y LUIS NAVARRO ORIGEL

. . .en la zona donde brotaría el Paricutín. . .

blo de México otro que el de rechazar la fuerza con la fuerza, esto es, el de repeler una agresión injusta a su vida y a su libertad.

Luis Navarro Origel había participado en todas las actividades pacíficas tendientes a obtener la derogación de los úkases callistas; había recogido firmas, elevado protestas, organizado grupos para crear un estado de opinión favorable a la libertad. Pero México no era un país en que la opinión contara. Era un país bárbaro en el que sólo vencía el argumento de la fuerza. Por lo mismo fue necesario apelar a la fuerza.

La *Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa,* viendo el peligro de que brotaran grupos armados aquí y allá y de que, por lo mismo, la resistencia se hiciera en forma desorganizada, acordó transformar su carácter de asociación cívica en asociación de resistencia a la tiranía, y proveer de elementos de guerra a los libertadores.

Pero antes de que la Liga tomara esta decisión (que fue en el mes de enero de 1927), Luis Navarro Origel, ciudadano católico del estado de Guanajuato, hombre libre de 29 años, había resuelto empuñar las armas para defender los derechos de Dios y de su pueblo, y en la atmósfera de odio creada por el callismo se oyó el grito que miles de hombres iban a ratificar con su sangre:

¡Viva Cristo Rey!

8

"Nos Veremos en el Cielo"

"¿QUÉ HOMBRE ha sido más amado que Jesucristo? Incalculable es el número de quienes le han dado el testimonio de la sangre, porque el período de los mártires no se cierra con Constantino, porque en todas las épocas de la historia ha sufrido la Iglesia persecuciones tan pérfidas como la de Decio y tan sanguinarias como la de Diocleciano; y, sin ir más allá del siglo XIX, Cristo ha encontrado en China, en Tonkín, en las Indias, en Africa, testigos tan heroicos como en los tiempos de Nerón y Domiciano. Pero hay una prueba de amor, superior aun al sacrificio de la vida: es el don total de sí mismo; y Jesucristo es el único en pedirla y obtenerla de millares de seres humanos que aspiran a grabar en sí mismos la imagen del Crucificado. 'Anatema, dijo San Pablo, para quien no ame a Nuestro Señor Jesucristo' " [17].

Ciertamente, nadie ha sido más amado que Cristo Nuestro Señor; pero pareció por un momento de la historia del género humano, que una nación le odiaba, una pobre nación que había surgido del amor de sus apóstoles, una nación llamada México. Anatematizada, maldita para siempre hubiese quedado nuestra patria si contra el testimonio del odio no se hubiese levantado el testimonio del amor, el heroico testimonio de los mártires que al grito de

---

[17] PRAT, FERDINAND, *Jesucristo.*

¡Muera Cristo! respondieron ¡Viva Cristo Rey! y murieron con estas palabras en los labios.

De esta manera, si Calles y su facción revolucionaria escribieron una de las páginas más negras de nuestra historia al perseguir con saña vesánica a Cristo y a su Iglesia, los mexicanos que dieron testimonio de su amor al Crucificado muriendo por él, escribieron la página más hermosa de nuestra historia independiente, y salvaron a México del anatema que hubiese caído sobre él.

A Luis Navarro Origel toca la gloria de haber sido el primero de todos los mexicanos en tomar las armas para ofender con ellas a los que a Cristo ofendían y odiaban.

Conocemos la objeción que a la actitud bélica de los cristianos de México han hecho sus mismos enemigos. ¿Cómo podían matar —preguntan— en nombre de la religión del Crucificado, que es religión de amor y de misericordia y de perdón? Si hubiesen sido verdaderos cristianos se habrían dejado matar, como los de los primeros siglos, que jamás resistieron al mal, que inclinaban dócilmente la cabeza al hacha del verdugo o se dejaban devorar por las fieras en la arena del circo.

A esta objeción responderíamos, en primer término, que en las páginas de la historia de la persecución abundan los nombres de los mártires que no resistieron al mal, que fueron al lugar del sacrificio con la mansedumbre, la docilidad y la alegría de los mártires de todos los tiempos. Escogemos, al azar, los casos de fray Junípero de la Vega y de fray Humilde Martínez, asesinados en Michoacán; del Padre Solá, misionero español, arrancado de su casa de oración en León y asesinado en Silao juntamente con el Padre Trinidad Rangel, humildísimo vicario que no cometió otro delito que el de ejercer su ministerio. Y como estos mártires hay otros muchos, cuyas biografías pueden leerse en los libros que se han escrito y publicado acerca de ellos [18].

Pero no sólo hubo mártires que murieron como los cristianos

[18] Véase *El Clamor de la Sangre*, de Joaquín Blanco Gil, y *Los Mártires Mexicanos*, del P. Joaquín Cardoso, S. J., espléndidos libros que no deben faltar en los hogares mexicanos.

de los primeros siglos, inclinando mansamente la cabeza ante el verdugo. También hubo guerreros, y la guerra es lícita cuando se hace por una causa justa. Dios mismo la autorizó, ya que en la Sagrada Escritura se lee que "nos vale más morir en el combate, que ver el exterminio de nuestra nación y del santuario" [19].

Luis Navarro Origel decidió ser guerrero, y fue justa y loable su decisión porque es justo, a la luz de la doctrina católica, el acto de levantarse contra un gobierno tiránico cuando llega a ser intolerable, esto es, cuando hay un exceso de tiranía, y la de Calles era ya verdaderamente insufrible para cualquier hombre que tuviese dignidad.

Lo que pasa hoy en los países dominados por el bolchevismo no es más degradante, ni más opresivo, ni más cruel que lo que pasó bajo el gobierno de Calles en la República Mexicana. Si el lector duda, me permitirá que invoque mi propio testimonio porque yo conocí la persecución en todo su furor.

El Bajío fue una de las regiones más castigadas por el tirano. Yo vivía en un pequeño pueblo del estado de Guanajuato. Mi madre, viuda, pobre y cargada de hijos, jamás permitió que fuéramos a la escuela oficial porque era laica, aunque gratuita, de modo que recibimos instrucción primaria en una escuela particular, que pagaba mi madre no sé cómo. Un día de agosto de 1926 íbamos alegremente camino de nuestra escuela cuando una persona nos detuvo para decirnos en secreto que volviéramos prontamente a nuestra casa porque el edificio estaba en poder del gobierno, y los profesores —unos venerables ancianitos que durante cincuenta años habían ejercido el magisterio en mi pueblo— detenidos. Volvimos a nuestra casa y nos enteramos entonces de que la escuela había sido clausurada, en aplicación de la llamada *Ley Calles* porque los inspectores de educación habían descubierto en el salón de clases, presidiéndolo, un crucifijo.

Los profesores quedaron en libertad, pero la escuela no abrió más sus puertas, y desde entonces recibíamos clases a escondidas,

---

[19] *Macabeos,* Lib. I, Cap. III, 59.

en los desvanes de las casas, o en algún corral, siempre azorados, temiendo que nos descubrieran y nos castigaran.

Los domingos mi madre nos llevaba a oír misa a alguna capilla clandestina, muy de madrugada y tomando precauciones para evitar que el sitio fuera denunciado. El sacerdote celebraba a veces sin casulla, sólo con roquete y estola, o en traje civil a veces, enmedio de una gran zozobra de los fieles, que temíamos que de un momento a otro *cayera* la policía, detuviera al sacerdote y lo matara.

Tuve la dicha de conocer al Padre Trinidad Rangel, de cuyas manos recibí alguna vez la Sagrada Comunión. Era muy joven, recién salido del seminario. Recuerdo muy bien su figura delgada, la suavidad de su palabra, la beatitud que irradiaba su persona. No quiso el Padre Rangel huír cuando el culto público fue suspendido y se quedó en el pueblo ejerciendo su ministerio. Celebraba misa, auxiliaba moribundos, bendecía matrimonios. Su presencia fue delatada al general Amarillas, jefe de armas, que ordenó su captura; el humilde sacerdote fue detenido y asesinado en la mañana del 24 de abril de 1927, juntamente con el Padre Solá y don Leonardo Pérez Larios.

Don Rafael Chowell era un hombre que pertenecía a mi familia. Cristiano sin ostentación y sin disimulo, continuó observando sus prácticas piadosas después que "sopló el viento del infierno". Un día fue al Cubilete a orar, ante el destruido monumento a Cristo Rey, en compañía de sus hijas. Había una guardia de soldados, con órdenes de alejar a los peregrinos. "Retírese", le ordenó uno de ellos a don Rafael, que serenamente respondió: "En seguida que terminemos nuestras oraciones. No hay ley que nos prohiba esto". Su contestación acreditó que era hombre digno, incapaz de ceder por miedo en lo que era su derecho, lo cual fue bastante para que se le sentenciara a muerte. Un día de mayo de 1927 los esbirros invadieron su casa en Guanajuato, secuestraron a don Rafael, arrancándole materialmente de los brazos de sus hijos, y lo condujeron a León, con otros dos presos, don Juan Almaguer y don Juan Chagoya. Varias de sus hijas le siguieron hasta León y

se presentaron en el cuartel, ante el sicario, abogando por la vida de su padre. Fueron detenidas también. En la madrugada del 5 de mayo, don Rafael Chowell fue cobardemente asesinado, con las otras dos personas, en las afueras de la ciudad de León [20].

Esta era la verdadera *Ley Calles*: matar sin proceso, sin oír siquiera al supuesto acusado en defensa, sin permitirle la menor oportunidad de demostrar su inocencia. La *Ley Calles* equivalía a la barbarie más sanguinaria, al crimen como sistema político.

En la plaza de mi pueblo vi yo varias veces, con mis ojos de niño, atados a parihuelas de ramas, en exhibición, cadáveres de humildes campesinos descalzos, bañados en sangre, acribillados, que llevaban al cuello un rosario o un escapulario. Eran *cristeros*, según los partes oficiales, y se exhibían sus despojos *ad terrorem*.

Estas son algunas de las escenas que recuerdo de la persecución callista.

¿Podía vivirse bajo tan brutal tiranía?

¿Se necesitaba que un hombre no tuviera ningún respeto por sí mismo, ni por su familia, ni por el decoro de su país, para soportar tan grande ignominia. Oír misa a escondidas, temiendo el asalto de los esbirros; tolerar el cierre de escuelas, el homicidio alevoso de nuestros parientes, la ensañada persecución y la muerte de humildes sacerdotes que cumplían su deber, la vejación de nuestras mujeres, el despojo criminal de nuestra libertad y nuestros bienes, eran afrentas que no podían sufrirse.

Luis Navarro Origel fue el primero en alzarse contra régimen tan oprobioso, en nombre de todos los mexicanos.

Una luz de esperanza brilló en el cielo de México cuando corrió la noticia. Recuerdo que las gentes iban repitiendo de boca en boca la estupenda nueva:

—¡Se levantó Luis Navarro Origel! ¡Pénjamo fue tomado por Luis Navarro Origel!

Al fin había un hombre capaz de luchar con las armas en la mano contra el asesino Calles. Al fin surgía un libertador.

---

[20] Véase *Los Mártires Mexicanos*, del P. Joaquín Cardoso, S. J., p. 255.

Fue el 29 de septiembre de 1926.

Cómo llegó Luis Navarro a la decisión de combatir al tirano —y de morir por su fe—, nos lo refiere su esposa en el sencillo relato que a continuación transcribimos:

"Desde que empezó la persecución, Luis varias veces me dijo: 'Ha llegado mi hora, Dios nos pide un supremo sacrificio'. Yo callaba, viéndolo trabajar incansablemente en el cumplimiento de las órdenes de la Liga. El día en que se suspendieron los cultos fuimos los dos con nuestros hijos a la iglesia, como a las ocho de la noche. Luis oró fervorosamente, con lágrimas en los ojos, y me dijo: 'Ofrezcámonos como víctimas para que Jesús vuelva a los sagrarios y nuestros hijos lo amen y lo conozcan'.

"Siguió trabajando como pocos. Fue a la Capital dos veces. Yo adivinaba lo que hacía y lo que pensaba, pues él no se resolvía a comunicarme sus planes, y yo no me atrevía a preguntar. Andaba pensativo, sin hablar, con una preocupación honda. Por fin un día no pudo callar más, y me dijo: 'Tengo que confiarte un secreto; tú ves la situación de la Iglesia y yo no puedo ser ajeno a lo que ella sufre. Siento un llamado de Dios interiormente, que me pide mi sangre y mi vida. Si yo desoigo este llamado, me condenaré irremisiblemente. Carmela, me voy a levantar en armas. Todo lo estoy preparando, pero antes de ejecutar mi proyecto quiero tu aprobación, pues tú te sacrificarás conmigo. Piénsalo delante de Dios y resuelve después de haberlo pensado.

"Todo esto lo oí de él bañada en lágrimas. Así nos separamos aquel día, 2 de septiembre de 1926. Así pasaron otros dos. Yo casi no dejaba de llorar cuando él no me veía; le pedía a Nuestro Señor que me diera fortaleza; no quería quedarme atrás en el sacrificio, pero veía un abismo abierto a mis pies, la orfandad de mis hijos, mi viudez.

"Una noche, después que habían pasado dos días sin que nos habláramos, casi sin dirigirnos la palabra, él me dijo: 'Me muero de angustia por saber tu respuesta'. Yo le dije: 'Estoy dispuesta al sacrificio. Si El te lo pide a ti, a mí también porque soy parte tuya'. El se alegró mucho y me dijo entre besos: 'Te quiero por esto mil

veces más'. Desde ese día no hubo un momento de incertidumbre. Me contaba sus proyectos, sus dificultades. Un día me dijo: 'Cuando mis hijos sean grandes, les dirás: su padre murió por dejarles la fe'.

"En otra ocasión llamó a las niñas y le dijo a Lupe, la mayor, de seis años: 'Hijita, prométeme rezar mucho por mí, aunque yo no te vea. Me iré lejos, tienes que dar buenos ejemplos a tus hermanos y amar mucho a tu madre. Si muero pronto, le pediré a Nuestro Señor me deje estar junto a ustedes para protegerlos'.

"El 27 de septiembre de 1926, antevíspera del levantamiento, se acercó a los niños que dormían, los besó, y cogiéndose la cabeza con las dos manos, decía: 'Señor, si es posible aparta de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya'.

"Seis meses antes de esto ayunaba diariamente y dormía sin colchón, y hablando sobre esto me decía: 'Ya estoy acostumbrándome a no comer y a no dormir en blando; así soportaré todo lo que venga'.

"En la mañana del 27 de septiembre fuimos a misa a un oratorio. Entonces ya lo acechaban los enemigos, que conocían todas sus actividades. De pronto, yendo por las calles, sentimos pasos como de alguien que nos seguía. Luis se llevó la mano a la pistola. Le pregunté ¿qué pasa? Me contestó: 'Iban a matarme'. Yo me fui cuidándole las espaldas. Después me dijo: 'Preferiría que me mataran por la espalda que ir a matar gente'.

"Al anochecer vino a la casa y me dijo que se iba a la velación nocturna. Se despidió de mí y de los niños, que estaban por irse a la cama. Yo me quedé en la puerta, él volvió y me dijo: 'Del chiquito no me despedí ni lo bendije'. Lo tomó en sus brazos, lo besó repetidas veces, lo bendijo y se marchó de nuevo.

"Al día siguiente empezaron a correr rumores de que no había comunicaciones, que los cables de telégrafos y teléfonos estaban cortados. Serían las ocho de la mañana cuando se oyeron los primeros tiros. El tiroteo duró como una hora. Después de un tiempo que me pareció muy largo, Luis llegó a casa a recoger sus cosas. Los niños se le abrazaban a las piernas y todos le hacían pre-

guntas. Yo lo veía y lo veía como si hubiera querido verlo por toda la vida, y él me dijo: 'Es una enorme empresa conseguir la libertad de la Iglesia. Anoche muchos se me *cuartearon*'. Se cambió de ropa, se puso un pantalón de montar y tomó unos prismáticos. Entonces le dije: 'Se sabe que vienen los del gobierno, ¿qué vas a hacer?' Me respondió: 'Nos vamos a las montañas. No te encargo ni te confío a nadie. Te dejo en las manos de Dios, con nuestros hijos. Guarda este dinero fuera de casa porque si te la queman tendrás siquiera para comer al día siguiente'.

"Ya casi en la puerta de la casa, desprendiéndome de sus brazos —que nunca volvería a estrechar— le pregunté: 'Y ahora, ¿cuándo nos volveremos a ver?' El me respondió, con dolor pero al mismo tiempo con grande serenidad: 'Aquí no, Carmela; nos veremos en el Cielo'.

"Montó su caballo, le dio con la cuarta para que saliera pronto, y yo con mis cuatro hijos lo vi caminar hasta que se perdió de vista a lo largo de la calle, para no verlo nunca más".

El anterior relato nos permite conocer la intimidad de Luis Navarro Origel en los días que precedieron al alzamiento, y es un testimonio elocuente acerca de su generosidad sin límites y de la perseverancia de un propósito que apuntó desde su adolescencia: morir por la fe.

Conviene advertir, primeramente, que Luis Navarro se ofrece a sí mismo y a los suyos como víctimas. "Por la sangre vendrá la redención", repitió luego muchas veces; y estuvo pronto a dar la suya para que Dios se compadeciera de México y diera libertad a la Santa Iglesia. Se decide a sacrificar una vida feliz; tiene una esposa a la que ama profundamente y cuatro hijos pequeños que son otros tantos amores tiernísimos. Es un hombre en la plenitud de sus fuerzas, no le faltan bienes de fortuna, y todo esto le promete un porvenir dichoso sobre la tierra. A todo renuncia. ¿Cómo explicarse esto? Sólo se explica por una razón: Luis Navarro había grabado en su alma las palabras de Cristo: *"Si alguno de los que me siguen no aborrece (o no ama menos que a mí), a su padre, y a su madre, y a la mujer, y a los hijos, y a los hermanos y*

hermanas, y aun a su vida misma, no puede ser mi discípulo". (Luc. 14, 26).

Pagar una deuda es de justicia; dar más de lo que se debe es generosidad o gratitud; darlo todo sin tasa es amor. Pues bien, Luis Navarro Origel lo dio todo, sin tasa, porque amaba a Dios sobre todas las cosas.

No quiere matar. "Prefiero que me maten por la espalda que ir a matar gente", le dice a su esposa. Pero considera que es necesario que alguien se alce en defensa de los ultrajados derechos de la Iglesia, y empuña las armas. Sabe que va a morir. Los tiernos bracitos de sus hijos y el amor a su esposa lo retienen por un momento, lo atan a su hogar feliz, pero suavemente deshace estos lazos y se marcha. Quiere ser discípulo de Cristo, quiere desagraviarlo de las enormes ofensas que ha recibido y con ello librar del anatema a su patria, es decir, asume voluntaria y heroicamente el carácter de víctima propiciatoria. Y quién sabe qué fuera de México de haber faltado hombres como Luis Navarro Origel.

Los últimos momentos que pasa con su familia, ya hecho el levantamiento, pues han sonado los primeros tiros, son de amargura. Las cosas no habían salido como él cuidadosamente las planeó. Muchos se me *cuartearon*, se queja con su esposa. Y fue que un jefe subalterno, a quien le había dado orden de que fusilara a unos traidores que pusieron en manos del enemigo a los sacerdotes de Cuerámaro, por debilidad o por verdadera indisciplina, los dejó libres, y los dichos traidores dieron parte al general Amarillas del camino que seguirían los alzados. Esto permitió al general Amarillas movilizar sus tropas, poner una emboscada a los alzados e infligirles una derrota que los obligó a huír del Bajío.

Luis Navarro, sin embargo, tomó Pénjamo a mano armada, aniquilando a la defensa local y apoderándose de los elementos de guerra de que disponía el gobierno. Sostuvo un combate en Cuerámaro y otro en Barajas, y pudo protegerse la retirada cerca de Corralejo, donde Amarillas lo sorprendió cuando cruzaba la vía del ferrocarril.

La gente se desbandó. Sólo quedaron los cuatro hermanos Navarro: Jesús, Manuel, Luis e Ignacio. Jesús cayó del caballo y fue pisoteado por la caballería de los perseguidores. Se salvó de milagro. En compañía de Manuel, Jesús se fue a los Estados Unidos, de acuerdo con las instrucciones de Luis, quien se quedó con su hermano Ignacio, el que habría de ser su compañero hasta la muerte y quien también moriría por Cristo Rey.

Luis Navarro, como se lo anunció a su esposa, decidió dejar las grandes llanadas del Bajío e internarse en la sierra, hacia Michoacán, para organizar su guerrilla con la que se proponía debilitar las fuerzas callistas.

Así comenzó su vida de soldado y una campaña que terminaría con su muerte gloriosa.

9

Hacia la Cumbre

AHI VA, montado en su caballo, sin otra compañía que la de su hermano Ignacio, Luis Navarro Origel, hacia el sur de Pénjamo, por tierras de Michoacán. Llegó a Uruapan, donde estuvo dos días, y partió en seguida al cerro de Tancítaro, en la cañada del Durazno, cerca del sitio donde años más tarde haría erupción el volcán del Paricutín. En ese lugar había un aserradero, perteneciente a Leopoldo y Daniel Navarro, primos de Luis, que acogieron bondadosamente al perseguido por las tropas callistas. Ahí fue el refugio del héroe, durante seis meses, tiempo que empleó en prepararse espiritualmente para continuar la hazaña empezada. Sólo dejaba su refugio para comulgar en San Juan Parangaricutiro, el pueblo sepultado hoy por la lava del volcán.

Los seis meses que pasó Luis Navarro como un solitario de la Tebaida, enmedio de los espléndidos paisajes de la sierra de Michoacán, son quizá la etapa más interesante de su corta y fecunda vida porque es el tiempo en que se acendra su espíritu, se purifica en las llamas del amor sobrenatural, se desase —y se deshace— enteramente de todo lo terreno, inclusive de lo que más quiere en este mundo —su esposa y sus hijos, amores que sobrenaturaliza— y asciende a la cumbre que sólo pisan los grandes ascetas. Cuando se ha cumplido este proceso ciñe la espada del Cruzado y va a combatir a los que a Cristo odian y persiguen.

Para conocer los estados de ánimo de Luis Navarro Origel du-

rante este período de penitencia y expiación disponemos de preciosos documentos. Son las cartas que el héroe escribió a su esposa. Tenemos que decir, primeramente, que son las cartas de un amante apasionado. Luis emplea el melífluo, el delicado lenguaje de todos los enamorados; repite una y cien veces las palabras que los enamorados nunca se cansan de escuchar. Tomemos, al azar, unos párrafos de esas cartas que muestran la ternura de su alma:

...y creías, chiquitita mía amadísima, que tus amadas cartas podían hacerme mal, cuando han venido a ser la fuerza misericordiosa de que Dios se ha valido para unirnos más, para identificarnos más y hacernos por fin un solo corazón, una sola alma, con un mismo ideal, con idéntica ansia infinita de conseguirlo: nuestra santificación y la salvación de la Patria amada, y la liberación en ella de nuestra Madre la Santa Iglesia... ¿cómo podrán hacerme mal? Si como es la lluvia a la tierra cuando está más reseca y ávida de agua, si con la avidez que la absorbe así ha querido el Señor darme la dicha de recibir tus amadas cartas, que son para mí mayor tesoro que el pan para el hambriento, y las devoro con mayor placer y fruición que el que siente que va a perecer de sed al beber un vaso de agua... ¿no ves que tú eres mi rocío, mi alimento, mi amor? ¿No sabes que estoy sediento y hambriento de ti, mi bien, y que necesito al menos de tus letras amadas para embriagarme de ti, alimentarme de ti, empaparme en ti y entregarme a ti? Y ahora más, mucho más, pues aunque muy indignos y miserables, nuevamente nos hemos fundido en una nueva íntima unión, al ofrecernos víctimas al Señor Omnipotente... Yo también hace mucho que no pido otra cosa al Señor: que tú, mi amada esposa, tus hijos y yo, no volvamos a ofender a Dios, que le seamos muy agradables, que El nos haga templos vivos de la Santísima Trinidad... que nos mande la muerte, todas las penas, todos los dolores, en el alma y en el cuerpo, todo, todo, menos desagradarlo, contrariar su

santísima voluntad... (Carta fechada el 1 de febrero de 1927).

En otra carta (6 de febrero del mismo año), exclama:

Esposa mía, el único y apasionado amor, amor de mi vida, la vida de mi vida, mi Santa compañera desde mi niñez...

Todas están escritas en el mismo lenguaje, desde el primero hasta el último renglón; se repiten constantemente las promesas de amor y de fidelidad; pero de un amor que ya no es de este mundo, que se ha conjugado e identificado con otro superior, supraterreno. Así lo declara Luis cuando dice:

Le pido al Señor y le digo que prefiero mil veces que El permita todos los males posibles: enfermedades, penas morales y físicas, todo, todo, la muerte para ti, mi encantadora mujercita, para tus amados hijos y para mí, antes que volverlo a ofender. En fin, amada mía, no quiero quedar lejos de ti, y por eso le pido constantemente a N. S. que nos siga uniendo más y más en nuestros dolores: que si en su inmensa bondad me permite derramar mi pobre sangre indignísima por el amor de su Smo. Nombre, que a ti también te haga llegar a la patria coronada por la espléndida corona del martirio, así como a los demás pedazos de nuestras entrañas. (7 de marzo de 1927).

¿Qué fenómeno es éste?, preguntará el lector que no esté iniciado en el camino del amor espiritual, que es pura negación de sí mismo, que es entrega y dación total, que es caridad ardiente. El fenómeno resultará inexplicable para los que sólo sepan del amor sensual, meramente animal, egoísta, cien por ciento terreno. Pero me parece que puede explicarse diciendo que Luis Navarro siguió la parénesis de San Pablo, que no es otra que la imitación de Cris-

to: *"Imitadme, como yo imito a Cristo"* (I, Cor. XI, 1). Y como Cristo, siendo Dios, se entregó a sí mismo por amor al hombre, imitarle es entregarse, darse enteramente, ser crucificado como El. Luis Navarro confirma esta idea al reproducir en su citada carta del 1 de febrero las palabras del *Introito* de la Misa del día: "No permita Dios que me gloríe sino en la Cruz de N. S. J. C., por quien el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo" (Gal., 6, 14).

Esta idea de que la redención de uno mismo y la redención de México ha de ser comprada a precio de dolor es la idea central, el *leitmotiv* que anima las determinaciones de Luis Navarro Origel.

El 4 de octubre de 1926, o sea a los cinco días de su partida de Pénjamo, escribe a su esposa:

> *Amadísima mía: complácete sinceramente en Nuestro Señor Jesucristo porque has sido encontrada digna de padecer por El, así es que por su amor desea cada día encontrar nuevos dolores, mayores penas. A mí ciertamente no me han faltado, pero todo empieza a parecerme poco para ofrecerlo al Señor, porque hay que tener el convencimiento de que solamente el dolor redime a nuestra amadísima Patria; para que resurja, para que se redima, necesita que muchos de sus hijos ofrezcan sus penas y dolores.*
>
> *Chucho* (—uno de los hermanos—) *nos falta; lo vimos caer con todo y caballo y aunque no estaba herido, según me dijeron, temo ya no viva. Yo se lo encomendé a María Sma., pero si ya consumó su sacrificio, cuánto le envidio, dichosísimo de él...*

En la carta de la Fiesta de Todos Santos (1926) pide la muerte diciendo:

> *Ruégale que nos libre ya, y si posible fuese a todos nuestros chiquitines, de esta cárcel de barro, como la llama S. Pablo, y que nos reunamos otra vez, para no separarnos jamás en*

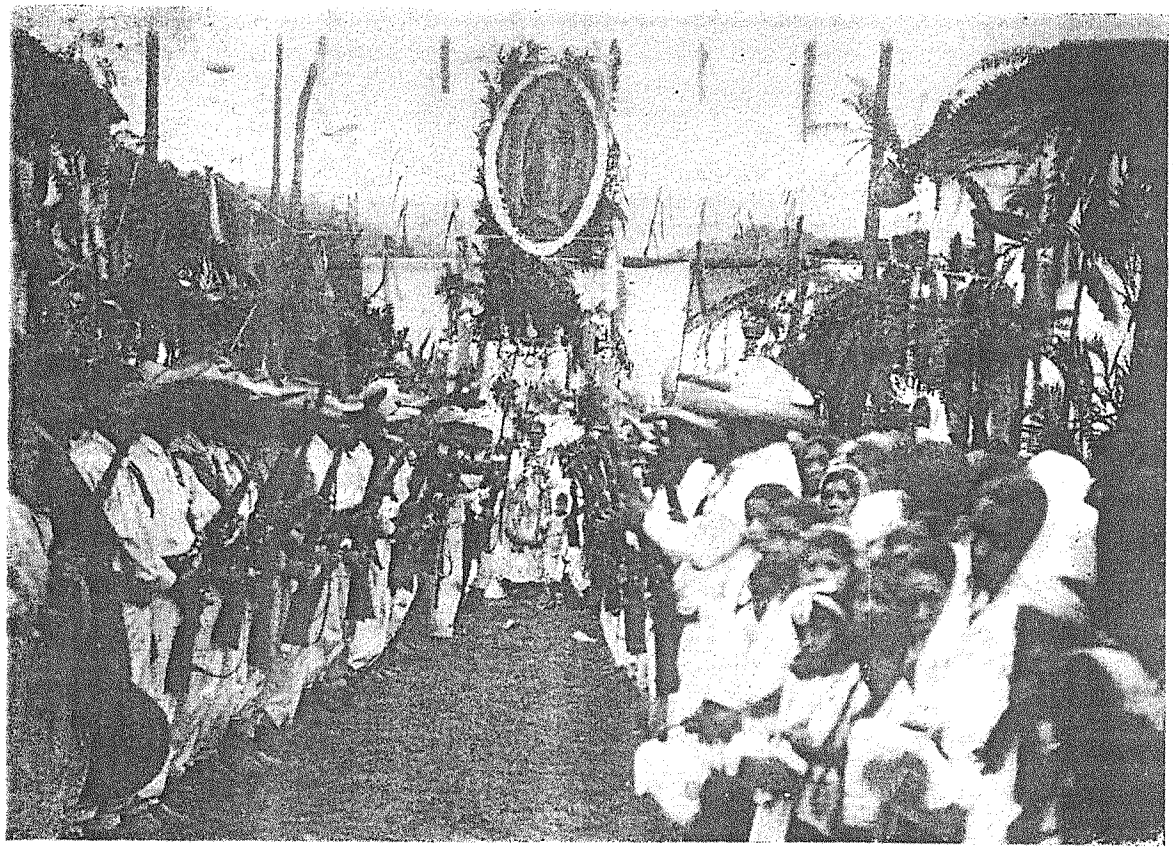
el Seno amorosísimo de Dios, y que se haga entre tanto en nosotros día a día hasta el último momento de nuestras vidas su Sma. Voluntad en nosotros...

El 9 de noviembre insiste en la idea de la redención por el dolor con estas palabras:

...la felicidad de mi amadísima Patria, yo sé que vendrá y no me cabe la más pequeña duda, y no le he pedido nunca con ansias de mi corazón al Señor que me deje llegar a ese día, sino a lo que ya he visto: que empiecen las donaciones más o menos grandes y las penas no tardarán en generalizarse, donaciones voluntarias y penas de todos sus hijos, que harán el milagro de la resurrección indudable de nuestra Patria ahora afligida y humillada; pero grandiosa y feliz en no lejano día venturoso para ella...

En la carta a su madre, escrita el 12 de noviembre, Luis Navarro le dice:

Verdaderamente es grande la predilección de amor de Nuestro Señor para usted, mi amadísima mamacita, y por él debe sentirse santamente orgullosa; no por nosotros, ciertamente, cuya insignificancia espiritual es manifiesta, pues empezamos apenas a recorrer ese camino y al presente apenas si sabemos hacer solitos, *no, no es por eso por lo que debe sentirse orgullosa, sino por la manifestación clarísima y casi constante del amor singular, de predilección de N. Señor por usted, porque gran signo de amor es el dolor, madrecita de mi alma, y a Ud. casi nunca le han faltado grandes dolores, y los que ahora le afligen no son del todo pequeños. ¡Ay de las almas y de las naciones que no sufren! Son almas perdidas espiritualmente: claro está que no es preciso que los dolores sean públicos y ostensibles, y que hay dolores íntimos y secretos, enteramente ignorados que muchas veces martirizan más el alma del que los*



TROPAS CRISTERAS

. . .nunca recibieron un cartucho; se los quitaban a los callistas. . .



LA VIUDA Y LOS HUERFANOS

...hay que ofrecerse en holocausto por los pecados de México...

sufre que otros manifiestos que sean juzgados por insufribles. A mi encantadora y santa mamacita nunca le han faltado de unos o de otros, pero casi siempre extraordinarios, o por lo menos mayores de los que afligen al común de los mortales, por esta razón con toda mi alma la felicito y la envidio, y le ruego a Cristo Jesús, que nada sabe negar cuando sinceramente se le pide, que nos permita seguir a mi santa y amada esposa, a nuestros hijos y a mí las huellas de Ud., y que El por su parte se digne distinguirnos, como a usted, amadísima, con singulares aflicciones que logren hacer crecer extraordinariamente nuestras almas... ¡Cómo la felicito por sus penas, que estoy seguro Nuestro Señor con ellas le dejará gustar: amargura, sí, pero inefable...

Acerca de la pena que causa el abandono de los demás, y a propósito de una carta de su esposa en que le narra sus desengaños, Luis Navarro escribe:

Me dices que has recibido muchos desengaños y realmente no debías nombrarlos así, pues te acuerdas de nuestras pláticas de los últimos días que tuvimos juntos, en que los dos nos dolíamos anticipadamente de que no ya loco, sino criminal iluso, y sin seso y responsable de no sé cuántos graves y trascendentales trastornos iban a achacarnos y hacernos culpables, y aun llamarnos causantes de muchos males, aun los que se llamaban nuestros amigos, aun los que tienen o decían tener nuestras ideas y convicciones? Esos tales no ven sino la punta de su nariz. ¿De qué, pues, te admiras que empiece a suceder lo que habíamos previsto, lo que teníamos la seguridad que sucedería? Aun alégrate, como con grande dicha mía dices en tu encantadora cartita: 'pero me siento feliz sabiendo que todo es POR EL'. Así, elegida de mi corazón, así quiero siempre oírte hablar... Gózate en ellos (en los desengaños), y aun está prevenida para esperar aquéllos que ya nos anuncia nuestro amadísimo y amorosísimo Señor Jesús: (Sn.

Lucas XXI-9-19) 'Se apoderarán de vosotros y os perseguirán, y os entregarán a las sinagogas y meterán en las cárceles, y os llevarán por fuerza al tribunal de los reyes y gobernadores por causa de mi nombre, lo cual os servirá de ocasión para dar testimonio de mí. Por consiguiente, imprimid en vuestros corazones la máxima de que no debéis discurrir de antemano cómo habéis de responder, pues yo pondré en vuestra boca las palabras y una sabiduría a que no podrán resistir y contradecir todos nuestros enemigos. Y lo que es más (y el mismo sagrado texto subraya, para llamar la atención sobre él), seréis entregados a los magistrados por vuestros mismos padres y hermanos y parientes y amigos, y harán morir a muchos de vosotros, de suerte que seréis odiados de todo el mundo por amor a mí; no obstante, ni un cabello de vuestra cabeza se perderá. Mediante vuestra paciencia salvaréis vuestras almas.

Concluye Luis Navarro: "Las palabras de Dios son inefables, y en ellas sí descansa nuestro corazón y se abandona confiado... Así que son en verdad deseables tales desengaños y que se multipliquen y lleguen de los más queridos".

Largos y tormentosos días pasa Luis Navarro enmedio de la soledad en que vive pensando en su propia inutilidad, y le duele llegar a la conclusión de que muy poco puede ofrecer. Reconoce que su corazón es un "hervidero de gusanos", un "semillero de orgullo, necedad, ira" y se contrista profundamente al llegar a la convicción de que es pura miseria, pero al fin halla el medio de consolarse. Dejemos que él mismo refiera este proceso interior:

Quisiera que... ese pudridero que es mi corazón supiera y pudiera amar a Dios N. S. con un amor inmenso, sin medida, tan grande que llegara a ser monstruoso, imposible, pues quisiera ¡torpe empeño e imposible deseo!, quisiera amar a Dios con amor infinito... pero, pobre de mí, soy tan miserable que (eso) no pasa de ser un gran anhelo... Jesús, en su compasión tan grande, me ha inspirado una sutileza que hará

posible explotar mi gran miseria, y esa misma miseria ahora sí creo que será útil a nuestra santa Causa, por la que estamos tú y yo, y debemos estar cada día más enamorados. Has de saber que quizá por mi mismo espantoso orgullo quisiera servir inmensamente a la gloria de Dios aquí, quisiera amarlo como tú sabes y te lo repito, hasta lo que es imposible; y al ver que para nada sirvo, que ninguna utilidad o muy insignificante podré aportar a su Causa santísima, tú comprenderás que me lleno de tristeza, de angustia muy grande, de dolor; pero, repito, el Señor Jesús bondadosísimo me ha sugerido una argucia para vencer mi impotencia, para hacer grande y provechosa mi miseria, pues ahora sí puedo ofrecerle algo efectivo, algo que palpo y siento a cada instante y que es muy grande y vehemente: mi angustia, mi dolor. Y le ofrezco al Divino Jesús mi tristeza por no serle útil, mi angustia de no servirle, el gran dolor de mi impotencia o de mi insignificancia. Y ahora sí... me siento feliz pues he encontrado el secreto de ofrecerle al Señor algo muy grande, aunque su grandeza sea precisamente mi miseria, mi gran miseria, mi gran dolor por mi insignificancia. (Carta a su esposa, fechada 26-XII-26).

Cuánto haya sufrido Luis Navarro en estas meditaciones, se deja ver a través de las anteriores líneas, que al mismo tiempo nos revelan el grado de perfección espiritual que había alcanzado. ¿Por qué caminos? por los de la penitencia y la mortificación de la carne. Durante los seis meses que pasó en la Sierra estuvo librando, todos los días, el combate del cristiano, o sea el combate entre las dos partes opuestas de nosotros mismos: la carne y el espíritu, el hombre viejo y el hombre nuevo, o sea entre la naturaleza humana viciada por el pecado e inficionada por la concupiscencia, que es principio de muerte, y el espíritu. Ahora bien, "el trabajo del cristiano consiste en mortificar sin cesar su carne para hacer vivir el espíritu, en despojarse más y más del hombre viejo, que ha sido sepultado con Cristo, para revestirse del hombre nuevo". Este es el

trabajo al que se aplica Luis Navarro, que se ve asaltado por el enemigo y que lucha formidablemente con él. Hay una carta preciosa, escrita el 30 de diciembre de 1926, en la que describe a su esposa estos combates. He aquí algunos párrafos:

Solamente el huír las ocasiones y la gracia divina son capaces de hacernos triunfar de la terrible pasión de la carne. Y esto, es decir, el huír a tiempo y conseguir la gracia divina, únicamente lo conseguirás mortificando la carne, sacrificándola. Yo he sido terriblemente combatido, y ya puedes imaginarte mis mortales angustias, conociéndome como me conoces, más flaco y miserable que tú en todos sentidos. Además, la soledad grandiosa de estos parajes, la inmoralidad de la generalidad de las mujeres, la confianza y el cariño desmedido de las pocas que están en mi próximo trato diario, pues ya sabes lo que me creen, y por último y principalmente la ociosidad, la falta de ocupación precisa y obligatoria, han hecho que sea espantosamente combatido; pero procuro ocuparme lo más que puedo, leo y excursiono a veces exageradamente, ya recuerdas mi afición. Pues hasta cansarme, hasta agotarme casi, camino a veces en estas abruptas regiones. Casi todo el día, aunque camine, descanse, etc., procuro rezar, es decir, levantar mi corazón a Dios y pedirle mercedes, como define el catecismo la oración... Y por último: ayunar, y sobre todo azotar diariamente la carne y ante todo y sobre todo reconocer nuestra miseria y que verdaderamente nada podemos por nosotros mismos, pero que, como decía San Pablo, todo lo podemos en Aquel que nos conforta...

En seguida aconseja a su esposa sobre cuál penitencia conviene que haga y cuál no, y agrega:

Los azotes tampoco los quisiera para ti; pero ya tú lo verás; más bien pídele un cilicio a mi mamacita y úsalo a veces, que lo otro lo haré yo por ti. Además, te advierto si lle-

gas a hacerlo (al menos a mí me pasó) que al principio, la primera vez que me azoté por mucho que lo hice, en número muchas veces mayor que como lo he seguido haciendo, a pesar de todo fui más rabiosa y terriblemente combatido; te lo digo para que no te desalientes...

Las anteriores confidencias nos muestran cómo se preparó el soldado cristiano para la batalla: librándola primeramente contra sí mismo, crucificando la carne. Sufre los asaltos de este enemigo, huye; camina hasta caer rendido, se flagela, ora. Y logra la victoria. Luis Navarro, según lo revela en otras cartas, se mantuvo casto y fiel a su esposa desde que se separó de ella. ¡Pero qué gran atleta del espíritu tuvo que ser!

La repugnancia al pecado mortal se manifiesta en expresiones como la siguiente:

A todo renuncio, a todo, todo, menos a dos cosas: que si El lo quiere renuncio hasta lo imprescindible: tu amor, tu corazón, que con inmenso dolor pero con grande amor le ofrecería si El lo quiere, ese dolor incomparable, la falta de tu amor; pero a lo que no renuncio ni renunciaré nunca, es a lograr arrancarle a N. Padre amorosísimo la gracia de tu salvación y santificación, aunque sea al fin de tus días, y que no vuelva yo a ofenderlo con pecados mortales (Carta a su esposa, fechada 7-I-27).

En la misma carta aconseja a su esposa que vaya acostumbrando a los niños, por sacrificio, a comer una vez al mes, como allí dicen, *con sal,* es decir, solamente tortillas con sal. Por su parte, Luis Navarro practica el ayuno rigurosamente y sólo come arroz cocido o *morisqueta,* cuya receta da a su esposa.

Hay una observación muy atinada en la misma carta que venimos transcribiendo y es la siguiente:

Se acerca rapidísimamente la crisis que te hará sufrir extraordinariamente por cierto, pero que salvará también a

nuestra Patria. Pídele cada día con más ahinco y fervor al Señor por este su pueblo tan lleno de fe, aunque también de vicios y defectos, pero que bien dirigido y gobernado puede darle tanta gloria y ser un pueblo de santos.

De otras cartas espigamos las siguientes observaciones, que también nos parecen interesantes:

Tienes mucha razón de entristecerte por la abyección cada vez mayor de nuestra corrompida sociedad; dime si no debe sufrir todavía más esta Nación, si allí que es una sociedad escogida y moderadísima pasa lo que pasa ¿qué será en toda la extensión de la Patria? ¡Pobre Patria afligida! Duras penas pasará indudablemente antes de su purificación y liberación... Pero ésta vendrá y tú la verás libre y feliz. (18-I-27).

No estés desalentada por los acontecimientos que no se precipitan como quisiéramos; al contrario, ten presente que cualquier cambio tiene que desarrollarse muy lentamente cuando debe efectuarse en una nación, ¡cuánto más lento debería ser el que esperamos se efectúe en nuestra Patria amada, sobre todo si va a ser radical, completo!... debería ser por lo mismo muy lento y sin embargo, cada día lo veo más próximo, y que Dios, que hace maravillas sin necesidad de nadie, va a precipitar rapidísimamente el fin. Y sólo parece que espera que se embrolle un poco más la solución, o más bien que se haga casi insoluble nuestra situación nacional, para entrar a remediarla y se vea inevitablemente su mano santísima, y que así tengan que proclamarlo aun nuestros pobres hermanos, tantos de ellos voluntariamente ciegos (Id.).

¿En qué se ocupó Luis Navarro mientras estuvo en la Sierra, además de ejercitarse para sus próximas tareas? El mismo nos lo dice:

Mi ocupación, después de la oración, es: hacer bateas. Ya te tengo una gran cantidad, unas mal forjadas y otras mejores, porque soy muy violento y no sé hacer las cosas despacio. También empiezo a manejar regularmente el hacha y tengo unos cuantos días que un naturalito que sabe los dos idiomas, me empieza a enseñar el tarasco. También pretendo enseñarme a hacer tejamaniles. Mi estancia aquí creo y espero firmemente que toca a su fin. Bendito sea Dios, no porque haya sufrido extraordinariamente, sino tu separación, porque ya parece nos dará ocasión de seguir nuestro gran propósito: trabajar con nuestra insignificancia por El y por la Patria, y quizá admita también nuestra vida ofrecida en esa ara... Ofréceme tú, querida, sé por experiencia la eficacia de nuestro ruego, ofréceme tú y ofrécete tú conmigo y con tus hijos, como yo los ofrezco también. (15 de febrero de 1927).

Su absoluto desprendimiento de todos los bienes de este mundo se traduce en una oración que recomienda a su esposa en la carta de 12 de marzo, y que dice así:

Oh, Padre Eterno, si me fuesen arrebatados todos los bienes, yo te bendeciría; si perdiese mi salud, yo te bendeciría; si se incendiara mi casa y en ella se abrasasen todos mis amados hijos, yo te bendeciría; si muriese mi esposo, yo te bendeciría; si me fuese infiel y me cerrase su corazón para siempre, yo te bendeciría y alabaría tu Smo. Nombre.

La señora Navarro desea ver de nuevo a su esposo, lo cual es natural, y manifiesta este deseo en algunas de sus cartas; Luis no quiere disuadirla de esta idea, pero con la delicadeza que solía usar en el trato con su esposa, le da a entender que resulta preferible no pensar en ello. Al fin la señora acaba por renunciar a su deseo. El la felicita y expone de paso su visión de la vida futura, más dichosa y duradera que ésta:

Haces muy bien en renunciar por amor de nuestro Dios a que volvamos a vernos, si esa es su santísima voluntad. ¿Qué es la vida? ¿Cuál es su duración? ¿Qué sigue después? ¿Qué nos importa este martirio, por largo y espantoso que lo supongamos, si al fin y al cabo siempre será corto y pasajero? ¿Si por espantoso que sea el suplicio de nuestra separación nunca será completo pues tiene el paliativo, el refrigerio de nuestro amor, de nuestra unión espiritual, del convencimiento que por la gracia divina vivirá siempre en nuestros corazones y los consumará mientras viva? ¿Qué nos importa este martirio si no es completo, porque nada ni nadie será capaz de apagar nuestros corazones, de separar nuestras almas que el mismo Dios Misericordiosísimo unió? ¿Qué nos importa, si tampoco es perdurable, sino transitorio, pasajero, y nos conquistará nuestra ardiente, apasionada y definitiva unión con Dios para siempre, para siempre, y felicísima? ¿No crees, mi querida mujercita, que ya debemos empezar a pedir esto? ¿Que ya quedemos libres de esta cárcel de barro, como la llama San Pablo, para poder entregarnos al Amor perdurable, inextiguible y felicísimo, pues será divinizado por Dios, tendrá por objeto y término el mismo Dios, participará en cierto modo de su misma divina Esencia? (Carta de 6 de febrero de 1926).

A su hijo Ignacio, el primogénito, le escribe el 27 de marzo una carta en la que leemos estas conmovedoras palabras:

. . .¿Te acuerdas de nuestras ilusiones de ir lejos, muy lejos, a las misiones donde nuestros santos misioneros evangelizan a nuestros pobres hermanos los salvajes, y allí ganar almas para Dios y para el cielo? Y como recompensa de esos trabajos evangélicos, que el Señor nos concediera derramar nuestra sangre miserable para demostrar nuestro amor por El, y al mismo tiempo que nuestra sangre fuera el precio de la conversión de otras almas al amor del Señor.

Pues ten presente, hijo de mi alma, que lo que parecía

solamente ilusiones y sueños, el Señor Misericordioso y compasivo parece que va a concedérnoslo, y lo que más debe satisfacer nuestro corazón, parece que esta pobre sangre nuestra será derramada en nuestra patria querida y servirá para ayudar a lavar tantas culpas, tantos crímenes que habían atraído sobre ella la justicia divina. Que quieres saber dónde se halla tu padre, yo mismo te lo diré: donde Dios me permita amanecer y procurando hacer la santísima voluntad de Dios y poniendo todo mi empeño en que su Santísimo Nombre sea glorificado. Pídele que nos conceda la dicha de ser sus mártires Dios nada puede negar a los hombres cuando dos o más se unen para pedir algo, sea lo que fuere, al Padre Celestial, si en el nombre de N. S., se pide. Unámonos, pues, en N. S., tu amadísima mamacita, tú, tus hermanos y yo, para pedirle al Padre Eterno, al Padre Amorosísimo, por conducto de la Santísima Virgen María, que nos permita sufrir mucho por la conversión de nuestros hermanos los hombres; que nos acepte como víctimas de nuestra Nación, pues aunque nada valemos, unidos a los méritos infinitos de la Sangre de Cristo, cada vencimiento, cada inmolación, cada acto de amor tiene un valor enorme a los divinos ojos. No olvides que desde ahora puede empezar tu martirio, pues no sólo se es mártir derramando la sangre de las venas...

El niño a quien esta carta iba dirigida, y que seguramente hizo lo que su padre le pedía, es ahora Misionero del Espíritu Santo, como ya hemos dicho, y trabaja lejos de México por el bien de sus hermanos.

Cuando su esposa le escribe de sufrimientos, de falta de tranquilidad, Luis la consuela con estas palabras:

...Mientras mayor sea tu sufrimiento, mayor tu mérito, si lo ofreces, como me dices, diciéndole al Señor; hágase tu voluntad... Por último, para tu convencimiento, acuérdate

de aquellas palabras de N. S. J. C. (S. Mateo, X-34-42): "No penséis que yo he venido a traer la paz a la tierra; no he venido a traer la paz, sino la guerra, pues he venido a separar al hijo de su padre, y a la hija de su madre, y a la nuera de su suegra; y los enemigos del hombre serán las personas de su misma casa. Quien ama al padre o a la madre más que a mí, no merece ser mío; y quien ama al hijo o a la hija más que a mí, tampoco merece ser mío; y quien no carga con su cruz y me sigue, no es digno de mí. Quien a costa de su alma conserva su vida, la perderá; y quien perdiere su vida por amor mío, la volverá a hallar". ¿Cómo, pues, quieres tener paz y tranquilidad cuando están librando tu corazón y tu alma el más recio y terrible combate de su vida? ¿Cómo puede estar tranquila tu alma, amadísima mía, si está siendo azotada por violentísimas rachas de dolor? (Carta de 4 de abril de 1927)

Seguramente que en la soledad del monte, Luis Navarro se repetía las palabras del Evangelio: "Quien no carga su cruz y me sigue, no es digno de mí. Quien a costa de su alma conserva su vida, la perderá; y quien perdiere su vida por amor mío, la volverá a hallar". Y estas palabras le confirmaban cada día en su decisión de perder su vida por amor de Cristo, para hallarla de nuevo.

Mientras Luis Navarro se ejercitaba para su campaña, había empezado la efusión de sangre cristiana. Silva y Melgarejo en Zamora, Valencia Gallardo y sus compañeros en León, así como otros mexicanos valientes habían caído con el grito de ¡Viva Cristo Rey! en los labios. Días antes de que Luis Navarro reanude la acción armada que comenzó en Pénjamo el 29 de septiembre de 1926, muere en Guadalajara, asesinado por la tiranía, el que en mi concepto es el mayor de los adalides católicos mexicanos del presente siglo: Anacleto González Flores, nombre glorioso que Luis Navarro impondrá a su brigada. El maestro Anacleto González Flores había escrito:

Es necesario saber y querer escribir con sangre y dejar que sobre la propia carne, magullada, sangrante, quede el propio pensamiento fijo para siempre con las torceduras del potro, con las zarpas de los leones o la punta de la espada de los verdugos. Y porque lo que se escribe con sangre, según la frase de Nietszche, queda escrito para siempre, el voto de los mártires no perecerá jamás...

El mártir al acabar de teñir con su sangre la mano del verdugo ha dejado una señal y por encima de todos los olvidos queda escrito su voto.

En la democracia y en los comicios, donde se vota con papeles y números, cabrá la tergiversación... No sucederá esto con la democracia de los mártires. Hoy no votaremos con hojas de papel marcadas con el sello de una oficina municipal; hoy votaremos con vidas. Debemos regocijarnos de que la revolución se empeñe hasta en el estrangulamiento de la vida de las conciencias. Así se echa a su pesar en la corriente de una democracia en que los juegos de escamoteo y prestidigitación electoral quedarán excluídos inevitablemente. Hoy votaremos con vidas porque aunque no habrá millones de mártires, pocos o muchos, los habrá [21].

El mismo pensamiento expresaba Luis Navarro Origel con otras palabras el día 5 de abril de 1927, recién muerto Anacleto González Flores, víspera de su salida al campo de batalla. Decía:

Grandes días esperan a nuestra amada Patria porque ha seguido ofrendándose y derramándose sangre generosa, ya no hay temor de que se agote ese manantial recién abierto, pues no habrá cerrado sino hasta que esa sangre rebase y llene los abismos que habían abierto los pecados nacionales, abismos que tragaban insaciables las divinas gracias y que impedían

[21] González Flores, Anacleto, *El Plebiscito de Los Mártires.*

derramarse en nuestro suelo querido el manantial de las divinas misericordias.

Pocos días antes había escrito:

Aunque me hayan hecho Jefe de esta Zona, me siento más orgulloso con ostentar mi grado de recluta, soldado raso de María Santísima de Guadalupe, nuestra Generala en Jefe, que el de General del Ejército Libertador.

Ya sabes cuál será mi nombre (Fermín Gutiérrez), pues me propongo recuperar el mío sólo sobre la piedra que me cubra muerto por el amor de Cristo, o cuando nuestra amada Reina me haya ascendido siquiera a teniente por méritos adquiridos en campaña.

Y en su carta de 8 de abril, en que anuncia a su esposa que va a entrar en acción, sabiendo que es incierto que vuelva a escribirle, se despide diciendo:

¡Hasta cuando Dios quiera, que muy pronto será, de todos modos!

Nos parece que el lector tiene ya una idea acerca de la disposición espiritual de Luis Navarro Origel antes de entrar en combate, según la reflejan sus cartas, de las que hemos copiado unos fragmentos. Debemos decir que Luis Navarro era un hombre que guardaba casi herméticamente su intimidad, y que sólo a quien era parte de sí mismo —su esposa— le franqueaba su alma. Nosotros hemos violado su secreto al publicar esas cartas, porque es necesario que se sepa qué clase de hombre era Luis Navarro Origel.

Ignoramos cuál sea la opinión del lector después de saberlo. La nuestra, como espero que será la de la mayor parte de los lectores, es que un pueblo que ha producido hombres del temple, la virili-

dad y el amor a Dios que mostró Luis Navarro Origel, es un pueblo que no puede perderse; y que el México de Luis Navarro, de Anacleto González Flores, de José Valencia Gallardo y de todos sus compañeros de cruzada ha de vivir hasta el final de los tiempos.

10

El Guerrero

LUIS NAVARRO ORIGEL se nos ha revelado por medio de sus escritos y de su vida misma con la figura de un asceta extraordinario. Conocemos al hombre pío, que ora, se flagela, ayuna y padece deliquios por amor a Cristo. Ahora se nos presentará otra faceta de su personalidad, no menos admirable: la del soldado.

Luis Navarro Origel fue no sólo el primer *cristero,* sino el mayor de todos —dicho sea esto sin el ánimo de quitarle gloria a nadie—, porque guerreando sin tregua durante casi dos años, arriesgando la vida día tras día, consiguió lo que ningún otro jefe *cristero,* y fue el establecer su autoridad de modo firme en una zona del territorio nacional, que sustrajo al dominio de la tiranía y donde la libertad por la que se peleaba reinó en todo su esplendor.

El campo de operaciones de Luis Navarro, en el que se erigió un Estado cristiano, opuesto al de Calles, fue la costa michoacana, faja de territorio que yace entre los Estados de Guerrero y Colima y cuyas principales poblaciones son Coalcomán y Aguilillas.

Acerca de esta región nos dice el P. Madrigal, biógrafo de Luis Navarro, lo siguiente:

"Todavía no se ha escrito el mapa de la costa michoacana. Los que hay en el mercado son como los del Catay de Estrabón y los del Nuevo Mundo de Américo Vespucio, hechos de oídas y con datos peores aún. Aquella pobre gente inculta tiene puntos

de referencia para señalar lugares y distancias tan precisos como éstos: '*pos* para ir a Tumbiscatío, *siñor,* desde aquí de Coalcomán *se empuerta usté pa* donde el sol sale, luego se *embarranca,* y *cuchilla arriba, cuchilla abajo,* va a *reventar* a Tumbiscatío.

"La Sierra Madre Occidental, paralela a la costa michoacana, está formada de filos (las *cuchillas*), no de montes; su costa agria y desierta sobre toda ponderación, es bravamente disputada al hombre por los pumas y los jaguares, por el clima mortífero y por un sol de fuego".

Fue en esta tierra fragosa donde Luis Navarro Origel, de acuerdo con las órdenes del Control militar de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa, organizó su ejército libertador; donde peleó y venció a las tropas de Calles y al grito de VIVA CRISTO REY hizo ondear la bandera del pueblo libre de México.

Desde su refugio del Aserradero en el Cerro de Tancítaro, Luis Navarro Origel se comunicó, apenas llegado, a la oficina militar de la Liga y le hizo saber que estaba a sus órdenes para desempeñar la tarea bélica que le confiara. Esperó más tiempo del necesario las instrucciones de la Liga porque ésta retardó su decisión hasta que se presentara la oportunidad de enviar suficientes pertrechos; más como la oportunidad no se presentara, terminó la Liga por autorizar a Luis Navarro a que empezara su campaña con los medios que tuviera a mano, asignándole la Costa de Michoacán, con sus distritos de Coalcomán, Arteaga y parte de Apatzingán por campo de operaciones. Este era un territorio que Luis Navarro no conocía, pero al que se trasladó luego a cumplir su misión.

La llamada *Ley Calles* era como la fuerza que se aplica a un resorte; así que la fuerza deja de operar, el resorte salta. Queremos decir con esto que en los lugares donde el gobierno tiránico no disponía de un instrumento de coerción, de fuerza bruta que materialmente obligara la observancia de la *ley,* ésta no regía. Coalcomán era uno de esos lugares. Ahí no mandaban Calles ni su *ley.* El culto público se había suspendido, ciertamente, por acatamiento a las instrucciones de los señores obispos, pero el pueblo seguía obser-

vando sus devociones y ceremonias religiosas sin hacer caso de los caprichos del Turco, que ahí tropezó con una rancherada fiel, cristianota y bravía, dispuesta a seguir siendo libre.

El buen párroco de Coalcomán —el señor cura Martínez— tuvo que contener el ánimo excitado de sus rancheros que, no conformes con seguir practicando su religión libremente, manifestaron desde el cierre de las iglesias su resolución de levantarse en armas contra el tirano. El párroco iría, si llegase a ser necesario, como capellán castrense de sus feligreses convertidos en soldados; pero no se reconocía idoneidad para dirigir un ejército.

Aquí conviene hacer notar la incongruencia de los revolucionarios que alaban a Hidalgo y a Morelos, sacerdotes que encabezaron el movimiento de independencia, y vituperan a los señores curas de Jalisco, de Michoacán, de Guanajuato y de Colima, que salidos del pueblo y unidos a él como los sacerdotes de la Independencia, repitieron la historia moviendo a sus compatriotas a que lucharan por la libertad y marchando con ellos en la duras campañas contra el tirano. Estos *curas* del siglo XX son otros tantos Morelos, tan dignos de gloria como sus antecesores, y si es posible más justificados porque el poder opresor con el que luchaban era más patente y más odioso.

Pues bien, ya que el señor cura no se decidía a tomar la espada, y entre los rancheros no llegó a destacarse uno con claras dotes de jefe de guerrilleros, hubo que esperar a que "el centro" mandara quien los acaudillase. A principios de abril comenzó a correr la voz de que llegaría a Coalcomán "un general de México" a encabezar el alzamiento contra el impío régimen de Plutarco Elías Calles, y no pasaron muchos días antes de que el hombre se presentara. Se llamaba el general Fermín Gutiérrez, y no era otro que Luis Navarro Origel.

Luis había pensado bien las cosas. No debía "echarse al cerro" sin previa declaración. Lo indicado era empezar por el principio, y comenzó por reunir una asamblea de vecinos, previa conferencia con el párroco, ante los que expuso la ilegitimidad del gobierno perseguidor de la religión, conculcador de los derechos

lo dia de combate habia tenido el enemigo más de doscientas bajas. - Informaré al tener datos oficiales y verídicos.

Han muerto también bastantes indultados a nuestras manos o a las de los adictos.

Hay que hacer notar que esta Division del Ejército Libertador Nacional, no ha recibido hasta el presente a pesar de innumerables y repetidos documentos del Centro (de los encargados del Control Militar) ni un solo cartucho ni ayuda ninguna - Que precisamente por esos documentos de inmediata ayuda que recibia por mar (en grandes cantidades de armas y parque) por esa razón he procurado a toda costa conservar bajo nuestro control la costa del Pacífico, lo que se ha logrado durante mas de seis meses consecutivos, durante los cuales unicamente se han esperado los elementos, conservando regulada la costa en los puntos denominados Puerto de Manzanita y Buenas y Pichilinguis: - Por dicha razón se han tenido casi inutilizados gran parte de nuestras fuerzas en este reguero para no perder el dominio

INFORME DE GUERRA ESCRITO POR LUIS NAVARRO

...he procurado conservar bajo nuestro control la costa del Pacífico...

nos sobre la costa ——— Todo lo que se ha hecho hasta aquí ha sido obra indudablemente de Dios y su Madre Santísima que en cada acción han hecho ostensibles su protección y ayuda para los nuestros, que también han puesto de su parte su buena voluntad.

Las frecuentes alternativas de desalientos, deflecciones y aun traiciones que he presenciado y de que he sido objeto frecuentemente, han tenido la disculpa de la falta de elementos nuestros y la abrumadora superioridad de elementos del enemigo aunque haya sido transitoriamente. — Urge que cesen las promesas vanas y se haga un esfuerzo mayor para hacernos llegar elementos.

También insinúo la conveniencia de iniciar la organización de una Escuela para que los miembros del Ejército Libertador Nacional puedan adquirir madurez, que puedan alcanzar grados y jerarquías de magnífico estímulo. Desde luego, reiterados solicitan ese honor. (Algo semejante a lo que se hace en España con el ejército de Africa)

Con grandes sacrificios se han mandado

esenciales de la persona humana. En seguida los invitó a formar un gobierno verdadero, contrario a la tiranía. Por supuesto que todos estuvieron de acuerdo con la idea.

No sabemos que se haya publicado algún *plan* o manifiesto, pero sí consta que el 23 de abril de 1927 la población de Coalcomán se declaró, no en rebeldía —palabra que evoca algo de luciferino— sino independiente del gobierno callista. Luis Navarro envió comunicaciones bajo el nombre de general Fermín Gutiérrez al Gobernador del Estado y al Jefe de Operaciones haciéndoles saber la decisión tomada por el pueblo. En seguida nombró Presidente Municipal, secretario y tesorero, de modo que Coalcomán tuvo desde ese día autoridades propias, independientes del tirano. Luego dio el general Gutiérrez los primeros pasos en la organización de su guerrilla.

Al día siguiente corrieron rumores de que una guarnición federal se había establecido en el pueblo de Aguilillas, lo que representaba una amenaza para Coalcomán. El general Gutiérrez tomó la determinación de caer sobre los callistas y aniquilarlos, la que luego puso en obra. Con una guerrilla de trescientos hombres salió de Coalcomán al rayar el alba. Su propósito era llegar por la noche a las goteras de Aguilillas, penetrar silenciosamente en el pueblo y caer de sorpresa en la madrugada sobre el enemigo.

Aguilillas era un poblado de dos a tres mil habitantes, dedicados en su mayor parte a la cría de cerdos, y quizá porque abundaban los cerdos escaseaban los perros, lo cual fue favorable a la guerrilla invasora, ya que los perros denuncian con sus ladridos la presencia de gente extraña.

El caserío se hallaba en el fondo de un embudo, formado por los cerros, y extendido sobre unas rocas, en cuya parte superior se halla la iglesia. Dispersas en una loma se ven las blancas casitas, con sus rojos tejados.

La guerrilla del general Fermín Gutiérrez, tal y como se había previsto, entró sigilosamente la madrugada de un día de abril al poblado de Aguilillas. Muy de mañanita el vecindario fue despertado por un alegre repique de las campanas que habían estado

mudas en los últimos meses. Poco a poco la gente fue saliendo de sus casas a averiguar qué pasaba, y cuando lo supo, el temor se convirtió en gozo. De una parte a otra corría la noticia: ¡Son los soldados de Cristo Rey, con el general Fermín Gutiérrez a la cabeza!

¿Y el enemigo?

Se desvaneció. El pueblo había caído en poder de la guerrilla cristera sin que hubiese disparado un tiro.

El general anunció a la población por medio de pregoneros que se celebraría una Misa solemne en la iglesia, seguida de una procesión pública. ¡Al fin se iba a respirar el aire de la libertad! ¡Al fin había un lugar en la nación mexicana donde se podía rendir libre culto a Dios!

A la Misa, que celebró el señor cura de Aguilillas, fueron no sólo todos los vecinos del lugar, sino también los de los ranchos próximos. Los soldados del Ejército Libertador, con sus desiguales y pobres armas, ocuparon la parte central de la iglesia. A la cabeza estaban el general Gutiérrez y su hermano. Una bandera nacional fue puesta a los pies del altar. A la hora de la elevación los soldados presentaron armas. Concluída la Misa salió la gente en procesión por las calles del pueblo. Iban en primer término las asociaciones con sus estandartes, luego niños vestidos de blanco y en seguida los soldados del recién formado ejército libertador. A la cabeza de la procesión, bajo palio, el Santísimo Sacramento.

De pronto resonó el coro del Himno Eucarístico:

Hostia-sol del amor, tu luz inflama
el corazón del México leal,
el corazón de un pueblo que te ama,
el corazón de un pueblo que te aclama
a tu paso triunfal.

Era la afirmación pública de fe y de amor contra la negación y el odio oficiales; era, si se puede decir así, el desquite del *México leal* contra el México infiel.

De esa manera, en pocos días, sin derramar una gota de sangre, cayeron en poder de los libertadores dos pueblos mexicanos. Otros pequeños núcleos de población fueron tomados incruentamente por la guerrilla del general Gutiérrez, con lo cual quedó bajo su mando parte de la faja costera de Michoacán.

La campaña había empezado, pues, venturosamente. Luis Navarro Origel volvió con sus tropas a Coalcomán, que desde entonces fue su cuartel general de operaciones, de donde salió luego con el fin de atacar uno de los objetivos que más le interesaban: Tepalcatepec.

Acerca de esta empresa, que vino a ser el primer fracaso de la bisoña guerrilla, seguiremos la narración que bajo el título de "Tres meses de campaña con Luis Navarro Origel", escribió Raymundo Prieto, uno de los oficiales que tomaron parte en esta acción desgraciada.

Al noroeste de Coalcomán, más allá de la sierra, se extiende una llanura seca y ardiente conocida por *El Plan,* donde no había más que dos poblados: la ranchería de *Las Animas* y Tepalcatepec —que los nativos llaman simplemente *Tepec.* En la década de los veintes eran los amos del *Plan* dos figuras casi legendarias: Serapio Cifuentes y un tal Ibáñez, al que se conocía por el mote de *El Perro.*

Cifuentes y *El Perro* eran, en realidad, dos foragidos. Cifuentes merodeaba en la región de Tepalcatepec y *El Perro* en la de *Las Animas.* El primero solía entrar a saco en las poblaciones, quitaba a los ricos cuanto tenían y lo repartía entre los pobres, sin dejarse nada para sí. Era también una especie de vengador de los agravios que sufría el pueblo, pues en teniendo conocimiento de que se había abusado de la debilidad de alguien y cometídose alguna injusticia, organizaba su guerrilla y salía a perseguir a los culpables. Le llamaban *El Guarachudo* porque usaba unos grandes guaraches y peleaba siempre a pie.

Cifuentes tendría unos 35 años, era alto, recio, de piel muy oscura manchada de jiricua. Los rasgos eran medio tarascos y medio asiáticos. Usaba un bigote largo y delgado que acentuaba sus

facciones orientales. Tenía ojos pequeños, hundidos y vivaces. Hablaba poco, en voz muy baja y casi al oído del interlocutor. Era huraño y solitario. A primera vista inspiraba más temor que confianza, pero tenía sentimientos nobles.

Al *Perro* le llamaban así por la costumbre que le caracterizaba de pelear gritando furiosamente, como si ladrase. Montado en su veloz caballo, con el que formaba un solo cuerpo, a la cabeza de un centenar de jinetes y lanzando su ¡Guaaau, Guaaau, Guaaau! era *El Perro* una desatada fuerza de la naturaleza. En todo *El Plan* no había quien montara mejor que él, ni quien manejara el lazo con más habilidad. Usaba un mechón de su hirsuta cabellera sobre la frente amplia. La nariz, grande y aguileña, como de antiguo cacique tarasco. En sus ojos brillaba la picardía y la malicia. Al contrario de Cifuentes, que era casi mudo, *El Perro* hablaba hasta por los codos, diciendo mil improperios. Tan astuto como Cifuentes, Ibáñez era más arriscado. Antes de dar un asalto, reunía a su "estado mayor", se sentaba en cuclillas y trazaba distraídamente caracteres en el suelo.

Estos dos proscritos a nadie respetaban, salvo una persona: el párroco de Tepalcatepec, ante quien se mostraban dóciles como unas ovejas. Y como tenían el dominio de *El Plan,* Luis Navarro decidió atraérselos y contar con ellos para la toma de Tepalcatepec, plaza tan importante o más que Coalcomán, donde podían proveerse de elementos de guerra.

En busca de estos dos cabecillas, y con la idea de atacar Tepec, salió Luis Navarro de Coalcomán a la cabeza de un grupo de rancheros y sólo una parte de la brigada Anacleto González Flores. Fue antes de rayar el sol de uno de los últimos días de abril. Descendió la cabalgata por medio de la cañada, rumbo al llano que habían de atravesar antes de su objetivo. Luis Navarro había mandado por delante un mensajero con órdenes al coronel Mendoza de reunir su gente y esperarlo en un punto cerca de *Las Animas.*

Al fin de la primera jornada acamparon en un sitio donde había pasto y grano suficientes para las bestias. Antes del descanso, el general agrupó a sus huestes, y de rodillas, bajo los luceros, re-

zaron el rosario, como de costumbre. Muy de madrugada se pusieron en pie, rezaron las oraciones de la mañana, comulgaron espiritualmente, ofrecieron a Dios sus obras y sus vidas, sin que faltara una oración para pedir la gracia del martirio. Continuaron la marcha por aquellos caminos polvosos y desiertos y cerca del mediodía llegaron a *Las Animas.*

Serapio y *El Perro* acudieron a la cita del general, que tuvo con ellos una larga conferencia en un rancho vecino. Los dos cabecillas se pusieron incondicionalmente a las órdenes del jefe cristero, al que revelaron que disponían de 200 hombres bien armados, agregando que no se necesitaban más para tomar Tepec. La empresa les parecía más fácil de lo que era en realidad.

Al día siguiente se reunió el coronel Mendoza con el general. Le dijo que las avanzadas se hallaban a pocos kilómetros abajo de *Las Animas,* sobre el camino real, muy cerca de Tepec.

Luis Navarro ordenó una junta de jefes antes de marchar sobre el objetivo, la que tuvo lugar en una ranchería cercana. Intercambiaron opiniones. Lo que preocupaba a todos era la escasez de parque. El gobierno se había hecho fuerte en Tepec, donde tenía quinientos hombres bien armados y pertrechados y abundancia de provisiones de boca. Llegaron los jefes a la conclusión de que, en vista de estas circunstancias, lo mejor era lanzar un ataque de sorpresa, relampagueante, que no diera tiempo a los defensores de usar sus recursos.

Pasaron revista a las tropas. Los hombres de Coalcomán, al mando de Luis Navarro, eran 200; el coronel Mendoza había traído 100 rancheros, y la gente de Serapio y *El Perro* sumaba otros 200. En total 500 hombres muy mal armados y nuevos en la guerra que, por lo mismo, no aseguraban el éxito de la empresa. Pero se confiaba en que de un día a otro bajaran de la sierra unos dos mil rancheros a apoyar las fuerzas del general Gutiérrez.

Después de la conferencia de jefes, que terminó ya avanzada la noche del tercer día de la salida de Coalcomán, el general reunió a toda su gente y se rezó el santo rosario. Era una noche calurosa, oscura y quieta. El reflejo del fuego de los vivaques iluminaba mo-

mentáneamente los rostros severos de aquellos campesinos cristianos, convertidos en soldados. El rumor de las avemarías era lo único que turbaba el imponente silencio de la noche, así como los cantos que se elevaban al cielo entre misterio y misterio. Entonces hasta los pusilánimes se sintieron revestidos de valor.

Terminado el rosario, Luis Navarro recitó el Exorcismo, haciendo la señal de la cruz sobre el ejército de rancheros. "La noche misma pareció sobrecogerse de temor y espanto, como si los espíritus malos, los enemigos invisibles, se hubiesen arremolinado al conjuro de las palabras del Exorcismo para precipitarse en los abismos eternos. Jamás me pareció la voz de Navarro más segura, más grave, más solemne", dice Raymundo Prieto.

Luis Navarro repartió entre los cabecillas listones azules que como distintivo usarían los cristeros a la hora del combate, en el sombrero y en la manga derecha.

En seguida se dio la orden de descanso, previa designación del cuerpo de guardia. La oficialidad veló por turnos orando durante una hora ante el Santísimo Sacramento. Serapio e Ibáñez volvieron a sus puestos a esperar órdenes.

Al día siguiente se avanzó a *Las Animas*. Tepec estaba todavía lejos. Se escogió *Las Tunas,* ranchería en las goteras de Tepec, como centro de reunión de todas las tropas, a las doce de la noche. Allí se acordó que Serapio e Ibáñez entrasen de madrugada al pueblo con su gente. El general Gutiérrez se quedaría con la suya en las goteras de Tepec. Si había resistencia, aquéllos combatirían, entrando luego la brigada Anacleto González Flores. Si no había resistencia, Serapio y *El Perro* tomarían posesión de la villa y después saldrían a recibir al general y sus tropas.

La medida de mandar por delante a los cabecillas nativos fue acertada, porque éstos conocían mejor que nadie el terreno y porque, siendo frecuentes sus incursiones por aquellos pueblos, podían inducir a error a los defensores haciéndoles creer que se trataba de una incursión más.

Serapio e Ibáñez se despidieron, seguros de que vencerían:

—Ahora sí, jefe, hasta Tepalcatepec...

El camino de Coalcomán a Tepec, que corre por una cañada, cambia a partir de *Las Animas*, donde mueren las últimas estribaciones de la sierra y comienza *El Plan*. El camino era una trocha polvosa, ancha. A los lados, extendiéndose hasta perderse de vista, los ondulados potreros en que el sol reverbera. No hay un accidente que rompa la uniformidad del paisaje. Hasta llegar a los límites de Tepec se alza una pequeña eminencia, que domina el pueblo.

Serapio y *El Perro* cumplieron la primera parte de su cometido. Al llegar al cerrito se desplegó su gente en línea de combate, y con las armas listas, entraron en el pueblo. *El Perro*, jinete en un buen caballo tordillo, pistola en mano y ladrando furiosamente, se precipitó por la calle principal. Dio una vuelta a la plaza y disparó varios tiros. Nadie respondió. Parecía que el pueblo estaba deshabitado. Entonces Serapio izó una bandera en la parroquia y se apoderó de las oficinas municipales. Tepec era suyo.

La gente, que es de suponerse atisbaba por las rendijas de la puerta, temía que de un momento a otro *El Perro* y sus secuaces se lanzaran al saqueo. Pero esta vez no eran bandidos. Eran soldados cristianos de la libertad. Y no hubo saqueo, sino vivas a Cristo Rey, que por cierto no fueron coreados por los vecinos, como sucedía en todas partes, lo que era ya una mala señal.

Los cabecillas victoriosos enviaron un mensajero al general con la novedad de su triunfo, y avisándole que todo estaba listo para recibirlo. Inmediatamente avanzó Luis Navarro con sus fuerzas. A poco andar, Serapio y *El Perro* con todos sus hombres vinieron al encuentro del general. Este hizo un gesto de contrariedad y le preguntó a Serapio:

—¿Traen a toda su gente?

—Sí, mi general.

—¿No dejaron avanzadas en el pueblo?

—No, mi general. No hay peligro.

—¡Pero, hombre! —exclamó Luis Navarro, visiblemente contrariado. Reprimió en seguida su disgusto y ordenó que continuara la marcha.

A la vanguardia marchaban los cabecillas nativos con sus hombres, seguidos de la brigada González Flores. Era un bizarro ejército, desigual, pobre, formado por rancheros de calzón y camisa blancos, guaraches y sombrero de petate, todos decididos a dejar la vida por la mejor de todas las causas.

Cuando llegaron a la orilla del pueblo todo parecía en calma. El calor era sofocante en aquel mediodía del 2 de mayo de 1926. Entonces sucedió lo inesperado, que narra así un testigo ocular:

"Como una visión brotada de la tierra nos vimos rodeados, sin saber cómo, por tropas de caballería del gobierno. Al frente, a los lados, inundando los potreros, a nuestra espalda, se estrechaba un círculo de soldados con ansias de sangre, dispuestos a aniquilarnos. Instantáneamente, antes de que saliéramos de nuestro asombro, abrieron el fuego, enmedio de maldiciones y blasfemias. Aquello fue el Día del Juicio. La gente de Serapio, toda a pie, retrocedió desordenadamente en la mayor confusión. *El Perro* gritaba tratando de dar órdenes, pero sus hombres se dieron a huír defendiéndose. Luis Navarro lanzó su grupo a cubrir la retirada de los de a pie. Hubo un momento en que la misma llama de odio abrasó a los dos bandos. Mientras todos los de a pie huían, presas de terror y dejando trozos de carne en las púas del alambrado (que cercaba los potreros), un grupo de a caballo, con Navarro y *El Perro* a la cabeza, detuvo la avalancha de gobiernistas. Mas pronto les llegaron refuerzos, y ante la superioridad numérica del enemigo, el general ordenó una retirada rápida hacia *Las Animas*.

"La llegada a esta ranchería fue desastrosa. Los pocos que llegábamos estábamos rendidos por el cansancio y cubiertos del lodo que formaron el sudor y el polvo del camino; la boca seca y la ropa deshecha o por las balas o por las cercas de alambre. Llegamos dos y hasta tres en cada caballo.

"Los demás se habían dispersado o quizá habían sucumbido. Por el momento no pudimos comprobar más que estábamos diezmados. Quinientos callistas, perfectamente armados y pertrechados, nos habían venido pisando los talones.

"A pesar de nuestra desorganización, el general se fortificó rá-

pidamente en *Las Animas,* dispuesto a resistir hasta vencer o morir. Pero el gobierno ordenó la retirada de sus tropas a Tepec.

"Horas más tarde fueron llegando los dispersos, y después de celebrar una entrevista con *El Perro* y Serapio, supimos que no habíamos tenido NI UNA SOLA BAJA. Sólo un joven había sido hecho prisionero y como diez o doce hombres estaban levemente heridos por las púas de la cerca. En cambio, según noticias que después comprobamos exactamente, el gobierno recogió siete cadáveres y no menos de cinco heridos. Esto no me lo contaron, ni es noticia de periódico. Yo lo vi con estos mis ojos que se ha de comer la tierra" [22].

Luis Navarro Origel, en su lacónico parte de guerra, se limita a decir:

"Mayo 2.—En las inmediaciones de Tepalcatepec fuimos sorprendidos por el enemigo, avanzándonos dos prisioneros. . ."

Esta sorpresa de Tepec fue triste, pero aleccionadora; explicable, por otra parte, pues los atacantes apenas conocían el olor de la pólvora. Pero les llenó de vergüenza. Los cabecillas nativos, que en cierta manera eran culpables del desastre, pues que desobedecieron las órdenes de Luis Navarro, así como los miembros de la brigada Anacleto González Flores, ardían en deseos de tomar el desquite. Serapio propuso un contra-ataque inmediato. Luis Navarro consideró que esto era temerario porque les faltaba parque y después de la derrota el número de los cristeros no llegaba a doscientos.

Más tarde se supo que los vecinos de Tepec, desafectos a la causa popular, pues era gente viciosa e impía, en cuanto los cabecillas Serapio e Ibáñez dejaron el pueblo para ir al encuentro del general, introdujeron a los *guachos* o soldados callistas en sus casas, donde los escondieron para que no fueran advertidos por los atacantes, y de las casas salieron los guachos en el momento oportuno.

Dos días permaneció Luis Navarro Origel con su diezmado ejército en *Las Animas,* bien atrincherado, esperando la acometida de las tropas gobiernistas, que verdaderamente perdieron la

[22] PRIETO, RAYMUNDO, *Tres meses en campaña con Luis Navarro Origel.*

oportunidad de aniquilar el grupo, porque éste no tenía con qué defenderse. Los hombres que Navarro envió cerca de Tepec en busca de noticias se informaron de que no era intención del gobierno atacar Coalcomán, sino simplemente establecerse en Tepalcatepec. En vista de ello el general regresó al centro de operaciones con su brigada, dejando al *Perro* en *Las Animas*, sobre el camino real, y a Serapio en la sierra.

El negocio que mayormente ocupó la atención del jefe fue la falta de parque. Recién tomado Coalcomán, Luis Navarro envió a México una persona en busca de pertrechos. El enviado fracasó completamente en su misión y, por desgracia, el nombre del sujeto en quien Luis puso su confianza hay que anotarlo en la lista de los traidores. Pero golpes como éste y otros más dolorosos estaba preparado a recibir el ánimo bien templado de Luis Navarro Origel, que jamás conoció el desaliento.

No faltaban las compensaciones a los sucesos adversos. En los días que se supo la infidelidad del comisionado llegó al campamento de Coalcomán, a unirse a las filas cristeras, un muchacho de México. Era acejotaemero de Coyoacán y se apellidaba Castillo. Perseguido por la policía huyó, pero no lejos del peligro, sino hacia el peligro, o sea a la guerra. Su esposa lo animó a tomar la resolución, aunque esperaba un hijo. Castillo prefirió morir por darle un México digno, a vivir con su familia en la sumisión a la oclocracia atea.

Castillo llevó a las necesitadas huestes de Navarro tres flamantes pistolas 45 reglamentarias, con una buena dotación de cartuchos cada una, dos carabinas 30-30 con su respectiva dotación, dos capas impermeables y una hermosa bandera mexicana con las imágenes de Cristo Rey y la Virgen de Guadalupe y bordado en letras de oro el nombre de la Brigada Anacleto González Flores.

Luis Navarro advirtió luego en Castillo sus extraordinarias buenas cualidades, le dio el mando de fuerzas con el grado de capitán y desde entonces fue conocido por el Capitán González. La primera acción en que participó fue la toma de Chinicuila o Ciudad Victoria.

Para asegurar la posesión de Coalcomán, Luis Navarro estimó razonablemente que era necesario dominar los tres puntos que lo rodeaban, a saber: Aguilillas, al Este; Chinicuila, al Noroeste, y Tepalcatepec al Norte. Bien defendidos estos pueblos, el cuartel general estaba seguro, porque así quedaban cerrados todos los caminos a Coalcomán. Aguilillas estaba ya en poder de los cristianos; en Tepalcatepec habían fracasado por lo pronto, aunque Serapio y *El Perro* mantenían a raya al gobierno desde *Las Animas*. Faltaba tomar Chinicuila para cubrir el lado de Colima, por donde el gobierno no se atrevía gracias a las actividades de los legendarios cristeros del Volcán, que escribían una de las páginas más heroicas de la historia de México.

Para la toma de Chinicuila se unió a las tropas de Fermín Gutiérrez la gente de Lucatero, un tipo tan interesante como los cabecillas del Plan. Era un ranchero alto, fornido, algo entrado en años. Caminaba muy erguido, con paso marcial, golpeando la espuelas. De muy pocas palabras, dejaba que los hechos hablaran por él. No sabía leer ni escribir, pero tenía un corazón proporcionado a su estatura. Este Lucatero era padre de un muchacho que era un gran tirador de pistola. Dicen que con su 45 especial era más certero que un tirador con carabina 30-30. Además, demostró un valor a toda prueba que lo hizo distinguirse en la Brigada Anacleto González Flores.

Aunque no había indicios de resistencia armada en Chinicuila, el general tomó las precauciones necesarias para evitar una sorpresa como la de Tepec. Al salir de Coalcomán hizo correr la voz de que su destino era otro pueblo, y aun la salida fue por un camino que no conducía a Chinicuila. Dos días después llegaron a las inmediaciones de este lugar, que fue rodeado. El pequeño ejército se dividió en tres secciones. El general dispuso que Lucatero entrase por el lado sur, y el capitán González con un grupo de la Brigada A.G.F. por el Este, mientras el resto atacaba por los otros puntos.

La plaza fue tomada sin disparar un solo cartucho, y al grito de ¡Viva Cristo Rey! La sorpresa fue tal que el representante del gobierno fue capturado en su casa.

11

Campaña Triunfal

LA VIDA DE Luis Navarro Origel fue un continuo guerrear desde que abrió la campaña en Michoacán, según lo declara él mismo al decir:

Desde el día 9 de enero no he dejado de andar día y noche para matarle terreno al enemigo y ponérnosle enfrente y obligarlo a combatir... (Carta de 13 de marzo de 1928).

Buscaba al enemigo para quitarle sus armas y combatir con ellas. Así lo dice a su esposa:

Pídele deveras a N. S. nos mande más enemigos para que nos dejen elementos, ya que los nuestros no pueden o no quieren mandarnos. (Id).

Las batallas, encuentros y escaramuzas que sostuvo Luis Navarro con los callistas de abril a octubre de 1927, están fiel y concisamente narrados en el *Parte de Guerra* escrito del puño y letra del propio Luis, firmado en Coalcomán el 25 de octubre bajo la firma de Fermín Gutiérrez.

Según dicho *Parte,* después de la ocupación pacífica de Coalcomán, Aguilillas y Chinicuila y el descalabro sufrido en Tepalcatepec, a fines de mayo se inició el ataque de esta plaza, defendida por una

guarnición de 105 soldados federales al mando del capitán Arreguín y por los agraristas del lugar, encabezados por Catarino Torres.

Luis Navarro quería vengar el descalabro sufrido, y lo consiguió plenamente. Su relación es breve. Dice:

> *El enemigo estaba perfectamente afortinado, pertrechado y prevenido, y a pesar de que tuvimos que quitarle manzana por manzana, fortín por fortín, y llegarle por último al curato y al templo, donde se hicieron fuertes los que sobraban; a pesar de tan manifiestas y enormes ventajas, después de tres días de combates intentaron romper el sitio los supervivientes, habiendo quedado muertos en el intento la mayor parte. Murió J. Jesús Pérez, defensor de la Libertad.*

Los despojos fueron valiosos. Se recogieron 89 máuseres, 50 pistolas, 60 caballos, 100 monturas y 3 clarines. Los demás caballos quedaron muertos en el campo.

Así tomó desquite Luis Navarro de la derrota anterior. Esta batalla empezó el 29 de mayo y terminó el 1o. de junio.

Del 8 al 11 de junio la guerrilla de Luis Navarro (a) general Fermín Gutiérrez, combatió en el Cerro y Puerto del Aire, entre Coalcomán y Chinicuila, contra 600 federales, que se replegaron a Chinicuila después de sufrir 145 bajas por 7 de los libertadores. El enemigo se replegó de noche y quitó las armas a sus muertos. Se recogió un clarín y 4 máuseres.

Los hombres al mando de Luis Navarro eran labradores antes que soldados. Además, si no trabajaban sus campos no comían porque el Ejército Libertador no tenía con qué pagarles sus servicios. Así que en cuanto empezó a llover, aquellos hombres se desbandaron para atender sus siembras, "y no hubo fuerza humana —dice Navarro en su parte— que los detuviera, una vez que comenzaron las lluvias". Entonces Coalcomán quedó desguarnecido y el enemigo pudo ocupar esta plaza sin resistencia, el 12 de junio. En tiroteos con avanzadas cristeras sufrió el enemigo 8 bajas y dejó en

el campo 4 máuseres y 3 caballos ensillados. Tuvo que lamentarse la muerte del sargento cristero Leobardo Farías, que ya herido de muerte y rodeado del enemigo, rechazó la rendición y murió combatiendo.

El 15 de junio (1927), durante una excursión de los libertadores por campo enemigo, se entabló combate cerca de Coalcomán Istala durante un día. Los federales sufrieron 37 bajas. No fue posible recoger el campo.

El 19 de junio se trasladó Luis Navarro con una escolta de 15 hombres a Ahuijullo, Jal., a incorporar una columna nueva, fuerte en 125 hombres, a la que había citado. En espera de estos hombres se hallaba Navarro cuando fue sorprendido por 67 hombres armados del lugar, que auxiliados por 400 federales les pusieron emboscadas por todas las salidas. Después de una tarde de tiroteo, se abrieron paso los cristeros entre el enemigo. Murieron en esta acción el mayor Antonio Larios y el sargento José González Romo. En la retirada, la gente de Navarro sólo pudo herir al jefe de los traidores, J. Concepción Barajas.

El 22 de junio, perseguidos de cerca por varias columnas enemigas, combatieron Navarro y los suyos en un lugar llamado *La Ortega,* donde hizo 7 bajas al enemigo.

El día 1o. de julio —dice Navarro en su *Parte*— "lograron sitiarme acompañado de sólo 12 hombres en el Cerro del Ojo del Agua, y después de 6 días de sitio, inició el enemigo, fuerte en 687 hombres, el ataque al Cerro y a nuestras posiciones. Indudable y clarísimo se efectuó allí el milagro. Después de hora y media que logramos detener al enemigo, nos acosamos (sic) en las diferentes risqueras y se dispersaron otros compañeros; estando perfectamente cercado el cerro, no cayó ni un herido ni un prisionero de los nuestros; sólo perdimos 4 caballos enjaezados y se le hicieron al enemigo 28 bajas".

El 4 de julio, en las salidas de Camuchines e Ixtala, cerca de Coalcomán, francotiradores cristeros hicieron al enemigo 9 bajas.

El 5 de julio, después de 24 horas de combate en *Las Piedras*

y en *La Piedra Imán,* se le hicieron al enemigo 142 bajas. De parte de los cristeros murieron el capitán J. Rodríguez y dos soldados.

En un sitio conocido por *El Frescal,* entre Coalcomán y San José de la Montaña, el día 10 de julio una columna de 350 callistas sostuvo un combate que duró dos días con una columna de las fuerzas de Luis Navarro, compuesta de 200 hombres. El enemigo tuvo 189 bajas y los cristeros perdieron al valiente capitán Salvador González Mendoza, al teniente J. Trinidad Gutiérrez y un soldado. Se levantaron del campo 109 cadáveres; se recogieron 123 máuseres, varias pistolas reglamentarias, una carga de parque, otra de dinero y varias de mercancías, producto del saqueo que los callistas habían hecho en Estopila.

El 16 de julio comenzó el sitio de Coalcomán; el enemigo, dice el *Parte* que venimos citando, "permaneció sitiado hasta el 1o. de agosto. El tiroteo duró 14 días, habiendo llegado al pie de los fortines del enemigo por cada una de las manzanas alrededor de la ciudad desde transcurridas las primeras 24 horas. No logramos rendirla por falta de dinamita. Se le hicieron perder al enemigo 375 caballos, que murieron de hambre; sólo soltaron 70 caballos, que recogimos moribundos e inservibles. Se le hicieron también al enemigo 133 bajas y se recogieron 4 rifles y 1 clarín; tuvimos que lamentar la muerte del cumplidísimo y valeroso subteniente J. Jesús Chávez y de los soldados Ramón Ibarra, Francisco Andrade, Maximino Vázquez, Antonio Carrasco, Apolinar Guillén y David Ramos".

En una escaramuza a la entrada de *Los Ciruelitos,* 9 soldados callistas perdieron la vida, el 1o. de agosto; y en la salida de *Carricitos,* al siguiente día, una guerrilla cristera causó 11 bajas al enemigo.

En Ixtala, a inmediaciones de Coalcomán, el 4 de agosto fue cercada por tropas federales una guerrilla al mando de J. Encarnación Moreno, valiente muchacho de 20 años de edad; la guerrilla se defendió valerosamente hasta caer, uno tras otro, los que la formaban. Solamente quedó Encarnación Moreno, que herido de un brazo, estuvo cargando su pistola con la ayuda de los dientes.

Al fin fue hecho prisionero y conducido a Coalcomán, donde se le fusiló. Murió en la plaza, vitoreando a Cristo Rey. En esta escaramuza el enemigo sufrió 52 bajas.

El 15 de agosto se registró otra escaramuza en *El Naranjal de Madrigal,* donde perdió la vida el capitán Jesús Madrigal. Los callistas perdieron 17 hombres.

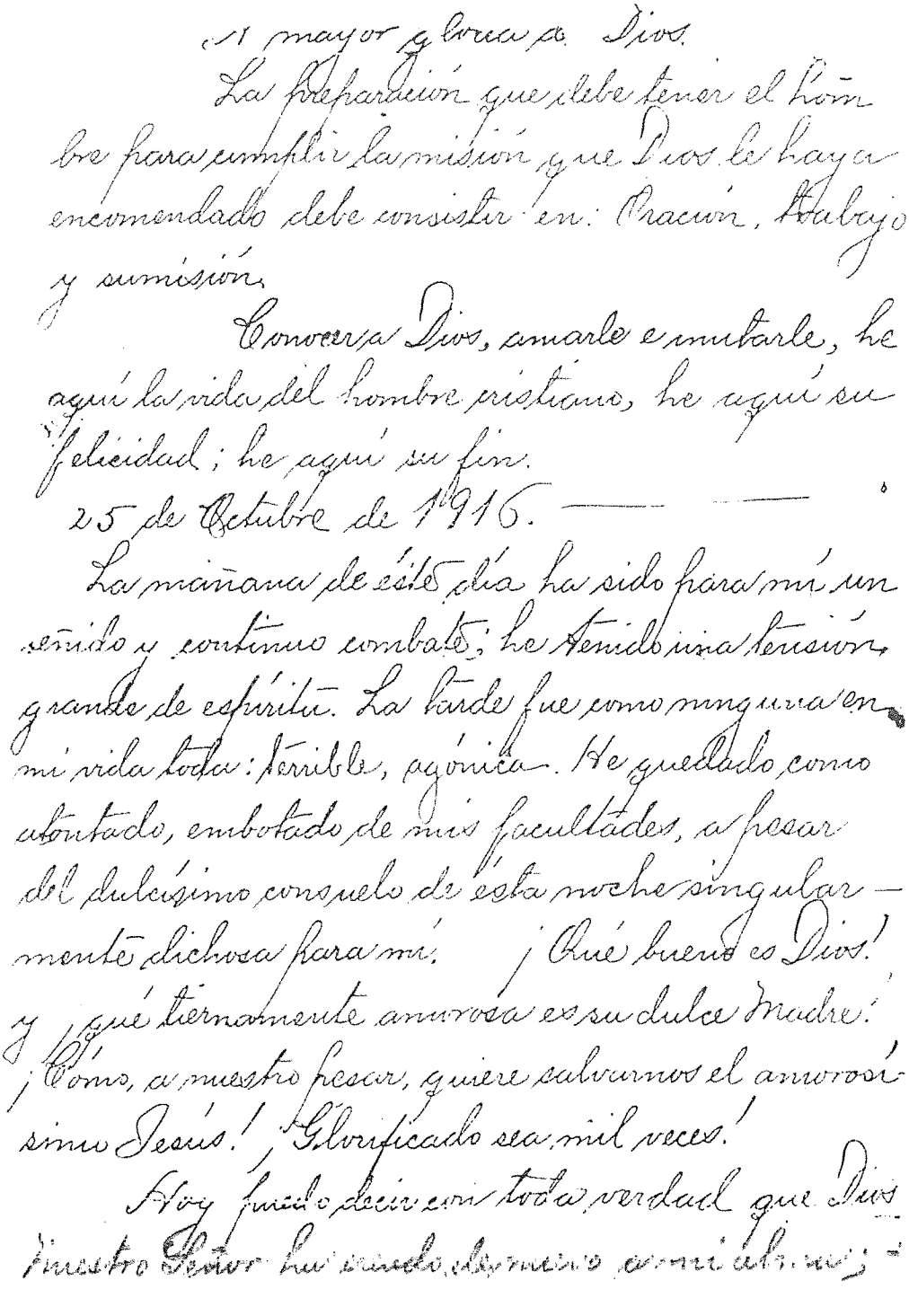
En *El Cobre* fueron atacados los hombres de Luis Navarro por 800 callistas, de los cuales perecieron 61. De los cristeros murió David Alvarez.

A partir del 10 de septiembre, y durante tres días, se estuvo combatiendo en Tehuantepec, Michoacán, a 6 horas de Coalcomán. Las fuerzas cristeras estaban al mando del coronel Librado Guillén. Los contrarios tuvieron 200 bajas.

Dice el *Parte de Guerra* de Luis Navarro:

"Con objeto de convencer a los generales Ignacio Sánchez Ramírez, Luis Guízar Morfín y Prudencio Mendoza de la necesidad y oportunidad de que dejaran la cima de la sierra y entraran en actividad y dieran señales de vida, fui de mi zona a *Las Canoas, El Faisán* y *El Mostoño,* a diez días de camino de mi campamento, logrando con ayuda de Dios dicho convencimiento. . . El resultado de la conferencia que fui a tener con dichos generales fue que se resolvieran a bajar del cerro: Guízar Morfín a Los Reyes y puntos vecinos; Mendoza a Cotija, y el día 9 de octubre, en compañía de los generales Sánchez Ramírez y Sánchez Díaz, acompañándolos yo con mi escolta, atacamos la población de Tizapán el Alto, e hicimos al enemigo alrededor de cincuenta bajas. Se recogieron también alrededor de 200 caballos, muchos de ellos ensillados y enfrenados.

"Los días 11, 12 y 13 del actual (octubre) se libró un combate en la Cañada de Ticuilucan, entre Pinolapa y la Limonera, con una columna de 700 soldados callistas y nuestras tropas de Coalcomán, al mando de los coroneles E. Mendoza Barragán y L. Guillén, logrando sitiar a los contrarios que después de tres días de combate rompieron el sitio, dejando alrededor de 200 muertos en el campo de combate; tres cargas de rifles; dos de parque; dos de dinero; tres



al mayor gloria de Dios.

La preparación que debe tener el hombre para cumplir la misión que Dios le haya encomendado debe consistir en: Oración, Trabajo y sumisión.

Conocer a Dios, amarle e imitarle, he aquí la vida del hombre cristiano, he aquí su felicidad; he aquí su fin.

25 de Octubre de 1916. ——— ———

La mañana de este día ha sido para mí un sentido y continuo combate; he tenido una tensión grande de espíritu. La tarde fue como ninguna en mi vida toda: terrible, agónica. He quedado como abotargado, embotado de mis facultades, a pesar del dulcísimo consuelo de esta noche singularmente dichosa para mí. ¡Qué bueno es Dios! y ¡qué tiernamente amorosa es su dulce Madre! ¡Cómo, a nuestro pesar, quiere salvarnos el amorosísimo Jesús! ¡Glorificado sea mil veces!

Hoy puedo decir con toda verdad que Dios Nuestro Señor ha sido dueño absoluto de mi alma;

MANUSCRITO DE LUIS NAVARRO (1916)

...le he consagrado mi vida para glorificarlo; quiero morir por El...

¡¡que hoy he sido nuevamente redimido por Jesus estaba muerta mi alma y hoy la ha resucitado el Señor; estaba perdida y manchada y ha sido purificada por Dios mi Redentor amorosísimo

Hoy ha sido uno de los días más terriblemente grandes y más grandemente felices de mi vida — Hoy he dado un paso decisivo por el camino de mi vida; después de un combate que ha durado el día entero, de mil indecisiones que me han hecho morir de angustia.

Por fin la Madre de Dolores me ha consolado me ha calmado y llenado mi alma de tranquilidad y placidez

No sé como agradecer al Señor la muchedumbre de sus bondades: le he consagrado mi vida para glorificarlo, quiero sufrir mucho por El, que me ha amado tanto! Le he ofendido mucho; quiero padecer mucho, quiero morir por El. ¡Oh! le pido concedérmelo. ¡El me dará la fortaleza!

Le he consagrado a mi niñita, a mi Carmela querida, que hoy querido confirmarla por esp

clarines; la bandera que nos habían quitado en el sitio de Ojo de Agua del Cobre; la bandera propia de esa columna callista; la caballada, inclusive el caballo del general Tranquilino Mendoza, quien se escapó entre unos arrieros, vestido como ellos, abandonando vergonzosamente sus tropas y saliendo por otro rumbo. Se le recogieron innumerables chacos (moscovitas), uniformes, equipos, ganado vacuno y porcino que llevaban; cargas de mercancía y enseres; habiendo habido sólo una baja nuestra, el soldado Jesús González, y tres heridos leves, para que fuera más clara y espléndida la maravillosa intervención de la Santa Madre de Dios y Madre nuestra".

Una empresa que Luis Navarro no podía aplazar era la reconquista de Coalcomán, que había sido su cuartel general de operaciones y la plaza donde se estableció el gobierno nacional. La empresa se llevó a feliz término el 13 de octubre. Después de haber sufrido un completo desastre, las tropas callistas se vieron obligadas a evacuar la ciudad, de la que luego tomó posesión el ejército libertador. "Tengo la convicción —dijo Luis Navarro— de que con la ayuda de Dios y de su Santísima Madre, no volverán a pisar dicha plaza las tropas del tirano, aunque llegaren a enviarlas en gran número". Y así fue. Mientras Luis Navarro vivió mantuvo bajo su poder Coalcomán.

Esta campaña triunfal de la costa michoacana se desarrolló sin que la División del Sureste del Ejército Libertador llegara a recibir pertrechos del centro. Luis Navarro se queja de ello en su *Parte de Guerra* cuando dice: "no se ha recibido ni un solo cartucho, ni ayuda ninguna". Seguramente que el Control Militar de la Liga tenía la mejor voluntad de enviarle municiones, y por verdadera imposibilidad nunca se las envió.

Luis Navarro estuvo acariciando un sueño que, por desgracia, nunca se realizó, y fue el de que por uno de los puertos de mar que tenía dominados llegara un barco cargado de pertrechos. Así se lo habían prometido, y él lo declara en su *Parte* con estas palabras:

Precisamente por esos ofrecimientos de inmediata ayuda que vendría por mar (en grandes cantidades de armas y parque), por esa razón he procurado a toda costa conservar bajo nuestro control la costa del Pacífico, lo que se ha logrado durante más de seis meses consecutivos, durante los cuales inútilmente se han esperado los elementos, conservando vigilada la costa en los puntos denominados Puerto de Marucita y Bucerías y Pichilinguis. Por dicha razón se han tenido casi inutilizadas gran parte de nuestras fuerzas en esta región, para no perder el dominio sobre la costa. Todo lo que se ha hecho hasta aquí ha sido indudablemente obra de Dios y de su Madre Santísima, que cada acción han hecho ostensible su protección y ayuda para los nuestros, que también han puesto de su parte su buena voluntad.

Las tremendas alternativas de desalientos, defecciones y aun traiciones que he presenciado y de que he sido objeto frecuentemente, han tenido la disculpa de la falta de elementos nuestros y la abrumadora superioridad de los elementos del enemigo, aunque haya sido transitoriamente.

En seguida urge de la Liga la ayuda que está necesitando, y agrega:

Tengo la convicción de que podría disponer en reses y en metálico alrededor de $ 50,000.00 (cincuenta mil pesos) mensuales para cambiarlos por elementos de guerra en la costa del Pacífico. Creo hasta criminal que no se aprovechen tan grandes ventajas, por apatía o torpeza en conseguir el canje de tales elementos.

Atenido a sus propios y limitados recursos, Luis Navarro sostuvo la guerra a la tiranía, que al mismo tiempo lo proveía de pertrechos. Pero no eran suficientes los que quitaba a los callistas; tuvo que usar el parque *reformado,* para el cual se disponía de todos los cartuchos quemados, que se clasificaban por calibres y luego se re-

llenaban con defectuosos proyectiles hechos en el taller de un herrero.

Esta penuria revela cómo estaban solos los católicos de México. La Revolución pudo crear prestigios militares como los de Villa y Obregón porque éstos dispusieron de ilimitados recursos bélicos proporcionados por los Estados Unidos, con los que ganaron sus batallas. Los cristeros pelearon casi con dientes y uñas. A pesar de esto atacaron a un gobierno que tenía tras de sí el poderío inmenso de los yanquis. El barquito cargado de armas que Luis Navarro esperó inútilmente en los puertos de la costa de Michoacán hubiera sido bastante para levantar el ánimo de los soldados y para derrotar a las bien pertrechadas divisiones de la tiranía callista.

La falta de armas no fue obstáculo para que los *cristeros* llegaran a crear una situación de inseguridad al gobierno que lo hubiese obligado a la revisión de las llamadas leyes opresoras de la conciencia mexicana. Pero entonces intervino la diplomacia yanqui y mediante una maniobra habilísima, se obligó a los cristeros a deponer las armas. Esta es otra historia, que algún día debe contarse en toda su desgarradora verdad.

A falta de recursos materiales, Luis Navarro confiaba en la asistencia de Dios, y a El atribuía las victorias, según lo dice en una de sus cartas:

> *Qué admirable es el Señor; cómo se ve que El quiere demostrarnos que la libertad de nuestra Santa Madre la Iglesia y la salvación de la Patria es obra suya, y que para humillar a sus enemigos, aun valiéndose de tan insignificantes instrumentos suyos como somos nosotros, no necesitamos pertrechos, ni influencias, ni ayudas nacionales ni extranjeras, ni valimientos, ni dinero, sino confianza en El, que es el Señor Dios de los ejércitos, voluntad de servirle y glorificarle...*

En otra carta explica su teoría sobre qué cosas son necesarias para ganar. Dice:

...No son precisamente los elementos (materiales) los que hacen falta para la victoria, sino lágrimas, dolores, sangre, mucha sangre, para limpiar la Patria infortunada y amadísima y después, principalmente, fe, fe robustísima y confianza sin límites en el Omnipotente... Veo yo que N. S. quiere decirnos esto: "Busquen y usen todos los medios humanos y los mejores medios humanos; pero no pongan su confianza en ellos; sino en Mí. Sin ninguna ayuda humana he obrado prodigios a su vista, y he abatido a sus enemigos, que son los de Dios. Igual lo haré siempre si saben y quieren ser instrumentos de mi gloria, confiando sin reserva en Mí..."

Esta teoría de Luis Navarro es conforme a la filosofía que sostiene que "en castigo de los pecados Dios permite a los impíos apoderarse del poder"; entonces, conviene desagraviar a Dios, y para desagraviarlo el único medio es la penitencia, el dolor, que Luis Navarro no cesa de recomendar como segurísimo camino de expiación. Sólo así podíamos ser dignos de la libertad, que es un bien que sólo alcanzan los esforzados.

La sentencia de Santo Tomás de que la tiranía es un castigo a los pecados del pueblo tiene su versión moderna en la máxima según la cual "los pueblos tienen los gobiernos que se merecen". Nuestro pueblo, por desgracia, estaba hundido en los vicios, decía con la boca "Señor, Señor", pero le ofendía con sus hechos. Y en justo castigo a sus culpas se estableció el poder ominoso de Calles; luego era necesario lavar esas culpas para merecer otro gobierno. La conducta de Luis Navarro tiende a ese objetivo. Podría resumirse en esta frase: "La expiación para la libertad". Y no dudamos de que por el sacrificio de un puñado de mexicanos heroicos el Señor de las naciones no ha arrojado la nuestra al más hondo de los abismos. Sin ellos seríamos ya una raza maldita.

Acerca de las campañas de Luis Navarro en la primera parte de 1928 poco podemos decir. La tiranía mandó al general Juan Domínguez, el asesino de Serrano, a batir al cabecilla Fermín Gutiérrez, que le aniquiló dos columnas de 2,800 hombres. Evacuó Na-

varro —o Gutiérrez— Coalcomán con la idea de atraer al enemigo a una emboscada, y al efecto sacó del pueblo todos los elementos útiles; luego le puso un cerco de 18 días, y cuando Domínguez hablaba ya de capitulación, refuerzos federales llegaron de Colima y con su ayuda pudo romper el sitio por la parte más difícil, que es la del mar. Quince días más tarde llegaba Juan Domínguez a Los Reyes con unos cuantos hombres, a pie, casi descalzo, desmoralizado. Y visto que a los cristeros no se les podía vencer por las armas, Domínguez dejó que Lázaro Cárdenas interviniera como apaciguador, y en efecto el futuro Presidente de la República comenzó a intentar la seducción de los alzados.

Pero Luis Navarro seguía implacable su campaña.

> *Hace un mes y medio* —dice en una carta de febrero de 1928— *no se ha dejado de combatir un solo día... pues hasta hoy no han tenido un solo* día blanco *los soldados del tirano, que diariamente han tenido bajas; algunos días, como el 27 de enero en que libramos el combate de Cerro Verde, tuvieron más de 200 bajas. Esa vez ni siquiera pudieron enterrar sus muertos, o se enfadarían de hacerlo, porque dejaron montones hasta de a doce juntos sin enterrar ya... y en cambio a nuestra lista gloriosa tuvimos que agregar sólo el nombre de Jesús Blanco; y antes, en otro combate, el de Pío V. Rivera...*

Acerca del general Domínguez dice:

> *Domínguez sólo ha matado reses y cerdos, y quemado imágenes y algunos jacales y maíces, ya que no ha podido con los Cristeros por la Voluntad Divina.*

Enmedio de los combates, Luis Navarro se daba tiempo para escribir a su esposa y recordar —nostálgico— el dichoso hogar al que había renunciado para siempre. Hombre al fin, no deja de revelar la pena que le causa el recuerdo de los días felices que pasó con los suyos, sus grandes amores sobre la tierra.

Pocos días antes del santo de su esposa, le escribe para felicitarla:

Recibe ésta como felicitación llena de amor, de ternura y caricias... no sé si viviré ese día, pero de todas maneras contigo estaré en espíritu, desde aquí o desde el Cielo. He presenciado tantas traiciones, tantas cobardías. Pero te aseguro que no he experimentado ni un instante de desaliento o de vacilación... parece que, al contrario, cada nuevo obstáculo aviva mi entusiasmo y mi confianza en Dios.

Luis Navarro, como ya hemos dicho, era un hombre jovial, a quien le gustaba cantar las bellas canciones rancheras de su Bajío, como aquella de las *Cuatro Milpas,* tan en boga por los años veintes, que pintaba el cuadro de desolación de los campos mexicanos, por culpa del tirano:

Cuatro milpas tan sólo han quedado
en el rancho que era mío;
y aquella casita, tan blanca y bonita
¡lo triste que está!

¡Los potreros están sin ganado,
la laguna se secó, ay, ay, ay, ay!
La cerca de alambre que estaba en el patio
también se cayó.

Me prestaras tus ojos, morena,
en el alma los llevo a que miren allá
los despojos de aquella casita,
tan blanca y bonita, lo triste que está.

Las cosechas quedaron tiradas,
pues nadie las levantó:
los peones y mozos, todos se marcharon,
ninguno volvió.

Esta canción, impregnada de tristeza ranchera, la evoca Luis Navarro Origel, cubierto de sudor y polvo, después de un combate, acordándose de sus tierras de Pénjamo, tan lejanas, a las que no volverá más.

En la carta del 6 de julio le habla a su esposa de las *mañanitas* que otros años le llevara, y le recuerda estas coplas de una legítima canción ranchera, que no se parece a las falsificadas hoy en boga, inspiradas por el alcohol, el despecho y la venganza:

Al llegar a tu ventana, amada, ¿qué te diré?
Te pediré un vaso de agua porque me muero de sed:
—Dame agua, dulce paloma, porque me muero de sed.
—No tengo vaso ni copa para darte de beber,
te serviré en la boquita que es más dulce que la miel.

Luego le recuerda la canción de la despedida:

Dicen que no se siente la despedida,
dile al que te lo dijo, trigueña mía,
que se despida; que se despida, oh, niña,
del bien que adora, y verá si se sufre,
y verá si se sufre, ¡si hasta se llora!

Así era Luis Navarro: un hombre con el corazón puesto en los más altos ideales humanos, pero capaz también de gozar la dulce dicha hogareña, el amor a la esposa y a los hijos. Era, en fin, un hombre; pero todo un hombre, como lo demuestra el hecho de haberse mantenido inquebrantablemente fiel a su esposa. Sobre esto dice:

Ha querido la Santísima Virgen María sostenerme y conservarme fidelísimo a ti y a Ella y a su Hijo Divino, no por ningún merecimiento mío, te lo aseguro, sino por verdadero privilegio... Te confesaré que hasta hace como mes y medio o dos meses casi ni gracia tuvo mi fidelidad... pues ni siquiera combates o tentaciones llegué a tener; pero desde hace mes y medio ha sido muy diferente... en ratos me llenaba de tris-

teza y angustia en mi corazón viendo mi miseria, mi nulidad, y creyendo que seguiría descendiendo rápidamente a punto de rodar y precipitarme; pero el Señor lleno de misericordia me llevó a un oasis...

Después de seis meses de no recibir ni una letra de su esposa, porque Luis Navarro andaba de un sitio en otro y el correo no lo localizaba, recibe al fin un paquete el día 15 de septiembre de 1927. Lo que hace Luis en seguida es depositarlo al pie del altar, y ofrecer a Dios lo bueno y lo malo que trajeran aquellas cartas ansiosamente esperadas. Luego fue leyéndolas, devorándolas, una a una, hasta que encuentra la noticia dolorosa: su hijo Rafael, el más pequeño de todos, el que dejó en brazos de su madre, ha muerto. Luis escribe en seguida a su esposa que debe alegrarse porque "el alma que el Señor nos prestó y confió unos días a nuestros cuidados, ya nos la recogió para hacerla participante de su propia e infinita felicidad y para siempre".

También le confía sus padecimientos, como en su carta del 20 de octubre, donde dice:

Desde el día 20 del pasado al 12 del actual tuve la primera pero terrible enfermedad que el 29 del pasado me puso grave; pero estoy bien. Tuve fiebre altísima, me sentía atacado al mismo tiempo de pulmonía, de los riñones y de reumatismo articular, y en esas condiciones hice todavía cinco días de camino, hasta el 27 que ya no pude y caí en cama bastante grave.

Agrega en su carta del día 30 del mismo mes de octubre:

...Me volví a poner muy malo, más bien dicho, no llegué a estar bueno, pues apenas podía estar de pie ¡adelante, adelante, adelante!

Esta era su consigna: adelante. Y cumpliéndola fue sin vacilar por un momento al encuentro de la deseada muerte.

12

Anhelo Cumplido

UNA FUERZA armada al servicio de la mejor de las causas puede transformarse en cuadrilla de facinerosos si no se reprime a tiempo la natural inclinación de los hombres que viven en peligro constante a usar del poder físico que tienen en sus manos en provecho de sí mismos, con daño de los intereses por los que unidos pelean.

Este peligro apuntó en el campo cristero, y particularmente en las fuerzas que mandaba Luis Navarro Origel, lo que dio origen al episodio más ingrato de la breve y brillante campaña de la costa de Michoacán.

Si Luis Navarro se hubiese mostrado débil permitiendo que sus hombres —a los que llamaba "mis hijos"— cometieran fechorías a la sombra de la bandera de Cristo Rey, su causa se habría identificado con la de los bandidos. Luis Navarro no lo permitió ni podía permitirlo. Con la energía que le caracterizaba, y según sus propias palabras, se propuso "limpiar las filas de bandidos, exigir responsabilidades, impedir la disolución y el relajamiento de la disciplina y formar un ejército en vez de chusmas". Quiso, en fin, formar verdaderos "soldados cristianos"; y como usó la mayor severidad para conseguir este fin, puesto que inclusive ordenó el fusilamiento de dos soldados, de uno por haber faltado a la disciplina y de otro por latrocinio, su tropa, mal acostumbrada a la obediencia militar, se le amotinó y estuvo a punto de matarle.

No queremos extendernos demasiado en la narración de este episodio, que valía más no recordar. Diremos solamente que en consejo militar o junta de jefes se acordó, en contra de la opinión de Luis Navarro, que el pueblo de Chinicuila que se había distinguido por su desafecto a la causa cristera, fuese tomado a saco. Algunos propusieron que el pueblo fuese quemado, porque "era un desdoro para la patria que siga dando sombra un solo techo de Chinicuila", según dijo un cabecilla. Querían acabar con "ese nido de guachos", donde les negaban a los cristeros hasta la venta de tortillas. Luis Navarro se opuso a este designio, alegando que en el pueblo había familias inocentes que no tenían por qué pagar las culpas de los demás. Sin embargo, los soldados cristeros entraron a saco en el pueblo y no dejaron una casa sin visitar. Recibida por Luis Navarro la denuncia de que algunos soldados se habían apropiado dinero y otras cosas, desobedeciendo la orden de que el producto del saqueo se depositara para destinarlo a los gastos de la causa, ordenó que se registrara a todos los soldados. Este registro, que consideraron ofensivo de su dignidad, fue uno de los pretextos de la insubordinación. Pero las causas fueron otras, y Luis Navarro las expone clara y pormenorizadamente en un precioso documento que escribió pocos días antes de su muerte y que contiene un alegato en defensa propia. Es una carta, o un borrador de carta, fechada el 13 de julio de 1928 y dirigida al señor cura de Coalcomán, don José María Martínez, hombre bondadoso que salvó la vida de Luis Navarro, pero que por oponerse a las medidas rigurosas que éste dictó tuvo que ver con la sublevación.

Dice Luis Navarro:

El orden de los acontecimientos fue el siguiente: en una junta a la que fueron convocados todos los jefes, por acuerdo de la mayoría se ordenó la ocupación de Chinicuila, que como Tizapán y algún otro pueblo de la República, se distingue verdaderamente como enemigo. Acordaron también el incendio del pueblo, pero logré convencerlos al fin de que sólo fueran destruídas las casas de los tres principales culpables de la

corrupción moral y política de dicho pueblo. Como había allí familias muy pobres no dudo, o más bien estoy seguro que el perjuicio y el dolor por ellas sufrido debe haber conmovido el corazón de Dios, que quiso castigarme mi primera injusticia, que no ví a tiempo, cegado por mi imprudente celo por destruir o perjudicar a los enemigos de Dios.

Se ordenó que fueran concentradas todas las mercancías a un domicilio, y que los valores que fueran encontrados se entregaron a los oficiales. Como no entregaron el efectivo y hubo muchas quejas de raterías de los soldados entre sí, se practicó un registro, dejándoles todo lo que habían ocultado y recogiéndoles una cantidad irrisoria, ciento y tantos pesos entre todos.

De allí me fui con el teniente coronel José González (Angel Castillo), gravemente enfermo, al rancho de una familia cristianísima, donde siempre nos atendieron muy bien y con mucho cariño: me refiero a don Pablo López y su familia, del rancho del Cobre. Por atenderlo personalmente, allí estuve con el teniente coronel José González y una pequeña escolta, y di una licencia de diez días a la mayor parte de los soldados para que llevaran mercancías a sus familiares, y al resto de la columna ordené fuese a descansar esos días a Coalcomán, ordenando al mayor Acosta diera dos paradas de vestuario a cada uno de los soldados, guaraches o calzado a los que los necesitaran y una provisión de cinco hectólitros de maíz por soldado, algo de harina, arroz, azúcar, panocha, café y ropa para las familias de los soldados, y un poco de dinero en efectivo (cuatro pesos) a los que no recibieran maíz. Todo esto con objeto de preparar a la tropa para salir a campaña de alguna duración y fuera de la región por no tener enemigo dentro de ella.

Este oficial en quien deposité confianza y a cuya disposición puse todas las mercancías, fue, con otros dos, el promotor de la sublevación; no le dieron la mercancía a las tropas, mandaron intervenir el gran depósito de maíz del enemigo y no

atendieron las órdenes que por cinco hectólitros de maíz había yo dado; y aprovechando el mal espíritu de la tropa, con intriga la soliviantaron durante los doce días que estuve ausente con el teniente coronel González entre la vida y la muerte. La ambición de los varios miles de pesos de mercancías traídas de Chinicuila quizá fue el principal motivo de la sublevación de dichos oficiales, que excitaron el orgullo de la tropa diciendo que yo había herido su dignidad personal al ordenar el registro de Chinicuila, cuando ellos mismos y aun algunos soldados lo solicitaron...

Yo me alegro en el alma y bendigo y doy gracias a Dios Nuestro Señor que la sublevación no se haya efectuado frente al enemigo, porque entonces me hubiera quedado el remordimiento de haberles exigido demasiado a los que fueron más que mis subalternos, mis hijos amadísimos.

En seguida se extiende Luis Navarro en la exposición de las causas que llama "principales en lo humano", y enumera entre ellas su "intento de exigir responsabilidades y acabar con los bandidos en nuestras filas" (los peores enemigos del Ejército Libertador Nacional, que más nos desprestigia a los ojos humanos y que detiene la entrega de la Omnipotencia); confiesa sinceramente sus errores y atribuye principalmente a sus pecados el origen de los males que reseña.

Para nada menciona Luis Navarro los atropellos que sufrió de su propia gente. El Padre Madrigal dice en su relato biográfico que "quiso separarse con los que buenamente le quisieran seguir... y a tan noble y heroica determinación le respondieron con aprehenderlo, encapillarlo y condenarlo a muerte. El con serenidad puso su confianza en Dios y esperó. Estaba ausente el párroco de Coalcomán, cuya prudencia e influjo moral todo lo suavizaba. Llegó cuando las cosas iban tan adelante, y con no poco esfuerzo pudo salvar al Jefe de un asesinato que parecía inminente... Aquella noche de duros padecimientos, de humillaciones y de ingratitudes era la del Jueves Santo para nuestro mártir..."

Luis Navarro había expuesto más de cien veces su vida en combate, pero nunca estuvo tan cerca de perderla que cuando sus fuerzas se sublevaron. Fue la máxima humillación que Dios le deparó y que él supo recibir serena y alegremente.

Después de catorce meses de lidiar con los callistas en la costa de Michoacán, Luis Navarro la dejó para marchar a Jalisco con una sección de la brigada González Flores a unirse a las tropas del general Bouquet. Lo acompañaba su inseparable y también heroico hemano Ignacio.

El 13 de julio envió Luis Navarro un comisionado a la ciudad de México con el fin de solicitar del Comité Directivo de la Liga Defensora de la Libertad Religiosa que despachara un delegado a investigar el caso de la sublevación de sus tropas. Ese comisionado llegó a México el 17 de dicho mes, o sea el día de la muerte de Alvaro Obregón, y no pudo cumplir su encargo. A fines del mes supo Luis Navarro que se internaban en la región tropas callistas al mando del general Rodrigo M. Quevedo y, como siempre, fue en busca del enemigo.

El 9 de agosto sostuvo el primer combate, sin contar Luis Navarro más que con 13 hombres. Los callistas sufrieron 5 bajas, según el parte de Ignacio Navarro. Los cristeros quedaron ilesos. Luego la pequeña fuerza aumentó a 55 hombres.

El 10 de agosto de 1928, como a las siete de la mañana, después de haber comulgado y ofrecido como todos los días su vida por la fe, en un sitio denominado la *Cuchilla de Guapala,* la pequeña fuerza que mandaba Luis Navarro Origel entró en combate con tropas callistas al mando del general Rodrigo M. Quevedo. Luis peleaba con el denuedo que solía cuando fue herido mortalmente por las balas del enemigo.

Ignacio Navarro Origel, el hermano mayor que habría de morir también en combate ocho meses después, el 3 de abril de 1929, fue testigo de la muerte de Luis y dejó escrita una conmovedora narración de este hecho que vamos a reproducir en seguida. Está fechada en El Socavón, a 13 de agosto de 1928, y es una carta a la esposa del héroe que dice así:

"Tantas veces y con tan ardientes deseos le pidió a Dios N. S., mi hermano (que no merezco) y general don Luis Navarro Origel el honor de derramar su sangre y dar su vida en lucha por la libertad de la Iglesia Católica y por la salvación de la Patria, hasta que le arrancó la corona del martirio.

"Murió con una sonrisa de inmensa alegría que le vimos su asistente y yo, no sólo en los labios sino en todo el rostro, radiante de felicidad, a las siete de la mañana del viernes diez de los corrientes, en la Cuchilla de Guapala, en un combate con tropas callistas al mando del General Rodrigo M. Quevedo, queriendo hacerle y haciéndole más y más bajas al enemigo después que nuestros compañeros se retiraron dejándonos combatiendo a mi general, a su asistente Alejandro Larios, al Mayor Calvario y a mí.

"Tuvo en esa acción 15 bajas el enemigo. En los tres días que duró la incursión de los callistas en esta región murieron 30 de ellos y se llevaron 6 heridos. De los nuestros, además de mi general, murió un soldado. Se sabe que los enemigos llegaron a Tuxpan faltándoles 66 hombres.

"Con profunda e inmensa pena confirmo cuatro cartas que a distintas personas y poblaciones de la República envió hoy y en forma tal que pasen el correo y de alguna manera te llegue la noticia, así como a mi madrecita adorada.

"Lloro sin consuelo porque no lo veo ni lo oigo, pero sus ruegos al Señor me alcanzarán lo que yo necesito y necesité siempre de mi hermano: su dirección inteligente, rectísima y enérgica. El no es digno de compasión; su gloria es inconcebible.

"El día 8 en la mañana fuimos a ocultar al Padre don Octaviano Marín, capellán de este campamento. Le dijo mi General: 'Cómo Dios permite tan diferentes perspectivas en la vida. La proximidad del enemigo, que antes me llenaba de alegría, ahora me entristece porque me faltan mis muchachos, mis hijos amadísimos, valerosos, aguerridos, que yo mismo formé'.

"El día 9, trayendo mi general el reducidísimo número de 12 hombres, nos acercamos al enemigo, fuerte en 150. En un tiroteo de poca duración se le hicieron al enemigo 5 muertos y algunos

heridos. Los nuestros, ilesos. Al atardecer nos ordenó acercarnos a un campamento callista, a un lugar que según le contaron dos capitanes de esta región, era a propósito de combate. Le dije a mi hermano: 'Es necesario estar listos a retirarnos al mismo tiempo que los 45 soldados que te acompañan; desconocemos su resistencia y tenacidad para combatir y se me hace que no pelean; parte de ellos en la mañana presentaron débil resistencia'. Y me contestó: 'No quiero tomar precauciones; sólo quiero hacerle bajas al enemigo. Dios recogerá mi vida hasta que se digne atender los continuos ruegos que para eso le hago'. Les habló a los soldados con su habitual entusiasmo, recordándonos que mientras no sea voluntad de Dios no caerá un solo cabello de nuestra cabeza; que no nacimos para vivir siempre en este mundo; que aquellos a quienes Dios concede el insigne don siempre inmerecido del martirio, purificados con el bautismo de sangre y justificados, alcanzan un grado de gloria inconcebible cerca del trono de Dios.

"Al amanecer me llamó mientras anduvo dando las últimas disposiciones en la línea de fuego; muy temprano comenzó el fuego con los compañeros que estaban al otro lado del puesto de los encinos; volvieron a presentar poca resistencia; le dije que esta gente no estaba capacitada para combatir como los que él educó en la guerra, y me dijo: 'Acuérdate de los muchachos de Coalcomán: al principio nos dejaron solos al teniente coronel González Romo, a ti y a mí. Rodeados una vez los tres de 600 guachos callistas, Dios nos cuidó. Ojalá aceptara mi sangre indigna'. No creas que por esto anduviera triste, al contrario; pasaba la vida cantando, y a todos nos hacía cantar cuando no había qué hacer, o yendo de camino.

"Empezó el tiroteo. Pronto aparecieron los guachos, acercándose a unos 50 pasos de nuestros fortines. Como siempre lo hacía, escogió el lugar donde debía ser más rudo el ataque del enemigo; a sus lados, su asistente y yo; inmediatamente después, el mayor Gilberto Calvario; empezaron a caer al suelo los guachos, que se contuvieron (los compañeros empezaron a dejar sus posiciones y a correr); nos atacó otro grupo por el flanco derecho; le hicimos

tiros y también le vimos caer. Avisó el mayor Calvario que estábamos solos; seguimos combatiendo; él no ordenaba cosa distinta; repitió su aviso el Mayor y el asistente varias veces repitió el mismo aviso; seguían cayendo enemigos; les tirábamos a corta distancia; comprendí a poco que era mayor el número de enemigos que avanzaba sobre nosotros, sobre nuestras bocas de fuego, y le dije: 'Vámonos, por favor; se fueron todos; dos o tres que aún disparan ya van lejos, arriba'. Accedió. Empezamos a caminar al paso a la trepada, enmedio de una lluvia de balas; a poco andar, al trasponer el primer lomillo de terreno, se volvió y empezó a hacer fuego, sin más protección que ligera desigualdad del terreno; busqué acomodo a su lado, así como Calvario y Bernardino González, y vimos caer otros enemigos, y le dije: 'Ya no te detengas, los nuestros más vuelan que corren'. Pero ya era tarde. Al momento dijo el asistente: 'Está herido mi General'. El asistente y Bernardino lo tomaron de cada brazo; yo, siguiéndolos, ví que llevaba su cabeza algo inclinada hacia adelante, y andando con dificultades a la trepada (no era el lugar propicio para una pronta retirada; mi General no conocía el terreno; necesitó atenerse a ajena opinión; además que él combatía lo mismo en terreno limpio que afortinado). Comprendiendo que no saldríamos por el filo de la cuchilla, bajamos a mi General pocos pasos a un lado del filo; le pregunté dónde estaba herido; levantóse el gabán con las dos manos, y sonriente, bañado en sangre, me mostró el orificio de la bala, a dos dedos de la tetilla izquierda, hacia el centro del pecho. Los enemigos, a unos cinco o seis pasos de distancia, no nos llegaron por el fuego que desde arriba les hacían Calvario y Jiménez. Lo colocamos tras de un peñasco. Yo esperaba por un momento una bala y la muerte, que estábamos en descubierto. El asistente se retiró a unos tres pasos, quedando protegido por el terreno, y esperando la aparición de los enemigos para disparar. Hubiera querido con los alientos quitar de allí a mi hermano, pero su herida era mortal; enfrente, un voladero. Tenía la frente bañada en sudor frío, con una sonrisa de inmensa alegría, no sólo en los labios, sino en toda la cara, radiante de felicidad. Le dije:

'Hermano de mi alma'. Besé su frente dos veces, recordando a su esposa y a sus hijos que lo aman con ternura, recordando a nuestra madre. 'Vete', me dijo. 'Váyanse'.

"Estaba caído, pensé que ya no podía moverse; acabando de separarme de él, lo vi que avanzó codeando por la pendiente; a unos diez metros se detuvo; apareció un guacho diciendo: 'Allá va uno muy bien vestido', y haciendo fuego sobre él, al momento cayó el guacho, de un tiro que le disparó el asistente; apareció otro, y probablemente también murió; se le disparó a corta distancia.

"Mi hermano volvió a rodar hacia abajo. Dios no quiso que cayera su cuerpo en manos del enemigo. A media falda esperamos el asistente y yo la retirada de los guachos. Al poco rato lo recogimos. Había muerto.

"Lo llevamos al Vallecito de Cristo Rey, campamento a poca distancia del lugar de combate; encontramos las casitas de tejamanil ardiendo; arreglamos un techo provisional; mandamos avisar al Padre Marín, que llegó cuando acababa de escribir avisos para don Pablo López, el teniente coronel González Romo y señor Cura Martínez. Rezamos el Te Deum enmedio de mi hondo, indescriptible dolor. El así lo pidió al Señor; el Señor quiso oírlo.

"Le hicimos guardia de honor en la tarde, en la noche y todo el día siguiente, por turnos de cuatro. El Padre Marín y yo lo velamos toda la noche; el día once le pusimos en caja de cedro rojo; celebró el Padre Marín solemnes honras fúnebres de cuerpo presente. A las seis de la tarde lo llevamos como el rito de sepultura eclesiástica lo manda, acompañado de la guardia fúnebre, compuesta de un centenar de soldados; lo pusimos en bóveda, a lo largo del altar mayor de la capilla. No supe qué hacer por él en representación tuya y de sus hijos y por mí mismo, además de acompañarlo, sin apartármele un momento.

"Vieras qué semejante su fisonomía varonilmente hermosa, bañada en sangre, a la de N. S. Jesucristo; hasta el golpe en la

mejilla, en una piedra al rodar, y una cortada en el costado derecho, como la lanzada; la mano izquierda herida (del segundo tiro, cuando iba rodando).

"El pidió al Señor dolores, humillaciones, hasta el deshonor; todo le concedió el Señor, menos el deshonor. 'Sólo el dolor redime —decía— y acrisola el amor que le debemos a Jesucristo. Se lo pido continuamente para mi esposa y para mis hijos'.

"Era incapaz de darle cabida en su corazón al desaliento, pero yo conocí que tenía el corazón hondamente entristecido por la ingratitud con que se le trató en Coalcomán, donde sin buscar ni aceptar recompensa para sí, trabajó, sudó, curó a soldados y civiles (aun algunos soldados enemigos heridos que caían en nuestro poder, él los curaba); fue siempre el primero en los puestos de peligro, el último en alejarse.

"Decía que no quería el aplauso de los hombres, sino la aprobación de Dios; por eso era terminante, duro como es el camino recto hacia la verdad y el bien; por eso era sincero; le repugnaban los que dicen "sí" con los labios y obran al revés.

"Tú ya lo sabes, santa esposa del mártir: desde muy niño con su talento, elocuencia y firmeza, defendió a cualquier víctima de una injusticia. Decía que si fuéramos de verdad católicos y hombres los mexicanos, no habríamos tolerado de los carrancistas y revolucionarios subsecuentes que hubieran hollado lo más sagrado que hay para el hombre: Dios en sus templos, sacerdotes y religiosos; que tampoco hubiéramos tolerado la ocupación de Veracruz y la expedición punitiva yanqui, ni la implantación de las leyes del divorcio y las que imposibilitan a los padres para educar cristianamente a sus hijos. Era entonces muy chico.

"De los veinte años en adelante, cada día de la semana se ocupaba en organizar instituciones católico-sociales y en dar conferencias. 'Si yo busco descanso aquí —decía—, ¿cómo puedo esperarlo en la otra vida?'

"Por primera y única vez en su vida, el 28 de septiembre de 1926 te dejó a ti, 'su esposa adorada', como te decía; y el que cien veces se rio de la muerte, no podía evitar que se le nublaran los

ojos de llanto y que se le engruesara la voz, como yo lo ví muchas veces, cuando recordaba a su esposa, a sus hijitos y a nuestra santa madre; todo esto lo había dejado, así como sus comodidades, por la causa de la libertad.

"Acuérdate cómo era bien querido de pobres y ricos. En su casa, que no llegaba a la opulencia, nada faltaba; pero ninguna consideración le retuvo, y todo lo dejó por una gran causa. Era hombre de voluntad de hierro, de gran corazón, que despreció la vida y que ambicionó la muerte por dos ideales: la libertad de la Iglesia y la salvación de la Patria.

"No fue comprendido. Aun yo, ruin, que viví con él durante 31 años y medio, su edad, que recordaré siempre su rectitud en el servicio de Dios, su vivísima fe, su práctico amor para con el prójimo; aun yo me enfadaba porque requería él de mí diligencia y eficacia en el cumplimiento de mis deberes.

"Te guardo con reverencia y con amor sus ropas tintas en su sangre, derramada por Jesucristo, por la Iglesia ultrajada, por N. S. Padre el Papa Pío XI, cuyas muestras de predilección por los mexicanos no se le apartaban de su memoria; por nuestros obispos, por nuestros sacerdotes perseguidos, por nuestros hermanos católicos: toda la vertió con entusiasmo, con ardientes deseos, cada día renovados.

"Y tú también, santa hermana mía. Su sangre y la tuya del corazón, unida a la preciosísima de Cristo, nos alcanzarán el remedio de los males que aquejan a la Iglesia y a la Nación, y las gracias necesarias para cumplir fielmente nuestros deberes.

"Alguien que leyera esto, pensaría que mis apreciaciones nada valen, por ser de un hermano; yo sé muy bien que muy lejos estoy de esbozar siquiera la talla colosal de este gran jefe y de este gran héroe; yo sé muy bien que la historia recogerá su nombre en una de sus páginas más gloriosas; que miles de hombres que le conocieron, darán testimonio de que pasó su vida activa y fecunda en extender la gloria de Dios y en servir al prójimo como a sí mismo.

"No llegan a cincuenta los soldados de su mando, muertos en los muchos combates de la región de Coalcomán, en los cuales

se hicieron al enemigo alrededor de dos mil bajas. Cuando moría alguno de los nuestros lo lloraba, pero al mismo tiempo decía: 'Debemos alegrarnos; las víctimas inocentes son las que han de llenar el abismo que han abierto los crímenes nacionales, para dar paso a la misericordia'. Frecuentemente citaba palabras de las Sagradas Escrituras: 'Las almas de los justos están en las manos de Dios, y el tormento de la muerte no los tocará. A los ojos de los insensatos pareció que morían, y vieron con aflicción su salida de este mundo; y lo que para nosotros es camino, les pareció exterminio; sin embargo, ellos descansan en paz, y si ante los hombres padecieron tormento, su esperanza fue colmada de inmortalidad... porque el Señor los probó y los encontró dignos de El. Los probó como el oro en el crisol y los recibió como víctimas del holocausto. Brillarán los justos y discurrirán como estrellas en los espacios".

Hasta aquí el relato de Ignacio Navarro Origel.

La prensa nacional dio la noticia de la muerte del hombre extraordinario que fue Luis Navarro de manera breve y despectiva. En su edición del 19 de agosto, el diario "Excélsior" publicó este informe, enviado por su corresponsal en Guadalajara:

"*Guadalajara, Jal.*, 18 de agosto... Hoy se recibió aquí del general Rodrigo M. Quevedo el archivo y varias fotografías recogidas al cadáver del llamado general de división Fermín Gutiérrez, que se hacía pasar como jefe de las operaciones en Michoacán, y que fue muerto el pasado día 10 de los corrientes, combatiendo en Las Higuerillas, perteneciente al sector de Tuxpan. Se sabe que dicho individuo tenía numerosos parientes en la población guanajuatense de Pénjamo, y que su verdadero apellido era Navarro. Con la muerte de este cabecilla se tiene la seguridad de la pacificación de esta gran zona".

Para concluír esta pobre biografía de tan grande héroe, reproduzcamos las palabras que Luis Navarro Origel escribió en su carta del 26 de octubre de 1927, hablando de los cristeros:

"Dios sabrá cuál de los dos títulos, espléndidos y gloriosísimos ambos, les dará: si el de víctimas propiciatorias o el de mártires,

o el no menos glorioso de vengadores de su divino derecho ultrajado, burlado y escarnecido por los tiranos despreciables de este pobre santo pueblo mártir y predilecto. De todas maneras es sublime nuestra misión y seremos siempre triunfadores de la muerte... siempre será espléndida nuestra victoria sobre la muerte, como espléndida fue la de nuestro Cristo, el amado Rey".

EPILOGO

A mis hijos Ignacio, Guadalupe, Carmen y Margarita.

Por CARMEN ALFARO DE NAVARRO

EL DIA 21 de diciembre de 1934 salí de Guadalajara con una amargura muy grande al separarme de mis hijos, que han sido el único consuelo en mi larga soledad. Me acompañaba mi hermano menor de 19 años.

Hice el viaje pensando que mientras más caminaba más me acercaba al fin de la jornada. Con lágrimas en los ojos recordé la primera vez que recorrí este camino, con fe ciega de ver a mi querido Luis, contenta y enamorada. Qué distinto este viaje. También con la ilusión de recoger sus despojos, pero con el corazón muerto. Me encontraría sólo con sus recuerdos, pero no escucharía ni una palabra; no hallaría más que huesos, quizá cenizas. ¡Cómo lo quiero! Lo seguiré amando hasta el día en que Dios tenga dispuesto reunirme con él en la eternidad.

Después de la muerte de mi querido esposo, año tras año, día tras día, esperé este momento de recoger sus despojos. Qué distancia tan larga me separaba de ellos. En Tonilita me esperaba el señor Salvador Amezcua, persona que sabía perfectamente el lugar donde reposaban.

Tonilita es una estación con unas cuantas casas. Al bajarnos del tren en seguida nos acercamos a las bestias, que ya estaban listas. Montamos luego y emprendimos el camino. Tuvimos que

atravesar a caballo el río Tizapán. Hacía dos años que no montaba, y sin embargo lo hice con mucha seguridad. El río es demasiado ancho, caudaloso; tuvimos que vadearlo. El agua daba a los pechos de los animales. Temí caerme, pero gracias a Dios salimos con bien.

En seguida subimos una cuesta empinada; tardamos dos horas en subirla. Ibamos a la mitad del camino cuando se puso el sol. Fue un paisaje de los más hermosos que he contemplado. Se destacaban perfectamente los volcanes de Colima, con la cumbre completamente nevada, llena de majestad. El crepúsculo los bañaba con sus rayos y entonces la nieve parecía de fuego. Qué hermoso es contemplar a Dios en las infinitas obras de sus manos.

Al llegar a una pequeña planicie, Salvador nos indicó a lo lejos el lugar donde reposaban los restos de mi amadísimo. Apuntaba a unas montañas azules, en lontananza. Me pareció imposible llegar ahí.

A las ocho y media de la noche llegamos al rancho de *La Esperanza,* lugar donde pasaríamos la noche. La familia, finísima, nos proporcionó las comodidades que podía. Descansamos en un portalito muy gracioso, rodeado de palmeras, sentados en equipales. Desde ahí podíamos ver los volcanes, a poca distancia. Luego salió la luna y nos bañó con su luz de plata. Otro espectáculo maravilloso que suspende el ánimo y lo eleva a Dios. Después fuimos a cenar. Rezamos el Santo Rosario. A las diez y media nos fuimos a dormir. Dormimos mal, aunque la camita de otate estaba buena, pero la costumbre de dormir en cama blanda y las impresiones del viaje no me permitieron acomodarme. Una borrasca fuerte sacudió los techos.

Nos levantamos a las cinco horas del día siguiente. La mañana, muy tibia. Fuimos a ver la ordeña, después de desayunar, y en seguida montamos y salimos hacia el Vallecito de Cristo Rey. Subimos y bajamos cuestas. Cada momento desaparecía un paisaje para aparecer otro, más hermoso, más pintoresco o más grandioso. Me cansé mucho, y parecía que nuestra meta, en vez de aproximarse, se alejaba.

A las dos de la tarde llegamos a un rancho que se llama *La Puerta del Galán*. Veníamos fatigadísimos, sudando a chorros. Ahí descansamos y comimos algo. Al poco rato volvimos a montar y nos pusimos de nuevo en camino. El sol parecía de fuego. Imitando a mi hermano, me bajé del caballo y empecé a caminar a pie, para descansar un poco; mas no había dado sino unos pasos cuando sentí que las fuerzas me faltaban. Comprendí que debía subir de nuevo al caballo, y cuando lo intenté no pude porque me dio un vértigo terrible. Me repuse algunos instantes después y seguimos la jornada.

No podíamos detenernos porque cualquier demora nos exponía a pasar la noche a campo raso. Pensé en la medida del sacrificio que estaba haciendo, creí que era cosa superior a mis fuerzas, pues me hallaba completamente rendida. Me reanimaba el pensamiento de que llegaría al fin. ¿Podría sacrificarme en la misma forma para seguir a Jesús? Por El lo hacía todo desde el día en que me separé de Luis; cualquier sacrificio que la separación de él me originara, era por seguir a Jesús al Calvario. Mi Luis me puso el ejemplo. Además me confortaba la idea de que vendría acompañándome y bendiciendo mi obra. El sabe ya lo que este viaje me ha costado: desde pedir limosna para los gastos que se originaron, hasta los trabajos y fatigas que he pasado.

Caminamos este día hasta después de las ocho. Al apearme del caballo no pude dar paso; me dejé caer al suelo. Dormimos en el rancho del *Grillo,* situado a la orilla de un pequeño río. Toda la noche oí el murmullo del agua. No pude dormir. En el mismo jacalito había un enfermo con fiebre muy alta.

A las cuatro de la mañana del 23 de diciembre me salí fuera de la chocita; la luna iluminaba el campo; me sentía muy mal; no consentía probar bocado, así que mi debilidad iba en aumento.

A las seis continuamos el viaje. Estaba de por medio al vallecito nada más que una cuesta. Los parajes, preciosos, cambiando de colores. A medida que avanzábamos, el corazón me saltaba con más fuerza. Por fin entramos en una planicie bastante larga. De pronto pararon los caballos; pregunté si era para descansar y Sal-

vador me respondió que habíamos llegado. Me sentí completamente tranquila y recuperada de mis fuerzas.

Como a diez pasos del lugar donde paramos vi una crucecita de madera; corrí al pie de ella; me hinqué con todo el fervor de mi corazón a orar por él y también a pedirle que intercediera por nosotros, por mí y por sus hijos, por todas las personas que con tanta voluntad me ayudaron. No derramé ni una lágrima. Antes sólo con pensar en el viaje, lloraba. Visité los lugares por donde anduvo, la piedra que le sirvió de mesa para escribirme; pregunté si había por ahí alguna persona que lo hubiera conocido. De la capilla no había casi ni rastros. Tampoco los había del sepulcro. Una cruz enmedio de piedras enterradas era todo lo que había.

Pedimos permiso para excavar y nos dijeron que cerca del rancho estaba un hombre que había ayudado a cavar la sepultura. Lo fueron a llamar y el enviado regresó después de las tres de la tarde. Empezaron a buscar y después de mucho buscar y escarbar la tierra dieron con la bóveda. Yo seguí paso a paso toda la obra, sintiéndome cada vez más confortada. Las señoras del lugar fueron a hacerme compañía, y los hombres ayudaron a excavar. La tarde se iba y casi de noche comenzaron a descubrir la caja.

El crepúsculo de la tarde fue grandioso. Las nubes ocultaban el sol y me pareció que también un nublado ligero tapaba las heridas de mi corazón. Estuve al borde de la sepultura, de la que no me aparté un momento. Apareció la caja intacta. No sé cómo Dios me dio fuerzas para soportar la emoción; me sentía muy tranquila. Esperamos un rato a que los hombres descansaran. No se pudo sacar la caja por temor de que estuviera en malas condiciones. Me preguntaron que si la destapaban; contesté que sí y entonces lo hicieron. Yo rezaba mientras el Rosario; le pedía a Dios y a la Virgen María que no me faltaran las fuerzas.

Al ver los restos amados, estalló todo mi dolor contenido. En el momento me imaginé a Luis tal como fue, y comparé al hombre fuerte, vigoroso, con aquellos pocos huesos. Rompí a llorar. Yo, con una lámpara en la mano, alumbraba la escena. Esperamos un largo rato a que se ventilara el sepulcro. Me senté al borde de él. Ya había oscurecido completamente. Nos iluminamos con hacho-

nes de ocote; así pasó más de una hora, en la que recorrí como en cinta de cine mi vida toda y la vida de Luis. Lo veía el día que nos despedimos, en que por primera y única vez nos separamos; oí su voz fuerte diciéndome "ADIOS, HASTA EL CIELO", y lo vi rodeado de nuestros hijos, acariciándolos. Así fui reconstruyendo, escena por escena, nuestra vida común. Por fin empezaron a recoger los huesos, que depositaron reverentemente en una bolsa. No faltaba ninguno. Al terminar rezamos el Rosario con toda solemnidad. Nuestros testigos, las estrellas y la noche.

Nos fuimos a descansar a una casita de zacate, cerca de allí. Las impresiones y el temor a los animales no me dejaron dormir. Cerraba los ojos y veía la fosa abierta, y los despojos amados. Por fin llegó el nuevo día. Mi pena era inmensa. Cuántas veces en aquel mismo lugar habían visto los ojos de Luis la salida del sol que estaba yo viendo. Cuántas veces al despertar, su primer pensamiento y sus primeras palabras fueron para Dios, y después para mí, la mujer que amaba. Cuántas veces se había ofrecido como víctima ahí mismo, hasta que el Señor aceptó el sacrificio de su vida. Con estos pensamientos volví a recorrer aquellos campos queridos que tantos años habían guardado sus restos. Yo también amaba aquella tierra que, misericordiosa, lo había cobijado. Sería imposible describir los sentimientos de mi corazón en aquel 24 de diciembre.

Me atormentaba la idea de la vuelta, por lo difícil del camino; me atormentaba tener que separarme de aquellos lugares; pero a la vez sentía tranquilidad y gratitud a Dios Nuestro Señor. A las siete de la mañana montamos y me despedí de aquellos lugares con sollozos en mi garganta. Bajamos aquella cuesta pesada. Delante de mí, en una bestia, iban los despojos. Qué amargura y qué alegría al mismo tiempo.

Había pasado cuatro noches sin dormir. Las jornadas de 14 horas me habían agotado y sin embargo me sentía bien. El fresco de la mañanita que nos anunciaba la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, la suave brisa del amanecer, me parecía que eran como caricias de las manos blancas de Jesús. Nunca olvidaré este 24 de diciembre de 1934.

Caminamos desde las 7 de la mañana hasta la una de la tarde, y sin tomar alimento desde el mediodía anterior. En un ranchito compramos tortillas; descansamos a la orilla de un río, a la sombra de los arrayanes, en un lugar muy pintoresco. Luego seguimos el viaje y llegamos a *La Esperanza* a las 9, enmedio de una oscuridad tan terrible que apenas podíamos ver las orejas del animal. Me sentí completamente falta de fuerzas. Las piernas me flaqueaban y no pude moverme del lugar en que descansé al bajarme de la bestia.

Descansamos durante el día 25 de diciembre. Celebramos esta festividad rezando las tres misas que celebran los sacerdotes. Por la tarde salimos a dar un paseíto para despedirnos de aquellas tierras y ver la puesta del sol sobre los volcanes. Un profundo sentimiento de soledad llenó mi alma. Quería que volaran las horas para que llegara el nuevo día y seguir el camino a Tonilita y de ahí a Guadalajara. Padecí una fuerte necesidad de consuelo. Cuánto hubiera dado por tener cerca de mí a mi madre.

26 de diciembre. A las cinco horas empezamos a caminar para tener la seguridad de alcanzar el tren, que pasaba por la estación a las diez y media. El camino se me hizo muy largo. Llegamos a muy buen tiempo, almorzamos y luego llegó el tren. Nos despedimos de Salvador, de aquel hombre de corazón de oro que a todo se expuso por conseguirme el objeto de mi viaje.

El tren venía lleno de pasajeros y tuve que ocupar mi asiento con la petaca en que venían los restos. Ahí me recargué y dormí durante tres horas. Desperté muy reanimada. Llegamos a Guadalajara a las cinco. Posamos en la casa de mi tía Josefina, hermana de mi madre. Me sentía a salvo, estaba cansadísima de alma y cuerpo. Pero en aquella casa hospitalaria todo encontré: sentía que había llegado a la casita de Betania por el cariño con que me trataron. ¡Cuánta caridad! Me llenaron de mimos y chiqueos, y la verdad cómo los necesitaba.

Amados hijos, en estas cuantas páginas encontraréis todo el amor y el sacrificio que en la vida se necesita para cumplir con el santo deber que será el que nos lleve al Cielo.

FUENTES PRINCIPALES

Inéditas.—Cartas manuscritas de Luis Navarro Origel a su esposa y a sus hijos, en poder de la familia, que bondadosamente las dejó a disposición del autor. Además de las cartas tuvimos a la vista otros escritos, como el Parte de Guerra firmado por el general Fermín Gutiérrez en Coalcomán el 25 de octubre de 1927; notas de sus meditaciones en el Retiro Espiritual del año 1916; copia del discurso que pronunció al tomar posesión del cargo de Alcalde de Pénjamo, etc. Asimismo dispusimos de varios manuscritos del héroe Ignacio Navarro Origel, hermano de Luis.

Orales.—La señora Carmen Alfaro viuda de Navarro Origel nos proporcionó oralmente varias e importantes noticias acerca de la vida de Luis Navarro, su esposo, que complementaron los relatos escritos por ella misma que se reproducen en este libro.

Periódicos.—Consultamos varias ediciones de los diarios *El Universal* y *Excélsior* correspondientes a los años 1924-1928.

BIBLIOGRAFIA

A. C. J. B.—*Jusqu'au Sang.* París, 1928.

Blanco Gil, Joaquín.—*El Clamor de la Sangre. (El Caso Ejemplar Mexicano, II).* Guadalajara, 1947.

Bravo Ugarte, José.—*Historia de México,* 3 vols. México (1941-1944).

Brenner, Anita.—*The Wind That Swept Mexico. The History of the Mexican Revolution,* 1910-1942. New York, 1943.

Bulnes, Francisco.—*The Whole Truth About Mexico. President Wilson's Responsibility. Authorized translation by Dora Scott,* New York, 1916.

Callahan, James Morton.—*American Foreing Policy in Mexican Relations.* New York, 1932.

CARDOSO, JOAQUÍN, S. J.—*El Martirologio Católico de Nuestros Días. Los Mártires Mexicanos,* México, 1953.
CARREÑO, ALBERTO.—*Páginas de Historia Mexicana,* México, 1936.
CARTAS PASTORALES DEL EPISCOPADO MEXICANO. México, 1926.
CUEVAS, MARIANO.—*Historia de la Iglesia en México,* México, 1946-1947.
DABIN, JEAN.—*Doctrina General del Estado,* México, 1946.
GARCÍA GUTIÉRREZ, JESÚS.—*Acción Anticatólica en México.* México, 1939.
GARCÍA GUTIÉRREZ, JESÚS, Y PALLARES, EDUARDO.—*La persecución religiosa en México desde el punto de vista jurídico.* Méx., n. d.
GUZMÁN ESPARZA, ROBERTO.—*Memorias de don Adolfo de la Huerta,* México, 1957.
JUNCO, ALFONSO.—*Un Siglo de México. De Hidalgo a Carranza,* México, 1934.
KELLEY, FRANCIS C., México.—*El País de los Altares Ensangrentados,* México, 1939.
LASCURÁIN Y OSIO, ANGEL.—*La Segunda Intervención Americana,* México, 1957.
MADRIGAL, MIGUEL.—*Boceto de un gran carácter. Luis Navarro Origel,* San Francisco, 1928.
MCCULLAGH, FRANCIS.—*Red Mexico,* New York, 1928.
MONTEZUMA, AQUILES P. (Iglesias Eduardo y Martínez del Campo Rafael).—*El Conflicto Religioso de 1926,* México, 1929.
NAVARRETE, FÉLIX.—*De Cabarrús a Carranza. La Legislación Anticatólica en México,* México, 1957.
— *La Masonería en la Historia y en las Leyes de México,* México, 1957.
— *La Lucha entre el Poder Civil y el Clero a la luz de la Historia,* El Paso, 1935.
NICOLSON, HAROLD.—*Dwight Morrow,* New York, 1935.
O'SHAUGNESSY, Edith, *Diplomat's Wife,* New York, 1916.
PALOMAR Y VIZCARRA, MIGUEL.—*Hacia la Cumbre de la Cristiandad. (El Caso Ejemplar Mexicano, I),* Guadalajara, 1945.
PARSONS, WILFRID.—*Mexican Martyrdom,* New York, 1936.
PEREYRA, CARLOS.—*México Falsificado,* 2 vols., México, 1949.
PORTES GIL, EMILIO.—*Quince años de Política Mexicana,* México, 1941.
PUENTE, RAMÓN.—*La Dictadura, la Revolución y sus Hombres,* México, 1938.
SCHARLMAN, JOSEPH.—*México, Tierra de Volcanes,* México, 1951.
TARACENA, ALFONSO.—*Mi Vida en el Vértigo de la Revolución Mexicana,* México, 1936.
VASCONCELOS, JOSÉ.—*Breve Historia de México,* México, 1950.
— *El Desastre,* México, 1947.
— *El Proconsulado,* México, 1947.

INDICE

1. *Los Navarro de Pénjamo* 5
2. *El incendio* 11
3. *Quiero morir por El* 19
4. *El proceso revolucionario* 27
5. *El Alcalde Luis Navarro* 39
6. *Calles y la ley* 52
7. *Arrecia la persecución* 72
8. *"Nos veremos en el cielo"* 82
9. *Hacia la cumbre* 92
10. *El guerrero* 110
11. *Campaña triunfal* 124
12. *Anhelo cumplido* 137

EPÍLOGO 150

FUENTES PRINCIPALES 156

Acabóse de imprimir el día 30 de enero de 1959 en los Talleres de la Editorial Jus, S. A., Plaza de Abasolo 14, Col. Guerrero, México 3, D. F. El tiro fue de 5,000 ejemplares.